
La bruja
de ESCOCIA
LADY MACNOBLE

La última bruja de



LADY MACNOBLE

Copyright © 2025 LADY MACNOBLE
Nº Depósito legal:V-4235-2025

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin el permiso previo y por escrito de la autora.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y localizaciones de estos. Esta novela está escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.

Prólogo

Escocia 1590, Tierras del clan Campbell

La cabaña estaba envuelta en la penumbra, apenas iluminada por la luz mortecina del hogar. El viento gemía entre los árboles, como si el bosque entero presintiera el final de la mujer que yacía en el lecho. Su respiración era corta, quebrada, pero sus ojos aún ardían con la fuerza de quien había leído el destino de reyes.

Junto a ella, tres jóvenes contenían el aliento. Ginevra, la mayor, de diecinueve años, con el cabello encendido como el fuego; Harper, de diecisiete, con el cabello negro y la expresión indomable; y Emily, de quince, con los ojos claros y el cabello castaño, todavía demasiado niña para aceptar la magnitud de aquella despedida.

La madre estiró un brazo tembloroso hacia el arcón donde guardaba los objetos más sagrados de su linaje.

—Acercaos, hijas mías, sois las últimas de nuestra estirpe. Sois las hijas de la tierra. Desde hoy llevaréis ese nombre: Talamh. Recordadlo siempre, porque os unirá cuando todo lo demás os separe.

Ginevra fue la primera en arrodillarse. La madre tomó un colgante de plata, en cuyo centro brillaba una piedra verde que parecía contener la savia de los bosques.

—A ti, Ginevra Talamh, te entrego este talismán. Naciste con el don de escuchar la voz de la naturaleza, de sanar con hierbas y con manos sabias. Con este amuleto, la tierra misma te responderá, pero no lo muestres jamás, ni siquiera a quien ames.

Ginevra lo recibió con las manos temblorosas, y el peso del colgante le pareció tan real como el peso de la promesa que acababa de sellarse.

Después, la madre llamó a Harper. De entre las telas de lino sacó una daga de ritual, con runas grabadas en la empuñadura.

—Harper Talamh, mi hija indómita. En ti vive la fuerza y la furia de nuestra sangre. Esta daga no es para matar, sino para proteger. Recuerda que la violencia atrae violencia, y que tu mayor batalla será siempre contra ti misma.

Harper sostuvo la daga con firmeza, como si hubiera nacido para empuñarla. Su mirada oscura centelleaba entre orgullo y dolor.

Por último, la madre alargó el pequeño libro de cuero a Emily, la menor.

—Emily Talamh, la soñadora. A ti te dejo mi *Grimoire*, donde están escritos los secretos de nuestra estirpe: remedios, plegarias, y conjuros. No lo leas a la ligera, porque las palabras tienen vida, y la vida tiene precio. Tu don es el conocimiento, y el conocimiento es la llave del poder, y de la perdición.

Emily abrazó el libro contra su pecho, con lágrimas resbalando por sus mejillas.

La madre respiró con dificultad, consciente de que sus últimos momentos se deslizaban como arena entre los dedos.

—Escuchadme bien… —su voz se quebró, pero encontró un último aliento de fuerza—. Lo que sois es un milagro, pero el mundo lo llamará maldición. No confiéis en nadie. Si reveláis lo que lleváis en la sangre, os condenarán a la hoguera. Tras mi partida, debéis separaros. Ocultaos entre los hombres, vivid como ellos y sobreviviréis.

Un silencio pesado cayó sobre la cabaña. El viento apagó las velas, dejando sólo la luz moribunda del fuego. La madre cerró los ojos y, con un suspiro, entregó su último hálito a la oscuridad.

Las tres hermanas permanecieron inmóviles, con sus dones en las manos y el apellido recién heredado ardiendo en sus corazones. Sabían que aquella noche no sólo habían perdido a su madre: habían perdido su refugio, su infancia y, quizás, la oportunidad de seguir juntas.

A partir de ese momento, el destino de las Talamh se escribiría en caminos separados.



El amanecer se alzaba gris sobre las montañas, con un aire húmedo que parecía arrastrar consigo el duelo de las tres hermanas. Juntas, cavaron en la tierra blanda bajo el roble más viejo del bosque. Allí, con lágrimas silenciosas, depositaron el cuerpo de su madre envuelto en lino, sin cruz ni plegaria cristiana, sino con las palabras antiguas que ella les había enseñado. La brisa agitó las ramas como si la misma tierra acogiera a la mujer que tanto le había servido.

Cuando la última palada de tierra cubrió el sudario, Ginevra se incorporó, con los ojos enrojecidos pero firmes.

—Ya no podemos quedarnos aquí. Si lo hacemos, nos encontrarán.

Emily rompió a llorar, abrazando el pequeño libro de cuero contra su pecho.

—No quiero irme, Ginny, ¿por qué debemos separarnos? ¿Por qué no podemos quedarnos juntas?

Ginevra no respondió. En silencio, se ató su macuto y ayudó a Harper a preparar el suyo. La mayor ya había decidido lo que harían, aunque aún no lo compartía con sus hermanas. Harper, más recia, intuyó que aquel silencio escondía un plan y no preguntó. Emily, demasiado joven, sólo pudo seguirlas con el corazón encogido.

Horas más tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse, las tres hermanas llegaron a la puerta trasera de la gran fortaleza Campbell. No era la primera vez que iban, su madre había entrado por allí muchas noches, convocada en secreto por el *laird* Evander. El viejo sirviente que guardaba la entrada las reconoció enseguida y, tras escuchar la petición de Ginevra, corrió a avisar a su señor.

No tardó en aparecer. El *laird*, a pesar de sus años, tenía una figura que aún imponía respeto. Era alto, ancho de hombros, con el cabello y la barba salpicados de plata, y una mirada que conservaba la viveza de un guerrero que no se doblegaba ante nadie. Vestía sin ostentación, como si hubiera salido apresurado, y en cuanto vio a las muchachas comprendió que algo grave había sucedido.

—¿Qué hacéis aquí, niñas? —su voz, grave, resonó con un matiz de preocupación—. Vuestra madre no os habría dejado vagar solas a estas horas.

Ginevra levantó la barbilla, conteniendo las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—No lo hizo, mi señor —inspiró profundamente—. Porque ya ha partido. Nuestra madre… ha muerto.

Un silencio espeso cubrió el entorno. Evander cerró los ojos, y por un instante la dureza de su rostro se quebró. Había tenido en gran estima a aquella mujer, que había curado sus fiebres y había susurrado verdades en las que nunca se atrevió a creer del todo.

—Por Dios —murmuró, bajando la cabeza en señal de respeto—. Fue más sabia y valiente que muchos hombres de mi consejo. Su pérdida pesa en mi corazón.

Harper desvió la mirada, mordiéndose el labio para no llorar. Emily, en cambio, sollozaba sin pudor. Ginevra apretó los puños y dio un paso adelante.

—Mi señor, escuchadme. Corremos peligro. Lo que somos no puede salir a la luz, o acabaremos como tantas otras mujeres en la hoguera. Debemos separarnos. Harper y yo encontraremos nuestro camino, pero Emily… —se volvió hacia su hermana menor, que negaba con la cabeza—, ella es demasiado joven para sobrevivir sola.

Emily se aferró a Ginevra con desesperación.

—¡No me dejes! ¡No me apartes de vosotras!

La voz de Harper sonó firme, aunque cargada de sorpresa.

—Emily, escucha a Ginevra. Si ella lo pide, es porque no hay otra salida.

Los ojos de la pequeña se llenaron de terror. Buscó la mirada de Ginevra, implorante. Pero la mayor sostuvo su decisión con dureza, aunque el corazón le sangrara.

—Por el cariño que tuvo a nuestra madre —continuó, mirando directamente a Evander—, le ruego que acoja a Emily bajo su techo. No como hija, ni como pariente, sino como una más de sus empleadas. Nadie debe saber quién es, ni qué sangre corre por sus venas.

El *laird* Campbell permaneció en silencio un momento, observando el rostro tembloroso de Emily.

No tuvo que pensarlo demasiado, pues se sentía en deuda con Fenella, la madre de las muchachas.

Así que, asintió con solemnidad.

—Lo haré. Se quedará aquí, en mi casa, bajo mi protección. Juro que nada le faltará, pero vuestra condición jamás será mencionada. Y no volveréis a verla.

—¡No! —Emily gritó desesperada, pero Harper la estrechó contra sí, susurrándole palabras de consuelo entre lágrimas.

Ginevra no se permitió derrumbarse; sólo acarició la mejilla de su hermana menor, grabando en su memoria sus facciones infantiles.

—Sé fuerte, pequeña Talamh —dijo con voz quebrada—. Tu camino empieza aquí.

La puerta trasera de la fortaleza se cerró tras Emily, y con ese sonido se quebró la vida de las tres hermanas. Ginevra y Harper se miraron a los ojos, sabiendo que el mundo acababa de volverse más frío. Y en el silencio de la noche, juraron que un día volverían a reunirse, aunque su destino ya se hubiera puesto en marcha en caminos distintos.

Capítulo 1

Escocia 1590, Tierras del clan Campbell

Las lágrimas aún ardían en los ojos de Ginevra mientras se aferraba a su hermana con todas sus fuerzas, como si en ese abrazo pudiera detener el tiempo. Ninguna de las dos sabía qué rumbo tomar, sólo que debían caminar hasta perder de vista su hogar, la cabaña que habían compartido, incluso el roble bajo el cual descansaba su madre, y con ello todos los recuerdos que ahora pesaban como piedras en el corazón.

—No quiero dejarte —susurró su hermana, con la voz quebrada contra su hombro—. No sé si seré capaz sin ti.

Ginevra le acarició el cabello, luchando por no derrumbarse.

—Sí que podrás —dijo con firmeza, aunque sus labios temblaban—. Mamá nos enseñó a no rendirnos, ¿recuerdas? Estaremos lejos, pero nunca solas. Siempre llevarás un pedazo de mí contigo.

—¿Y si me pierdo? ¿Y si olvido el camino de regreso a ti? —preguntó la menor, apretando aún más los brazos alrededor de ella.

Ginevra tragó saliva con el pecho encogido.

—Entonces mira al cielo. —Levantó la barbilla de su hermana con delicadeza—. ¿Ves esa estrella? Será nuestra señal. Cada noche, allí estaré contigo, aunque estemos a leguas de distancia.

La más joven sollozó, pero asintió, como si aquella promesa pudiera sostenerla.

—Te buscaré en las estrellas.

—Y yo a ti. —Ginevra besó su mejilla empapada de lágrimas—. Ahora camina, hermana mía. No mires atrás.

Se separaron al fin, y el silencio del bosque fue testigo de cómo cada una emprendía un camino distinto, aunque ambas con el corazón igual de roto.

Harper se marchó primero, con paso firme, ocultando su dolor bajo un gesto orgulloso. Ginevra quedó sola, con un macuto ligero colgado al hombro y el colgante verde que su madre le había confiado colgando sobre el pecho.

El bosque la recibió como un viejo aliado. Entre sus árboles se sentía más segura, como si la tierra misma le ofreciera refugio. Al caer la noche, trepó a un roble robusto y se acomodó en una rama ancha. Su estómago vacío protestaba, pero se obligó a recordar las palabras de su madre, «la naturaleza siempre proveerá».

Durmió mal, y con los sueños plagados de recuerdos que deseaba olvidar, pero al amanecer, descendió del árbol con el ánimo algo más alto.

Recolectó frutos silvestres y raíces tiernas, y mientras comía, caminó hacia algún lugar mientras observaba como la vegetación se tornaba más húmeda, más espesa. Agudizó el oído y, entre el murmullo de los pájaros, escuchó un rumor lejano. Parecía agua corriendo, y eso la hizo sonreír con alivio.

Pronto halló un río cristalino y se arrodilló para beber. El frescor del agua le devolvió fuerzas y por un instante, sintió que la vida podía ser simple, aunque solitaria.

Pasaron días en esa monotonía.

Cazaba peces pequeños con una improvisada lanza hecha con una rama afilada, recogía hierbas que reconocía de las enseñanzas de su madre, y dormía en árboles o entre helechos espesos. Los días parecían perderse en uno solo, hasta que un sonido interrumpió la calma. Eran cascos de caballos, veloces, frenéticos.

El corazón de Ginevra se aceleró.

Rápidamente se escondió tras unos arbustos, agazapada en la maleza. Enseguida vio a un jinete solitario aparecer entre los árboles. Su respiración era agitada, miraba hacia atrás como quien huye de la muerte. El caballo, desbocado, corría sin rumbo. El hombre giró la cabeza con desesperación y no vio el tronco bajo que le salió al paso. El impacto fue brutal, y salió despedido rodando hasta caer entre los matorrales, quedando inmóvil, boca abajo.

El estrépito aún resonaba cuando cuatro jinetes más irrumpieron, persiguiendo el caballo sin jinete que se adentró en el bosque como alma en pena. El suelo tembló bajo sus cascos hasta que desaparecieron en la distancia.

Ginevra permaneció inmóvil, con el corazón desbocado. Sabía que lo prudente era marcharse, dejar aquel extraño a su suerte. Apretó los dientes, maldiciendo en voz baja. Pero cuando giró sobre sus talones, una punzada en el pecho la detuvo.

—Maldita sea… —susurró.

Volvió sobre sus pasos y corrió hacia el hombre, oculta entre la maleza. Al llegar, comprobó que era grande y pesado, un cuerpo de guerrero curtido. Con esfuerzo lo volteó para ponerlo boca arriba. Y entonces, el aliento se le quedó atrapado en la garganta.

El desconocido era apuesto, incluso en su estado desvalido. Tenía un rostro muy varonil, de facciones marcadas, las cejas pobladas y oscuras, y unos labios carnosos y sugerentes.

Una herida abierta en la sien que todavía sangraba la asustó, pero tras revisarlo se dio cuenta de que su pecho todavía subía y bajaba —aunque con dificultad—, pero estaba vivo.

Las manos de Ginevra actuaron antes que su mente. Abrió el macuto y sacó lo poco que llevaba: un trozo de lino limpio, un pequeño frasco de miel espesa y unas hojas de milenrama que había recogido días atrás. Machacó las hojas entre sus dedos, mezclándolas con la miel hasta formar una pasta, y con cuidado la aplicó sobre la herida. Cubrió luego con el lino, ajustándolo con firmeza.

Cuando terminó, se quedó un momento inmóvil, observando aquel rostro. La tensión le recorrió el cuerpo sin que pudiera explicarlo. Había cuidado a su madre, a sus hermanas, a los heridos

que a veces llegaban a su cabaña, pero nunca había sentido ese extraño nudo en el estómago, ese temblor que no tenía nada que ver con el miedo.

Suspiró y se apartó, valorando qué hacer. Podía dejarlo allí. El hombre era fuerte, si sobrevivía a la noche, se salvaría. Pero algo en ella sabía que abandonarlo significaba condenarlo.

Así que decidió quedarse. Pasó el día a su lado, refrescándole la frente, humedeciendo sus labios con agua del río. Al caer la noche encendió una pequeña hoguera, apenas unas brasas, suficiente para mantener a raya a los depredadores y darles algo de calor.

Tres días transcurrieron en esa vigilia interminable en las que ella no se apartó de su lado.

Al cuarto día Ginevra sintió que necesitaba algo más sustancioso que las plantas, así que pescó en el río, y después asó el pescado en las brasas que habían quedado de la noche anterior, comiendo lo justo para mantener sus fuerzas. De cuando en cuando, humedecía los labios del desconocido con agua fresca, dejaba caer unas gotas en su boca entreabierta y rezaba en silencio para que bastara. Cambió las vendas con paciencia, repitiendo la mezcla de miel y hierbas. Y cada vez que posaba los ojos en él, sentía esa extraña mezcla de temor y fascinación.

Era hermoso. Y sin quererlo, cada día que pasaba junto a aquel extraño inconsciente, Ginevra sentía una conexión que no era capaz de explicarse.



Ginevra apagó con cuidado las brasas, cubriéndolas con un poco de tierra húmeda. El olor del humo todavía flotaba en el aire, impregnando su ropa y su cabello. Se disponía a caminar hacia el río para llenar su odre y quizá encontrar unas bayas silvestres, cuando se agachó para recoger su bolsa.

Entonces escuchó un leve gemido, un movimiento apenas perceptible, y ella se volteó de inmediato.

El guerrero se removió sobre el suelo, y un gruñido salió de entre sus labios.

Ginevra se quedó inmóvil, y con el corazón latiéndole en la garganta mientras que no apartaba la mirada de él.

El hombre abrió los ojos con dificultad, con la vista turbia al principio, hasta que sus pupilas lograron enfocar. La primera imagen que vio fue la de ella, inclinada hacia él, con el cabello revuelto enmarcando su rostro, y los labios entreabiertos en una mezcla de alivio y sorpresa.

Era hermosa, la mujer más hermosa que había visto jamás, y eso lo llevó a pensar que estaba dormido, pero solo lo pensó por un momento, pues el dolor tan horrible que tenía en la cabeza le hizo darse cuenta de que estaba muy despierto.

—Gracias al cielo que estás bien —susurró Ginevra, sintiendo que una ola de emoción la embargaba.

Durante tres días había velado por un desconocido, y verlo despertar le parecía casi un milagro

—Ya no sabía qué más hacer —confesó.

Él parpadeó, aún desorientado.

—¿Quién eres? —Su voz salió ronca, casi rota.

—Ginevra —contestó con suavidad, y tras una breve pausa, añadió—: ¿y tú?

El guerrero tragó saliva, como si el simple hecho de articular palabra le costase.

—Arthur Ferguson —respondió al fin.

El nombre la sorprendió. El clan Ferguson estaba lejos de aquellas tierras, demasiado lejos para que un miembro de esa estirpe anduviese por los bosques que ella conocía. Antes de poder preguntar, él intentó incorporarse, tambaleante, y la tensión en su rostro revelaba que aún le dolía la herida.

—Tengo que irme —dijo con brusquedad, como si el tiempo lo persiguiera.

Ginevra frunció el ceño, alzando una mano para detenerlo.

—No puedes. Apenas puedes mantenerte en pie. Ahora nadie te persigue, si lo dices por eso.

Él se volvió hacia ella con los ojos entrecerrados, y con la desconfianza marcada en cada uno de sus rasgos.

—¿Qué sabes tú de eso?

De repente, su mano fuerte se cerró alrededor de su muñeca, en un gesto brusco que la hizo contener el aliento.

Sus ojos se encontraron, y en el corazón de Ginevra se encendió un fuego extraño, mezcla de miedo y fascinación.

—Solo vi lo que ocurrió —se apresuró a explicar, con la voz temblorosa pero firme—. Huías de un grupo de jinetes, te golpeaste con una rama y caíste inconsciente. Tu caballo los despistó, y yo… —tragó saliva, obligándose a mantener la calma—. Yo cuidé de ti. Han pasado cuatro días, Arthur. Al menos podrías darme las gracias.

La dureza en el gesto de él se quebró de pronto. Aflojó la presión sobre su muñeca y bajó la mirada, arrepentido.

—Tienes razón, perdóname. Y gracias.

Ella sintió que la tensión en su pecho se aflojaba un poco. Entonces comenzó a recoger sus cosas, con movimientos torpes, como si de pronto no supiera qué hacer con sus manos.

—Es mejor que me marche —soltó, sin atreverse a mirarlo directamente—. Ahora que estás despierto, ya no me necesitas.

Arthur la observó, desconcertado.

—Espera. ¿A dónde vas?

—No lo sé —confesó con una sonrisa amarga—. No tengo un rumbo. Solo caminaré hasta que sepa dónde debo estar.

Él ladeó la cabeza, intentando comprenderla. Había algo en su voz que lo conmovía, una soledad que reconocía en sí mismo.

—¿Tienes un caballo?

—No. Voy andando.

—¿Y tu apellido? ¿Cuál es?

Ella dudó un instante antes de responder:

—Talamh.

Él frunció el ceño.

—No lo conozco. ¿No perteneces a ningún clan?

—No. —El silencio que siguió fue tan pesado como las montañas que los rodeaban.

Arthur la miró, con un brillo distinto en los ojos.

—Parece que tú también necesitas ayuda, Ginevra. No me perdonaría si te ocurriera algo, y mucho después de todo lo que has hecho por mí. Voy de regreso a las tierras de los Ferguson. Ven conmigo Y te conseguiré un trabajo, una vida mejor.

Ella dudó. La desconfianza la protegía, pero aquella mirada, firme y honesta, la desarmaba.

—No sé si puedo fiarme de ti —susurró.

Él inclinó ligeramente la cabeza hacia ella, y sus palabras fueron más suaves que antes:

—Me salvaste la vida. Estoy en deuda contigo.

Ginevra lo miró, y en su estómago nació ese extraño nudo, un cosquilleo que no lograba ignorar. ¿Sería el destino el que los había cruzado?

Respiró hondo y, con el corazón golpeando fuerte contra sus costillas, asintió.

—Acepto.

Capítulo 2

Escocia 1590.

Caminaron juntos durante horas, casi en silencio. Ginevra sentía la presencia de Arthur como una sombra constante a su lado: alta, firme, y sin embargo extrañamente reconfortante. No se atrevía a preguntarle nada, ni él parecía dispuesto a hablar. Eran dos desconocidos obligados a compartir camino, y aún así, cada tanto, sus miradas se cruzaban como si algo invisible los empujara a reconocerse.

Cuando el sol comenzó a hundirse en tonos rojos tras las colinas, las chimeneas de un pequeño pueblo aparecieron a lo lejos.

—Vamos —dijo Arthur con un tono decidido—. Buscaremos una posada. Necesitamos descanso, y un baño.

Ginevra se detuvo, con el corazón acelerado.

—Creo que es mejor no salir del bosque —replicó con nerviosismo—. Si te estaban persiguiendo, puede que te estén buscando allí.

Arthur apenas giró la cabeza, con sus ojos azules reluciendo bajo la última luz del día.

—No lo creo, Ginevra. Conozco a esos hombres —hubo un matiz de dureza en su voz—, en este momento estarán reorganizándose en sus tierras.

Ella frunció el ceño, inquieta.

—¿Reorganizándose para qué?

Arthur calló unos segundos, como si sopesara cuanto revelar. Finalmente negó con un gesto brusco.

—No importa. Lo único que necesitas ahora es un techo.

Avanzó hacia el pueblo sin esperar respuesta. Ginevra se quedó atrás, mordiéndose el labio. El nudo en su garganta no era sólo por miedo, sino por otra cosa, la vergüenza de un secreto más mundano.

—Arthur… —lo llamó, con su voz apenas convertida en un hilo.

Él se giró, impaciente, y por un instante, al verla tan frágil en medio del sendero, suavizó su expresión.

—Es que… —ella bajó la mirada—. No tengo dinero.

Él arqueó una ceja y soltó un resoplido casi divertido.

—No te preocupes por eso, yo tengo suficiente para los dos.

La firmeza con que lo dijo la hizo estremecer. Jamás alguien había hablado por ella con tanta seguridad.

Al poco llegaron a la posada, era una construcción de piedra con vigas ennegrecidas por el humo, y un rótulo gastado que colgaba sobre la puerta. El posadero, un hombre robusto de barba canosa, alzó las cejas sorprendido al ver a Arthur.

—¡Señor…! —exclamó con deferencia.

—Dos habitaciones, rápido —lo interrumpió Arthur, sin dar lugar a más palabras—. El viaje ha sido largo y no deseo conversación.

—Por supuesto —asintió el posadero, inclinándose.

—Preparen en ambas un baño, ropa decente para mí y para la señorita, y una cena caliente.

—Se hará como usted diga, señor. ¿Se quedarán mucho tiempo?

—No. Partiremos mañana en la mañana. Quiero una carreta cerrada y dos caballos de tiro listos al amanecer.

—Así será.

Arthur deslizó unas monedas en la mano del posadero, que sonrió de oreja a oreja y enseguida comenzó a dar órdenes a gritos.

El hombre mismo los condujo hasta las habitaciones, enfrentadas una a la otra en un pasillo estrecho y silencioso.

Ginevra se detuvo ante la puerta, con el corazón latiendo desbocado.

—Gracias —dijo, elevando al fin la mirada hacia él.

Arthur se volvió hacia ella, y por un instante, el mundo pareció detenerse. Sus ojos se encontraron con una intensidad inesperada.

Ginevra tragó saliva, abrumada por esa corriente invisible que la estremecía de pies a cabeza. Apenas pudo reunir fuerzas para añadir:

—Por todo.

Él inclinó levemente la cabeza, como si quisiera responder, pero no hallara las palabras.

Entonces ella abrió la puerta de su habitación y entró. La madera crujió al cerrarse, dejando a Arthur de pie en el pasillo, con esa mirada clavada aún en la sombra de la muchacha que acababa de desaparecer tras el umbral.



Una vez a solas, Ginevra se detuvo ante la puerta que acababa de cerrar, observando la habitación con una mezcla de extrañeza y cautela. No era grande, pero a sus ojos resultaba casi lujosa. Las paredes de piedra estaban cubiertas en parte por tapices gastados de colores apagados; una lámpara de aceite arrojaba un resplandor cálido que llenaba el espacio de sombras suaves. La cama, ancha y cubierta con un edredón de lana, parecía un verdadero trono comparado con el jergón de paja donde solía dormir en la cabaña.

Había una pequeña mesa con una jarra y un cuenco, una silla de madera robusta y una ventana estrecha que daba a la calle.

Se acercó a ella y apartó la cortina áspera. Apenas se veían figuras a esas horas, pero pudo ver a un par de hombres que regresaban tambaleantes de la taberna, y a una mujer cerrando apresurada las contraventanas de su casa. El pueblo entero parecía recogerse bajo el manto de la noche, y por primera vez en días, Ginevra sintió que estaba a salvo de la oscuridad del bosque.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Retrocedió unos pasos y esperó en silencio, hasta que una voz femenina anunció su presencia. Al abrir, dos mozos entraron cargando una gran tina de cobre y, con sorprendente rapidez, comenzaron a llenarla con cubos de agua humeante que subían desde la cocina. El vapor se elevó enseguida, llenando la estancia con un calor húmedo que le acarició la piel. Una muchacha dejó un fardo de ropa limpia sobre la cama, inclinó la cabeza con una sonrisa tímida y desapareció tras la puerta.

Ginevra se quedó sola con aquel inesperado regalo. Se acercó a la tina con cautela, observando el agua que brillaba bajo la luz. Jamás había tenido un lujo semejante. En su cabaña, los baños eran en el río, incluso en invierno, cuando el agua helada mordía hasta los huesos. O, en el mejor de los casos, un balde de agua tibia, compartido entre risas con sus hermanas. Pero esto, esto era otro mundo.

Con manos temblorosas, desató los cordones de su vestido, lo dejó caer al suelo y se sumergió lentamente. El calor la envolvió al instante, arrancándole un suspiro que parecía escapar desde lo más profundo de su alma. Cerró los ojos y permitió que el agua recorriera cada rincón de su cuerpo, lavando no sólo la suciedad del camino, sino también, por un momento, la pena que llevaba clavada en el corazón.

Se quedó allí mucho rato, inmóvil, con la frente apoyada en el borde de la tina. Pensó en su madre, en la última vez que la abrazó, y pensó en ellas, en sus hermanas vagando ahora por caminos desconocidos.

—Que el cielo las guarde como a mí —dijo, dejando que las lágrimas se confundieran con las gotas que resbalaban de su rostro.

Cuando el agua comenzó a enfriarse, salió de la tina despacio. Tomó la tela de lino áspera que habían dejado sobre la silla y se frotó la piel hasta sentirla tibia de nuevo. Sobre la cama la esperaba un camisón de lino sencillo, pero blanco y limpio como la nieve. Lo deslizó por su cuerpo y se sorprendió de lo suave que era el roce de la tela contra la piel recién bañada.

Entonces se sentó en el borde de la cama, con el cabello húmedo cayendo sobre sus hombros y su espalda, y por primera vez en días, respiró hondo sin sentir un peso en el pecho. Allí, en esa habitación modesta que a ella le parecía un palacio, Ginevra sintió una chispa de esperanza, como si tal vez, después de tanto dolor, aún pudiera existir un mañana.

Capítulo 3

Escocia 1590

Arthur daba vueltas en su habitación. No sabía qué le pasaba, pero no conseguía apartar de su mente a la muchacha. No recordaba nada de los días en que estuvo inconsciente, pero cada vez que se miraba la venda limpia en la frente o percibía el tenue aroma de hierbas que aún lo envolvía, sabía que había sido ella quien lo había salvado. ¿Por qué? ¿Qué la había llevado a arriesgarse por un extraño? Esa pregunta lo inquietaba tanto como la manera en que sus ojos azules lo desarmaban cada vez que se cruzaban.

Pero aquello era absurdo. Impropio de él. Ginevra no era más que una desconocida, una muchacha sin apellido de clan, sin futuro, sin protección. ¿Por qué entonces se había empeñado en llevarla con él? Podría haberle dado las gracias y seguir su camino, pero no. Había decidido arrastrarla a su mundo, y con ello, tal vez, había complicado aún más su situación.

Unos golpes en la puerta lo hicieron girar con un sobresalto. Se encontró con un mozo de la posada, que llevaba una bandeja de cena. Arthur frunció el ceño y, antes de pensarlo demasiado, las palabras salieron de su boca:

—Llévala a la habitación de la señorita. Cenaremos allí.

Cuando al fin se decidió a cruzar el pasillo y tocar con los nudillos en la puerta contigua, sintió algo extraño, como si su corazón, tan endurecido por los años, hubiese recordado lo que era latir de verdad.

La puerta se abrió lentamente, revelando a Ginevra. Llevaba el cabello suelto, aún húmedo y resplandeciente bajo la luz de la lámpara. El camisón blanco se ceñía a su figura con una sencillez que la volvía aún más hermosa, y Arthur tuvo que apartar la vista un instante para recuperar el aire.

—He pensado que podríamos cenar juntos —dijo, entrando.

Su sola presencia llenó la estancia.

Ella bajó los ojos, ruborizada.

—Los mozos han preparado la mesa aquí, me avisaron de que vendrías.

—Espero que no te incomode —añadió él, midiendo sus palabras con torpeza inusual.

—No, claro que no. Agradezco la compañía.

Se sentaron frente a frente en la pequeña mesa de madera, en la que había dispuesto pan caliente, carne guisada y una jarra de vino.

Arthur sirvió dos copas y, al ofrecerle la suya, notó la vacilación en sus ojos.

—¿No te gusta?

—No estoy segura —confesó.

—¿Es que acaso nunca lo has probado? —preguntó él, arqueando una ceja.

Ella negó suavemente con la cabeza, y Arthur comprendió en ese gesto toda su inocencia. La pureza de alguien que no había pisado el mundo en demasía.

Ginevra llevó la copa a los labios con timidez, y pronto un leve rubor le encendió las mejillas. Tras un par de vasos, reía con más facilidad, hablaba con más soltura, y Arthur se descubrió a sí mismo sonriendo también, como no lo hacía desde hacía años.

Cuando terminaron de cenar, ella apoyó los codos en la mesa y lo miró con cierta preocupación.

—¿Todavía te duele la cabeza?

Él llevó instintivamente una mano a la venda que cubría su herida.

—Apenas lo noto ya.

—Déjame verla. —Se levantó con decisión, como si hubiese olvidado toda timidez.

Arthur asintió, y la observó mientras se acercaba con pasos suaves. Ella retiró la venda con delicadeza, y él se tensó al sentir el calor de sus manos tan cerca. El aroma de su piel, fresco y limpio, lo envolvió como un hechizo.

Una vez que lo inspeccionó, fue hasta su bolsa y sacó todo lo necesario para curarlo.

Los dedos de Ginevra se movían con cuidado, aplicando de nuevo la mezcla de hierbas y miel. Arthur, en cambio, apenas podía pensar en otra cosa que no fuese en la cercanía de sus labios, en la curva de su cuello iluminada por la lámpara, y en el leve temblor de su respiración.

Cuando ella terminó, levantó la vista para anunciarlo, y en ese instante sus miradas se encontraron.

Fue entonces cuando algo poderoso, inevitable, los atrapó a ambos por completo.

Arthur, en un movimiento tan inesperado para él como para ella, sujetó su muñeca con firmeza, y antes de que Ginevra pudiera reaccionar, tiró suavemente de ella hasta que acabó sentada en su regazo.

El contacto los sacudió a los dos.

Con una mano le sostuvo el rostro y, venciendo todas las voces que le decían que se detuviera, la besó.

Fue un beso intenso, ardiente, y tan perfecto, que Ginevra sintió que el mundo desaparecía a su alrededor.

Arthur, en cambio, reaccionó como si hubiese despertado de un sueño prohibido. Se levantó bruscamente, dejándola a un lado con cuidado, y con el corazón desbocado.

—Perdóname… —soltó, sin atreverse a mirarla—. No debí…

Ella lo observaba confundida, con las mejillas encendidas y el corazón palpitando con fuerza.

Arthur se irguió, intentando recuperar la compostura, y después se inclinó de una forma leve.

—Buenas noches, Ginevra.

Y salió de la habitación antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra.

El silencio que quedó tras su partida fue tan denso como el propio beso.

Ginevra, todavía temblando, se llevó los dedos a los labios, sin comprender lo que acababa de suceder.

¿Qué había hecho mal? Había sido él quien la había besado y, aun así, ¿por qué lo había consentido? Lo peor era que no había sentido el impulso de apartarse, sino todo lo contrario. Ese beso había despertado en su interior algo que desconocía, un fuego que todavía ardía en su pecho y que la hacía sentir que flotaba.

Se dejó caer en el borde de la cama, con el corazón golpeándole todavía en el pecho con una intensidad difícil de apaciguar. Cerró los ojos, intentando ordenar sus pensamientos, pero lo único que veía era el rostro de Arthur, la intensidad de su mirada y la calidez de sus labios sobre los suyos.

—¿Qué me está pasando? —susurró para sí misma, en un hilo de voz.

Sabía que no debía permitirlo, que aquello era peligroso, que él era un hombre al que apenas conocía, pero ¿cómo podía luchar contra la sensación ardiente que la recorría por dentro?

Se cubrió con la manta, buscando refugio en el calor, como si pudiera apagar el torbellino que la consumía. Y, aun así, en medio de la confusión y el miedo, una sonrisa temblorosa se escapó de sus labios, porque la verdad era imposible de negar: ese beso había sido lo más hermoso y aterrador que jamás había sentido.

Capítulo 4

Escocia 1590

A la mañana siguiente, una sirvienta llamó suavemente a la puerta de la habitación de Ginevra.

—La espera en la taberna, señorita. El caballero ya se encuentra abajo.

El corazón de Ginevra dio un brinco. No había dormido bien. Una y otra vez, la escena del beso se repetía en su mente. La fuerza con la que Arthur la había atraído hacia sí, la calidez de su boca, y el desconcierto brutal con que se había apartado después. ¿Cómo podría mirarlo a los ojos ahora?

Se vistió con el vestido nuevo que habían dejado la noche anterior y bajó las escaleras con pasos vacilantes, preguntándose si él también estaría turbado. Pero al entrar en la taberna lo encontró sentado a la mesa, erguido y tranquilo, como si nada hubiese sucedido.

Arthur levantó la vista y la contempló en silencio unos segundos. No hubo rastro de incomodidad en su expresión, solo esa serenidad impenetrable que parecía acompañarlo siempre. Ginevra, sin embargo, sintió cómo el aire le faltaba cuando su mirada se posó en ella.

—Estás… —se interrumpió, apretando los labios y carraspeando—. Te sienta bien ese vestido.

Ginevra sonrió tímida y, al sentarse a su lado, bajó la mirada hacia sus manos.

—Gracias por todo lo que me has dado, Arthur. La ropa, la comida, es más de lo que habría hecho cualquiera. Cuando comience a trabajar, te lo devolveré todo.

—No hace falta. —Él negó con suavidad, aunque con firmeza.

—Pues yo digo que sí. —Su voz, aunque baja, no dejaba lugar a réplica—. No quiero deberte nada.

Arthur se limitó a mirarla durante un largo momento, intrigado por aquella obstinación tan orgullosa, y al final asintió, con una chispa de respeto en la mirada.

Después del desayuno, pasaron por el mercado a comprar víveres para la travesía, Arthur no deseaba tener que volver a parar en ningún otro sitio, así que recorrerían el resto del camino sin paradas extras ni comodidades, pues deseaba llegar cuanto antes a Perthshire.

La carreta que había encargado la noche anterior aguardaba ya lista frente a la posada, con dos caballos de tiro bien enjaezados. Ginevra subió al interior, y fue él mismo quien tomó las riendas al partir del pueblo.

Los días siguientes transcurrieron en una rutina que poco a poco se volvió cercana y cómoda. Apenas se detenían más que para dormir unas horas y alimentar a los caballos, aun así, el viaje se extendió casi una semana entera a través de senderos estrechos, colinas húmedas, y llanuras verdes que parecían no tener fin.

Por las noches, se detenían en claros apartados. Arthur encendía una hoguera mientras Ginevra extendía una manta dentro de la carreta para dormir. Él jamás aceptó el calor bajo techo, prefería el cielo abierto, con la espada al alcance de la mano, velando por la seguridad de ambos.

Pero la distancia que trataban de interponer entre ellos se iba deshaciendo poco a poco. Al calor del fuego, compartieron risas tímidas, pequeñas historias de su niñez, y silencios que se sentían menos incómodos a medida que avanzaban. Ginevra descubrió que Arthur sabía reír con la misma intensidad con la que fruncía el ceño,

y él, que ella tenía una mirada capaz de iluminar incluso la oscuridad más cerrada.

En más de una ocasión, mientras ella se dormía en la carreta, Arthur se quedó escuchando su respiración tranquila, preguntándose por qué sentía esa necesidad imperiosa de protegerla, de mantenerla a salvo, como si el destino mismo los hubiese puesto en el mismo sendero.

Al séptimo día, cuando el sol comenzaba a descender tras las montañas, Ginevra entreabrió la cortina de la carreta y, llamó a Arthur.

—Mira —señaló con brillo en los ojos.

Él alzó la vista. A lo lejos, recortada contra el cielo teñido de cobre y púrpura, se erguía la silueta imponente de una fortaleza de piedra, sobre una colina que dominaba el valle. Las murallas grises parecían tocar el cielo, y las torres se alzaban con severa grandeza.

Arthur tensó las riendas, y en sus labios se dibujó una expresión que mezclaba alivio y preocupación.

—Bienvenida a las tierras de los Ferguson —dijo en voz baja, sin apartar la vista del castillo que se acercaba cada vez más.

Ella sonrió, y una extraña sensación recorrió su cuerpo, tocó la piedra que llevaba al cuello para tranquilizarse, y sintió que su madre estaba con ella. Siempre lo estaría.

Apenas unos metros los separaban de la fortaleza cuando una veintena de jinetes surgieron como un torbellino del portón principal. Rodearon la carreta en cuestión de segundos, y la tensión que invadió a Ginevra se deshizo cuando percibió la algarabía entre los guerreros. Apenas reconocieron a Arthur, un grito colectivo de alivio y júbilo los envolvió.

—¡Mi señor! —clamó uno de los hombres, con el rostro iluminado por una sonrisa.

—¡Mi *laird*, habéis regresado! —añadió otro, acercando su montura a la carreta para estrecharle el brazo.

Ginevra se quedó helada.

«¿Laird?», la palabra resonó en su mente.

Su mirada se clavó en Arthur, que continuaba saludando, como si no percibiera el desconcierto de ella.

La carreta, escoltada por los jinetes, cruzó el portón y se internó en el patio interior. Allí se detuvo al fin, y Arthur descendió de un salto, envuelto de inmediato por los brazos y voces de sus hombres.

Nadie pareció reparar en Ginevra. Ella misma abrió la portezuela y bajó, con el corazón latiéndole en la garganta. Sus pies apenas rozaron la piedra cuando vio a cuatro personas descender apresuradamente por la escalinata principal: un joven de cabellos claros y sonrisa franca, una muchacha de belleza deslumbrante y dos mujeres a su lado, una de ellas de porte imponente.

La joven no se contuvo: corrió hacia Arthur y se lanzó a sus brazos.

—¡Mi querido Arthur! —exclamó, con lágrimas en los ojos—. Creí que no volvería a verte jamás.

Arthur la sostuvo con firmeza, con la naturalidad de quien recibe lo que ya esperaba.

—¡Mi querida Ophelia! —exclamó él, lo bastante alto para que todos lo oyeran—. No faltaría a mi propia boda, ni aunque mi vida dependiera de ello.

El golpe fue brutal. Ginevra sintió que la sangre le abandonaba el rostro, y que el suelo bajo sus pies se tambaleaba.

—Hermano —intervino entonces el muchacho más joven, que tenía un gran parecido a Arthur—, los hombres han estado buscándote por todas partes desde el enfrentamiento en la frontera. Creímos… creímos que te habíamos perdido.

Arthur lo abrazó con fuerza, la sinceridad en sus gestos era evidente.

—He vuelto —contestó él con voz firme—. Esos Stewart no podrán con nosotros.

Ophelia lo miraba como si el mundo entero fuese él, hasta que sus ojos repararon en Ginevra. Su expresión cambió al instante; la dulzura se tornó en un gesto frío y suspicaz.

—¿Y quién es ella? —preguntó, como si la sola presencia de la muchacha fuese una ofensa.

Arthur se giró y por fin recordó a Ginevra.

—Ella… —dijo, dejando que su voz retumbara con fuerza en medio del silencio repentino—. Ella es quien me salvó la vida. Desde hoy trabajará en el castillo.

Y sin darle tiempo a replicar, hizo un ademán hacia una mujer de mediana edad que aguardaba a un lado, con el delantal aún manchado de harina.

—Kelly, ocúpate de ella.

La mujer asintió con una leve inclinación de cabeza y se acercó a Ginevra.

Arthur, en cambio, desapareció en el interior de la fortaleza, arrastrado por los hombres que lo aclamaban, por los brazos de su prometida y por los ojos brillantes de su hermano.

Ginevra permaneció quieta, con la piedra de su madre apretada en la palma, mientras sentía cómo el mundo que había empezado a soñar se resquebrajaba de golpe.

Capítulo 5

Escocia 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Ginevra no dejaba de darle vueltas a lo mismo mientras atravesaba los pasillos de la fortaleza, y no era otra cosa que, sentir que había hecho el ridículo más espantoso de su vida. ¿Qué había esperado de él? ¿Una palabra amable, un gesto de afecto? ¿Su amor? ¡Por supuesto que no! Se reprochó su propia ingenuidad. No debería haber aceptado aquel puesto, pero era lo único que tenía. Aun así, se prometió que en cuanto reuniese unas pocas monedas, se marcharía. No pensaba permanecer allí más tiempo del necesario.

La voz firme de Kelly la devolvió a la realidad.

—Presta atención, muchacha —le decía la mujer mientras avanzaba con paso decidido—, que no me gusta repetir las cosas.

Kelly era bajita y regordeta, con el cabello castaño recogido en un moño bajo y unos ojos negros como la noche, que parecían verlo todo y no dejar escapar nada. Tenía un aire imponente a pesar de su estatura, y un carácter fuerte que se dejaba sentir en cada palabra. Mientras caminaban, le iba presentando a decenas de criados, cocineros y mozos de cuadra, tantos que Ginevra dudó que pudiese recordar la mitad de sus nombres.

—Si cumples con tus obligaciones, no tendrás problemas conmigo —añadió Kelly con tono cortante, deteniéndose frente a una puerta de madera robusta—. Ahora, aquí es donde dormirás.

Empujó la puerta y entraron en una habitación sencilla pero acogedora. Dos camas de hierro forjado se encontraban una frente a la otra, cada una con un baúl a los pies y una pequeña mesa compartida junto a la ventana. Las paredes eran de piedra desnuda, pero una alfombra descolorida y unas flores secas en un jarrón daban un toque cálido al lugar.

—Elora —llamó Kelly.

Una joven rubia de ojos color miel levantó la vista desde su cama y sonrió con dulzura. Tenía la misma edad que Ginevra, aunque irradiaba una serenidad que contrastaba con la tormenta interior que la muchacha traía consigo.

—Compartirás habitación con ella —anunció Kelly—. Hoy puedes descansar, pero mañana, a primera hora, te quiero en cocina. Allí te diré cuáles serán tus tareas. —Y, sin esperar respuesta, añadió con brusquedad—: No me hagas repetirlo.

Y con la misma rapidez con la que había llegado, Kelly salió, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio reinó por un instante hasta que Elora, con una sonrisa traviesa, comentó:

—Tranquila, Kelly no es tan mala como parece. Solo es renegona, y a veces algo malhumorada, pero en el fondo tiene un corazón enorme. Aunque en algunos momentos te aseguro que te costará creerlo.

Ginevra soltó una risa nerviosa, que pronto se transformó en una carcajada sincera.

—Espero poder comprobarlo.

Ambas rieron juntas, y la tensión en el pecho de Ginevra pareció aligerarse un poco.

—Bienvenida —dijo Elora con calidez—. Sé que no es fácil llegar nueva, y sola, a un sitio tan grande como este, pero yo te ayudaré en todo lo que pueda.

Aquellas palabras reconfortaron más a Ginevra de lo que ella misma esperaba. Sin embargo, la joven rubia se levantó enseguida, alisándose el delantal.

—Ahora debo irme. Soy la criada personal de la señorita Ophelia, y ella me reclama a menudo. Pero esta noche volveré y

podremos hablar con calma.

Con una sonrisa amable, Elora se despidió y salió, dejando a Ginevra sola en la habitación. La muchacha se dejó caer sobre la cama que le correspondía, con la mirada perdida en el techo de piedra y la certeza de que su vida había dado un vuelco irreversible.

Y, de nuevo su mente voló hacia Arthur. El *laird* Arthur Ferguson. Un escalofrío le recorrió el cuerpo solo con pensarlo. Se obligó a apartarlo de su corazón, a sofocar ese latido extraño que la estremecía cada vez que lo recordaba. Debía olvidarlo.

Se prometió, además, evitarlo a toda costa. Y creyó que no sería tan difícil, pues la fortaleza era inmensa, los pasillos parecían no tener fin, y había tantos empleados ocupados en sus quehaceres, que estaba convencida de que podría pasar inadvertida para él con facilidad.



Arthur entró en la sala principal de la fortaleza acompañado de su hermano Price, de su prometida Ophelia y de la madre de esta, Morgana Murray, que se había mostrado tan impetuosa como siempre desde el mismo instante en que lo recibió a las puertas del castillo.

La estancia estaba iluminada por varias lámparas de aceite y por la gran chimenea que ardía en el centro, envolviendo las paredes

de piedra en un resplandor cálido. El tapiz con el blasón de los Ferguson colgaba tras el sillón donde reposaba la señora Marsaly Ferguson, la matriarca del clan. Su cabello, completamente blanco, enmarcaba un rostro surcado por arrugas finas, y sus ojos azules —los mismos que había heredado Arthur—, brillaban con una fuerza que desmentía la fragilidad de su cuerpo. La enfermedad de los huesos apenas le permitía levantarse, pero al ver a su hijo, toda dolencia pareció borrarse.

—¡Hijo mío! —exclamó con emoción, extendiendo una mano temblorosa hacia él.

Arthur cruzó la estancia con pasos firmes, y al tomar la mano de su madre inclinó la cabeza para depositar un beso sobre ella. Marsaly se aferró a sus dedos con fuerza, como si temiera que desapareciera de nuevo. Fue entonces cuando reparó en la venda que ceñía su cabeza.

—¿Qué te ha sucedido, Arthur? —preguntó con voz alterada, recorriéndolo con la mirada de arriba abajo.

El *laird* enderezó la espalda y, con gravedad, respondió:

—En una negociación con los Stewart por las tierras que reclaman como suyas, me atacaron y me traicionaron. Mis hombres perecieron casi todos en aquella emboscada, pero yo conseguí huir.

El silencio se cargó de tensión. Marsaly lo observó horrorizada mientras Arthur relataba cómo había encontrado refugio gracias a una muchacha, Ginevra, que lo había cuidado en sus horas más oscuras.

—Fue ella quien me salvó la vida —dijo con firmeza—. He decidido recompensarla dándole un puesto en esta fortaleza.

—Hiciste lo correcto, hijo mío —respondió su madre con ternura—. No sabes cuanto agradezco que alguien velara por ti cuando más lo necesitabas.

Su expresión se suavizó, y un brillo cómplice se encendió en sus ojos al mirar a Ophelia.

—Y no sabes lo mucho que tu prometida te ha echado de menos.

Ophelia bajó ligeramente la cabeza, ruborizada, y se mordió los labios con timidez. Fue entonces cuando Morgana, de pie junto a

su hija, dio un paso al frente. Su porte altivo y su mirada dura contrastaban con la calidez de Marsaly.

—Escribiré de inmediato a mi esposo para anunciarle tu regreso —declaró con aplomo—. Estoy segura de que se unirá a ti para tomar las represalias pertinentes contra los Stewart.

Arthur la miró con severidad. La tensión en su mandíbula era evidente.

—Esos asuntos no os conciernen, señora. Es algo que decidiré yo mismo.

Morgana arqueó una ceja, ofendida, pero no retrocedió.

—Como aliados que seremos después de vuestra unión —aseguró, posando la mano en el hombro de Ophelia—, apoyaremos cualquier campaña que emprendas.

El tono de Arthur se volvió aún más duro, y sus palabras resonaron con autoridad en la sala:

—Vuelvo a repetir que esos asuntos no os conciernen. Como *laird* de esta fortaleza, no hablo de guerra con nadie que no forme parte de mi consejo. Y tampoco creo que a vos os competa, sino a vuestro esposo. —Hizo una breve pausa, para luego inclinar la cabeza hacia su madre—. Y ahora, si me disculpan… Madre.

Girándose hacia Price, añadió con firmeza:

—Vamos. Deseo hablar contigo en mi despacho.

Ambos salieron de la estancia bajo la atenta mirada de las mujeres.

El silencio quedó suspendido en el aire hasta que Ophelia, con un suspiro cargado de nerviosismo, se volvió hacia su madre.

—Madre, te he dicho miles de veces que no te involucres en asuntos que no son de tu incumbencia.

—¡Pero sí lo son! —replicó Morgana con vehemencia—. La estabilidad de mi hija lo es, y no pienso mirar hacia otro lado. Regresaremos de inmediato a casa. No me quedaré ni un día más aquí donde no se me escucha. Prepararé todo para nuestra partida.

—Yo no iré madre. Mi deber está junto a mi futuro esposo.

—Bien, pues regresaré sola.

Se dio media vuelta y abandonó la sala, erguida, y visiblemente enfadada.

—Lo siento —murmuró Ophelia, un tanto turbada, volviendo su rostro hacia Marsaly—. Mi madre tiene un carácter… difícil.

Marsaly le dedicó una sonrisa serena y le acarició la mano con dulzura.

—No te preocupes, querida. Siéntate a mi lado. Tomaremos té y charlaremos sobre la boda. ¿Te parece bien?

Ophelia asintió, con una tímida sonrisa, y se dejó caer junto a ella.

—Me parece perfecto.

Capítulo 6

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Ginevra se levantó al alba, como el resto de las doncellas, y pronto se encontró en medio de un torbellino de tareas. No había aún un puesto fijo para ella en la fortaleza, así que los encargados la enviaban de un lado a otro, así que, barrió suelos interminables de piedra, fregó con agua helada hasta dejarse las manos enrojecidas, sacudió cortinas pesadas que le llenaron el rostro de polvo, quitó telarañas de los rincones más altos, y limpió ventanas hasta que pudo verse reflejada en ellas. Era un sinfín de quehaceres que parecían no terminar nunca, pero ella no se quejaba. Había algo en aquella rutina agotadora que la mantenía centrada, como si cada tarea borrara un poco del dolor que arrastraba en el pecho.

Mientras estaba agachada fregando un tramo de escalones, escuchó la voz firme de Kelly resonar a su espalda.

—¡Ginevra! —la llamó.

Ella se incorporó de inmediato, secándose las manos en el delantal.

—Ve con Gisela al jardín. Necesita hierbas frescas para el mediodía.

Obediente, siguió a la cocinera, una mujer robusta, de brazos fuertes y mirada sagaz. Juntas cruzaron el patio interior hasta llegar

al huerto que se extendía detrás de la cocina. El aire estaba impregnado del olor fresco de la tierra húmeda y de las fragancias de las plantas, alineadas en hileras cuidadas con esmero.

—A ver si sabes algo más que barrer —murmuró Gisela con una sonrisa pícara, entregándole un pequeño cesto de mimbre—. Iremos viendo si vales para esto.

Se inclinó sobre las matas verdes y fue nombrando una por una.

—Romero.

—Sí, aquí está.

—Tomillo.

—Este —respondió Ginevra, cortando un tallo con seguridad.

—Salvia.

—Aquí.

La cocinera arqueó las cejas, sorprendida de que acertara en todas. Con los brazos en jarra, la observó con curiosidad.

—Vaya, parece que sí sabes algo.

De camino hacia otra hilera, Gisela se agachó de pronto y apartó con los dedos la hierba que cubría un tallo de hojas alargadas.

—Hace tiempo que no veía esta planta. Da un sabor estupendo a los guisos.

—¡No! —exclamó Ginevra, adelantando la mano para impedirle arrancarla—. Esa no.

Gisela la miró con extrañeza.

—¿Cómo qué no?

—Es venenosa —respondió Ginevra con firmeza, y con el corazón golpeándole en el pecho por el susto—. Se parece mucho a la angélica, pero no lo es. Es cicuta. Apenas una pizca en un guiso podría matar a cualquiera.

Hubo un silencio pesado. La cocinera, que no era mujer fácil de impresionar, se quedó quieta un instante, observando de cerca la planta, y luego a Ginevra.

—¡Maldición! Tienes razón, muchacha —dijo al fin, apartando las manos con gesto serio—. Cualquiera podría haberse confundido.

Ginevra bajó la voz, recordando la voz de su madre enseñándole en los campos.

—Mi madre me enseñó todo lo que sabía sobre las plantas. Nunca se sabe cuándo puede hacer falta.

La expresión de Gisela cambió, primero a una leve sonrisa y luego a un gesto decidido.

—Bien —dijo con tono firme—. Estarás conmigo en la cocina a partir de ahora. Yo misma se lo diré a Kelly.

Ginevra sintió un pequeño alivio en el pecho. Un puesto fijo, aunque exigente, era un comienzo, desde luego.



El calor de la cocina era sofocante en comparación con el aire fresco del patio. El fuego de los hornos rugía como un monstruo insaciable y el olor a pan recién horneado se mezclaba con el de los guisos espesos que hervían en grandes ollas de cobre. El lugar estaba lleno de actividad: sirvientas corriendo de un lado a otro, cuchillos golpeando sobre las tablas de madera, y platos apilándose en manos apresuradas.

Gisela, con la frente perlada de sudor, no perdía detalle de nada. Señalaba, gruñía órdenes, probaba un guiso con la punta de la cuchara y de inmediato gritaba a alguien que añadiera más especias. Ginevra la observaba con atención, tratando de memorizar cada rincón, cada estante repleto de hierbas secas colgando del techo, cada tarro de especias alineado con precisión.

De pronto, la puerta se abrió y Elora entró con su andar ligero, y con el cabello rubio recogido en una trenza que se movía con gracia a cada paso.

—Ophelia me envía por té para la señora Marsaly —anunció con voz clara—. Dice que le duele mucho y lo necesita de inmediato.

Gisela bufó, limpiándose las manos en el delantal.

—Siempre van con prisas esas damas —refunfuñó. Se volvió hacia un estante abarrotado de tarros, buscando sin demasiado orden—. ¿Dónde demonios he puesto la manzanilla?

Ginevra, que había seguido cada movimiento, dio un paso al frente.

—¿Qué es lo que le duele? —preguntó con cautela.

—Todo. A la señora le duelen los huesos, a veces es tan horrible su dolor que se pasa días en cama —contestó Gisela.

—Si me permite, puedo prepararlo yo —dijo con timidez, aunque segura de sí misma—. Mi madre me enseñó qué hierbas alivian los dolores de los huesos.

Elora la miró con sorpresa, pero sus ojos color miel se suavizaron enseguida, casi agradecida.

—¿De veras? —preguntó Gisela, arqueando una ceja.

—Sí —asintió Ginevra—. Manzanilla para relajar, corteza de sauce para el dolor, y un poco de ortiga, que ayuda a los huesos. Puedo mezclarlas y dejar reposar la infusión.

El silencio de la cocina se hizo evidente, varias muchachas se habían detenido a escucharla. Gisela cruzó los brazos, evaluándola como si se tratara de un examen. Al fin, con un gruñido que sonaba más a aprobación que a queja, señaló la mesa.

—Adelante, muchacha. Hazlo tú.

Ginevra buscó las hierbas, escogiendo con cuidado cada ramita seca, y en cuestión de minutos el aroma suave del té llenó la

cocina. Colocó la taza humeante en una bandeja de plata y la entregó a Elora, que la recibió con una sonrisa cálida.

—Gracias, Ginevra. Estoy segura de que a la señora Marsaly le encantará. —Y, antes de salir con la bandeja, le dedicó una sonrisa cómplice—: Lo has hecho muy bien.

El corazón de Ginevra dio un vuelco. Aquel pequeño reconocimiento, tan sencillo y espontáneo, bastó para que se sintiera un poco más segura en aquel lugar nuevo e imponente.



Al caer la tarde, el patio de armas bullía de actividad. El sonido metálico de las espadas chocando contra los escudos, el repiqueteo de los martillos ajustando las armaduras y las órdenes firmes de los capitanes llenaban el aire con un ritmo casi marcial. Arthur, junto a Price, supervisaba a los hombres, revisando que cada coraza estuviera bien sujeta y que las lanzas y espadas se encontraran en perfecto estado. La tensión era palpable. Todos sabían que la paz

con los Stewart estaba rota, y que la sangre derramada en la frontera exigía justicia.

Arthur se encontraba dando indicaciones a un grupo de soldados cuando, al girarse, su mirada se detuvo en una visión que lo dejó inmóvil. Allí, avanzando con paso lento pero firme, apoyada tan solo en un bastón de madera, se encontraba su madre.

Marsaly Ferguson no había puesto un pie en el patio desde hacía años; sus huesos enfermos apenas le permitían levantarse de su sillón, y mucho menos caminar al aire libre.

—¡Madre! —exclamó Arthur, incrédulo, caminando hacia ella a toda prisa. Price lo siguió, con la misma expresión de sorpresa pintada en el rostro—. ¡Por todos los santos, qué milagro!

Marsaly sonrió con dulzura, una sonrisa que hacía demasiado tiempo no mostraba. Sus ojos azules brillaban con una luz renovada.

—Me siento bien, hijo mío. Hoy tomé una infusión que me prepararon en la cocina. Ha aliviado mi dolor como nada lo había hecho en mucho tiempo. Pensé que debía aprovecharlo, y quise salir a pasear un poco por los alrededores. Quién sabe cuánto durará esta mejoría.

Arthur la tomó con cuidado del brazo, todavía conmovido por aquella inesperada visión.

—No sabes lo feliz que me hace verte así, madre. Este momento es un regalo.

Price, que no apartaba la mirada de ella, añadió emocionado:

—Pareces rejuvenecida. Es como si el mismo aire fresco de las colinas te hubiera devuelto la fuerza.

Marsaly rio suavemente, con un eco ligero que parecía iluminar la tarde.

—Quizá lo ha hecho —respondió, llevando la mano libre al brazo de Arthur.

Arthur, todavía conmovido, la miró con ternura.

—Deberíamos aprovechar tu estado, madre. Cenemos todos juntos esta noche, como hace tiempo no lo hacemos.

—Me parece una idea maravillosa, querido. —asintió ella—. Será un recuerdo que guardaré en mi corazón.

Capítulo 7

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Cuando Arthur entró en el comedor, las lámparas de aceite ya iluminaban la larga mesa y todos los comensales habían tomado asiento. Su prometida, Ophelia, esperaba sentada en silencio y erguida como una lanza; Price, a su lado, reía con alguno de los criados que servían los platos. Todo el mundo estaba presente, salvo una persona: su madre.

Kelly avanzaba por el salón, rellenando las copas con agua fresca, cuando Arthur preguntó con tono grave:

—¿Dónde está mi madre?

El silencio fue inmediato. Fue Price quien respondió, con gesto serio.

—En cama. Los dolores han regresado con fuerza y no ha podido levantarse.

Arthur frunció el ceño. Su madre, que horas antes había caminado hasta el patio, ahora volvía a estar postrada. Se volvió hacia Kelly con una dureza que hizo que la mujer se encogiera ligeramente.

—¿Qué hay de esa infusión que le preparaste esta mañana?

Kelly titubeó un instante antes de responder.

—Bueno, la muchacha que la preparó ya se ha retirado a descansar. Pero podríamos hacerle otra…

—¡No! —interrumpió Arthur con firmeza, su voz resonó en el comedor con fuerza, dejando helados a los presentes—. Quiero que le preparen exactamente la misma infusión. Vaya a buscar a la joven y llévela a la cocina de inmediato. No permitiré que mi madre sufra habiendo solución.

—Por supuesto, mi *laird*. La buscaré de inmediato. —Kelly se inclinó y salió casi al trote.

La cena continuó, aunque envuelta en una tensión que todos fingían ignorar. Los criados servían panes recién horneados, carnes guisadas y jarras de vino, mientras las conversaciones se reducían a comentarios triviales como el clima, las labores del día, y los planes para la boda. Pero Arthur apenas escuchaba.

Su mente no estaba en el banquete ni en las palabras corteses de su prometida. La imagen de su madre, caminando por el patio aquella tarde con un brillo renovado en los ojos, lo perseguía con insistencia. No podía resignarse a verla sufrir de nuevo cuando había una posibilidad de alivio.

Sin decir una sola palabra, Arthur apartó su silla y se levantó. El murmullo de la mesa se apagó de inmediato, pero él no se detuvo. Su paso firme resonó en el suelo de piedra mientras se dirigía, decidido, hacia las cocinas.

Cuando llegó a la cocina, Arthur se detuvo en el umbral. Ante sus ojos, la escena lo golpeó con fuerza: Ginevra, en camisón, con el cabello suelto cayéndole como un río rojizo por los hombros, cubierta apenas con un chal, removía con parsimonia un caldero que hervía sobre el fuego. El aroma de hierbas y resinas impregnaba la estancia. Bastó aquel instante para que los recuerdos lo asaltaran sin piedad. Recordó el beso, la suavidad de sus labios, la belleza de ella que lo atormentaba desde el primer momento en que la había visto.

Él había decidido ignorarla dentro de la fortaleza, apartarla de su pensamiento, convencerse de que solo era una joven sirvienta más. Pero verla allí, iluminada por la luz temblorosa de las llamas, era como mirar a la tentación hecha carne.

De pronto, Kelly apareció desde la despensa con un manojo de plantas secas.

—Aquí las traigo —anunció.

Ginevra giró entonces sobre sus talones y sus ojos se toparon con los de Arthur. El color subió de inmediato a sus mejillas, pero se obligó a hacer una reverencia.

—Así que eres tú quien preparó la infusión de mi madre —dijo él, con voz grave.

—Así es, mi señor.

La formalidad en su tono le cayó como un jarro de agua fría. Arthur apretó la mandíbula. No quería distancia, pero comprendía que aquello era lo correcto.

—Kelly, vaya al comedor. La necesitan allí —dijo directo para librarse de ella.

—Sí, mi *laird*. —La mujer se inclinó y salió, dejándolos a solas.

Arthur se acercó al caldero. El vapor le golpeó el rostro, cargado de un aroma fuerte y penetrante.

—Huele intenso.

—He querido concentrar más la infusión —explicó Ginevra, bajando la vista hacia la olla—. Así le hará mayor efecto. Pero esto solo le dará alivio temporal. Lo que necesita su madre es un tónico. Uno hecho con extractos, unas gotas que debería tomar por la noche junto con la infusión. Eso la ayudaría mucho más.

Arthur levantó la mirada, fijándola en ella.

—¿Y tú sabes preparar ese tónico?

—Sí, mi *laird.* —Su voz titubeó.

Él dio un paso hacia ella.

—¿Quién eres, Ginevra? ¿Acaso eres curandera?

El corazón de la muchacha se aceleró. Quizá no había hecho bien en revelar sus conocimientos. Pero ¿cómo callarse, si podía ayudar?

—Mi madre lo era —contestó, con franqueza—. Me enseñó todo lo que sabía. Cuando enfermó, era yo quien le preparaba infusiones, tónicos y ungüentos.

Arthur la observó con intensidad.

—Curas heridas, preparas tónicos, si eso no es ser curandera, que venga Dios y lo vea.

—Yo no me atrevería a llamarme así —respondió ella, bajando la mirada.

—Pues deberías. A partir de ahora quiero que seas tú quien cuide de mi madre. —Su voz no admitía réplica—. Te pagaré bien.

Ginevra lo miró a los ojos, con una sinceridad que lo desarmó.

—No lo haría por dinero, mi *laird*. Está en mi naturaleza ayudar a las personas.

Arthur soltó una risa breve, sin humor.

—Todo en esta vida se hace por dinero. —Guardó silencio un segundo y añadió—: Mañana, a primera hora, ven a buscarme. Me dirás lo que necesitas y haremos una lista. ¿Entendido?

Ella asintió. Volvió a remover el caldero, y al hacerlo, el chal se deslizó apenas sobre su hombro, dejando al descubierto un trozo de piel nívea que brillaba bajo la luz del fuego. Fue un segundo, un instante ínfimo, pero suficiente para que Arthur sintiera cómo el aire se le atascaba en la garganta.

Ginevra se cubrió enseguida, ruborizada, como si su pudor pudiera borrar lo que ya había quedado grabado en la mirada de él.

Arthur cerró los puños con fuerza. La tensión le recorrió el cuerpo como un latigazo, con el deseo ardiendo bajo la piel. No era solo atracción; era la condenada necesidad de acercarse, de hundir los dedos en ese cabello suelto, de volver a probar la dulzura de sus labios.

Pero se obligó a resistir.

Apretó la mandíbula, endureciendo su voz hasta volverla un filo:

—Bien. Mañana nos veremos.

Se dio la vuelta y salió de la cocina con pasos largos y firmes, aunque por dentro libraba una guerra encarnizada. El sonido de su respiración acelerada lo perseguía, igual que la visión de aquel hombro desnudo. Maldita sea, no podía permitirse sentir lo que sentía.

Y, sin embargo, cada vez que pensaba en ella, un deseo irrefrenable amenazaba con despertar su instinto más primario.



Cuando Arthur llegó a su alcoba, cruzó la estancia con pasos pesados. Apenas cerró la puerta tras de sí, se dirigió al licorero y se sirvió una copa de *whisky*. El ámbar líquido brilló bajo la luz del fuego antes de desaparecer de un solo trago en su garganta. Sintió el ardor descender hasta su estómago, pero no logró apaciguar el torbellino de pensamientos que lo consumía.

Un carraspeo lo hizo girarse de golpe. Allí, de pie junto a la cama, estaba Ophelia. Su silueta parecía frágil bajo la tenue luz de

las lámparas. Él no había notado su entrada, estaba demasiado atrapado en sus propios demonios.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el ceño fruncido, y la voz cargada de molestia.

Ella titubeó, bajó la mirada y se sonrojó.

—Bueno… —murmuró—, he pensado que, ya que pronto seremos marido y mujer, podría permitirme ciertas licencias.

Avanzó despacio, como si cada paso fuera un desafío. Cuando estuvo lo bastante cerca, levantó las manos temblorosas y las posó sobre sus hombros, rodeándole el cuello con inseguridad. Arthur percibió su perfume, dulce y delicado, pero no despertó en él nada más que indiferencia.

Inspiró hondo, buscando las palabras adecuadas para rechazarla sin herirla, pero no tuvo tiempo. Ophelia se inclinó con decisión torpe y posó sus labios sobre los suyos. Fue un roce vacío, insípido, sin calor, como un gesto fraternal mal colocado.

Arthur la separó con suavidad, aunque su mirada fue firme como el acero.

—Esto no es correcto, Ophelia. —Su voz era grave, sin espacio para la ternura—. Estás arruinando tu reputación. Y aunque nuestro matrimonio sea inminente, no deberías haber venido aquí.

El rostro de la joven se descompuso. Sus ojos se abrieron desmesurados, y el rubor dio paso a una palidez helada

—Yo… creí… —balbuceó con la voz rota.

—Pues no creas —la interrumpió él con severidad—. Serás la señora de un gran clan, y tienes que estar a la altura. Esto es impropio de ti.

Las lágrimas se desbordaron sin control. Ophelia apartó la mirada, incapaz de sostener la suya, y huyó de la habitación con pasos apresurados, sintiéndose desnuda en su humillación. La puerta se cerró tras ella con un golpe seco que dejó un silencio pesado en el aire.

Arthur permaneció inmóvil unos segundos, y con la mandíbula apretada, antes de servirse otra copa de *whisky*. Se dejó caer en el sillón junto al fuego y bebió esta vez con lentitud, mirando las llamas que crepitaban frente a él.

Pensó en el beso con Ophelia. No había sentido nada. Ni un estremecimiento, ni un temblor en el pecho, ni el calor que hacía perder la razón. Fue como besar el aire, vacío, insípido… tan distinto al torbellino que lo sacudía cada vez que sus labios rozaban, aunque fuera por accidente, los de Ginevra. Con ella bastaba un roce de miradas para que la sangre se agitara en sus venas; con Ophelia, en cambio, solo había silencio y frialdad.

Pero estaban comprometidos desde antes incluso de que él pudiera recordarlo. Un acuerdo sellado por su padre años atrás, cuando el clan Ferguson atravesaba graves apuros económicos. La dote de los Murray había sido la salvación: tierras, ganado y oro a cambio de unir a Arthur con la única hija del *laird* Alfred Murray. Una alianza de conveniencia, fría y calculada, que aseguraba estabilidad a ambos clanes. Su padre lo había considerado un triunfo; para Arthur, ahora, no era más que una cadena. Una deuda heredada que lo condenaba a un destino que no deseaba.

Capítulo 8

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

A primera hora de la mañana, Ginevra se detuvo ante la puerta del despacho del *laird* sintiendo cierto nerviosismo. Se obligó a alisar su falda con las palmas antes de alzar la mano para llamar. Kelly le había dicho que Arthur la esperaba allí, y aunque los nervios le tensaban el cuerpo, el pensamiento de la señora Marsaly la sostuvo firme.

—Adelante —ordenó la voz grave desde el interior.

Ginevra abrió la puerta y entró. Arthur estaba junto al escritorio, de pie, imponente, y con los brazos cruzados. Sus ojos azules la recorrieron con esa intensidad que siempre conseguía ponerla en aprietos.

—Quiero que me digas todo lo que necesitas para cuidar a mi madre —dijo, sin preámbulos.

Ginevra se adelantó un paso. Ya había preparado una lista mental la noche anterior, repasando con cuidado cada detalle.

—Necesitaré corteza de sauce para aliviar el dolor y bajar la fiebre. También milenrama para la inflamación y la sangre espesa, y flores de manzanilla para calmar el espíritu y ayudar al sueño. La raíz de valeriana sería aún más eficaz, si consigo hallarla fresca. Además, aceite de enebro para fricciones en las articulaciones y hojas de ortiga seca para un tónico que fortalezca la sangre.

Arthur arqueó una ceja, sorprendido por la seguridad de su tono.

—Las más comunes puedo recolectarlas en los bosques cercanos —continuó ella, sin titubeos—. La corteza de sauce crece a la orilla del río y la milenrama suele hallarse en los claros. Si alguna falta, tendré que conseguirla en el mercado de la aldea. También precisaré frascos de vidrio o barro para conservar los tónicos, y un mortero de piedra para machacar las hierbas.

El *laird* la escuchaba con la atención seria que reservaba para un informe militar. La precisión con la que hablaba lo impresionaba más de lo que habría admitido.

—Bien —dijo por fin, asintiendo despacio—. Haz lo que consideres necesario.

Ella creyó que ahí terminaba su cometido, pero él dio unos pasos hacia la puerta y, sin más, dijo:

—Ven conmigo.

Lo siguió, intrigada, hasta los jardines traseros. Allí, medio oculta tras unos arbustos, había una casa de madera. Arthur abrió la puerta, y un aire enmohecido escapó al exterior. Dentro, las estanterías estaban repletas de viejos frascos polvorientos, hierbas secas colgaban del techo y en la mesa aún se adivinaban marcas de cuchillos y fuego.

—Aquí trabajaba el curandero de mi padre —explicó Arthur, con voz más baja—. Nadie ha vuelto a usar este sitio desde su muerte.

Ginevra entró despacio, como si pisara un santuario olvidado. Sus dedos rozaron un manojo de hojas secas, irreconocibles ya, y el corazón se le agitó.

—Es… perfecto —susurró—. Solo necesita limpieza, pero tiene todo lo que podría necesitar. Con permiso, *laird*, aquí podré hacer mucho por su madre.

Arthur se permitió mirarla en silencio unos segundos, observando cómo sus ojos brillaban con auténtica pasión por lo que hacía. Esa luz en su rostro era lo más genuino que había visto en mucho tiempo.

—Entonces es tuyo —dijo finalmente.

Ginevra alzó la vista hacia él, sorprendida. En su pecho, algo cálido se expandió, distinto a la gratitud.

—No puedo creerlo, Arthur —expresó Ginevra, con los ojos brillantes—. Desde que llegaste a mi vida, solo me han ocurrido cosas buenas. Eres como un ángel caído del cielo.

La emoción la desbordó sin darse cuenta, y antes de pensarlo siquiera, se lanzó a rodearlo con los brazos. Sintió el calor sofocante de su cuerpo, la firmeza de su pecho bajo la tela de la camisa. Fue entonces, como si despertara de un trance, cuando comprendió lo que había hecho. Se apartó de golpe, con las mejillas encendidas y el corazón desbocado.

—Perdón… —dijo, con voz temblorosa—. No sé en qué estaba pensando.

Arthur, lejos de ofenderse, dejó escapar una sonrisa breve, casi traviesa, que le suavizó la dureza del rostro.

—Tranquila, Ginevra. Aquí el único ángel eres tú. —Su voz fue baja, grave, tan íntima que la estremeció—. Me ayudaste sin conocerme, y ahora lo haces con mi madre. Te lo agradezco más de lo que imaginas.

Sus miradas se encontraron y permanecieron unidas, como si el tiempo se hubiera detenido dentro de aquella cabaña olvidada. El aire se volvió espeso, cargado de una tensión que ninguno se atrevía a romper.

Por fin, Arthur inspiró hondo y apartó la vista hacia las estanterías cubiertas de polvo.

—Buscaré a alguien que venga a ayudarte a limpiar este lugar —dijo, recuperando la firmeza en su tono—. Y mandaré a uno de mis hombres por todo lo que has pedido. Si necesitas algo más —volvió a mirarla, esta vez con un brillo distinto en sus ojos—, solo tienes que pedírmelo.

Ella asintió con una gran sonrisa en el rostro, y él complacido por el entusiasmo de ella, se dio media vuelta y salió de la cabaña, sintiéndose de muy buen humor. Por alguna razón ver a Ginevra sonreír le alimentaba el alma.

El aire de la mañana le pareció más liviano, como si hubiera bebido de un manantial escondido.

Caminó despacio por el sendero de hierba húmeda, y a cada paso sentía cómo aquella sonrisa de Ginevra seguía prendida en él, como un fuego discreto que calentaba incluso los rincones más fríos de su alma.

Capítulo 9

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Ya era casi el mediodía cuando la cabaña quedó por fin despejada. El polvo flotaba en el aire como un velo dorado, iluminado por los haces de sol que se colaban por las rendijas del techo de madera. Elora y Ginevra, con las mangas arremangadas y el rostro perlado de sudor, habían trabajado sin descanso toda la mañana. Habían sacado viejos muebles carcomidos, montones de telas apolilladas y frascos vacíos que habían perdido hacía tiempo su contenido. Con la ayuda de un par de guerreros, lograron arrastrar un pesado arcón hasta el exterior y rescataron algunos objetos que todavía podrían aprovecharse: una balanza de hierro con sus pesas, un mortero de piedra apenas mellado y algunas estanterías de madera que, con un poco de limpieza y aceite, volverían a servir.

El suelo de la cabaña, cubierto de paja vieja y hierba seca, crujió bajo los pies de Ginevra cuando barrió los últimos restos hacia la puerta. Por primera vez, el lugar respiraba. Todavía olía algo a encierro, pero al menos ahora dejaba entrever lo que podría llegar a ser: un espacio digno donde ejercer su oficio.

Elora, agotada pero sonriente, se quitó un mechón rubio que se le había pegado a la frente y suspiró.

—Tengo que dejarte, Ginevra. La señorita Ophelia me espera, y si llego tarde me hará pagar las consecuencias.

Ginevra asintió, comprendiendo. Ya no había mucho más que hacer hasta que llegaran las provisiones que debía ordenar, y la idea de quedarse allí, rodeada de paredes desnudas y silencio, no la entusiasmaba. El calor del día se había vuelto sofocante, y recordó entonces las palabras de Kelly. Había un río no muy lejos de la fortaleza, un lugar fresco y apacible.

La idea le pareció irresistible. Decidió que aprovecharía la ocasión para buscar algunas plantas por el camino; nunca estaba de más ampliar sus reservas con lo que el campo le regalara. Tomó un cesto de mimbre, se cubrió los hombros con un chal ligero y, puso rumbo hacia el sendero que conducía al bosque.



Arthur se dirigía a las caballerizas cuando un joven guerrero apareció cargando una enorme caja repleta de plantas secas, frascos y ungüentos. El muchacho, sudoroso por el esfuerzo, inclinó la cabeza con respeto.

—Traigo lo que me pidió, mi *laird* —su voz sonaba entrecortada por el peso—. Se lo llevaré de inmediato a la señorita Talamh.

Arthur lo observó durante un instante, y algo en su interior ardió con la sola mención de su nombre.

—No es necesario, yo mismo lo haré.

Antes de que el joven pudiera replicar, Arthur se adelantó y tomó la caja de sus brazos. Era más pesada de lo que había calculado, pero no le importó. Un leve dolor en los músculos no era nada comparado con la oportunidad de verla de nuevo, aunque fuese solo por un instante.

—Descansa, has hecho lo suficiente —añadió, y se encaminó sin esperar respuesta.

El peso de la caja era considerable, pero Arthur apenas lo sentía. Cada paso lo llenaba de un extraño entusiasmo, como si llevara entre sus manos no simples provisiones, sino una excusa bendita para acercarse a Ginevra.

Al llegar a la cabaña, dejó el cargamento junto a la entrada y cruzó el umbral. Esperaba encontrarla trabajando, quizá con el cabello recogido y las manos ocupadas en ordenar aquel caos. Pero la estancia estaba vacía. Y distinta.

El olor a humedad se había atenuado, y el aire, aunque todavía denso, se sentía más limpio. Algunas pertenencias habían sido rescatadas del abandono, y todo daba la sensación de haber empezado una nueva vida. Como si el lugar hubiera sido tocado por la luz de ella.

Arthur frunció el ceño y salió de nuevo, dejando la cabaña tras de sí. Caminó alrededor, buscando alguna señal de ella: huellas en la tierra húmeda, un cesto olvidado, cualquier pista. Fue entonces cuando reparó en el estrecho sendero que se adentraba entre los árboles, el mismo que llevaba hasta el río.

Sin pensarlo demasiado, tomó aquel camino. El aire allí era más fresco, cargado con el perfume de las hojas y la resina. El murmullo de la corriente le llegó primero, suave y constante, y a medida que avanzaba entre la maleza, otro sonido se mezcló con el agua, una voz femenina.

Era clara y melodiosa, como si el bosque entero la acompañara en silencio. Arthur se detuvo un instante, sorprendido, y

después continuó, con cada paso más lento, más sigiloso, y con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Al doblar el recodo, el canto se volvió nítido, vibrante, hasta erizarle la piel.

Con sigilo, se escondió tras los árboles antes de llegar al claro. Y allí la vio.

Ginevra estaba en el agua, con las prendas dobladas sobre una piedra cercana. Solo llevaba una camisola blanca que, empapada, se ceñía a su cuerpo con un descaro que le hizo contener el aliento. El sol acariciaba su piel húmeda, haciendo brillar cada gota que resbalaba por su cuello y hombros. Mientras se recogía el cabello hacia atrás, continuaba entonando aquella melodía, riendo de vez en cuando como si hablara con el río mismo.

Arthur sintió que el mundo se detenía. La visión de ella bañándose no era solo un golpe de deseo ardiente; era también ternura, devoción, un hambre por todo lo que representaba: libertad, inocencia, vida. El calor subió a su pecho con una violencia que lo descolocó, y se aferró al tronco de un árbol, como si necesitara sostenerse para no caer.

Jamás había visto nada tan hermoso. Y jamás había sentido tanto peligro en una sola imagen. Porque sabía, con aterradora certeza, que lo que lo consumía no era un deseo fugaz. Era algo mucho más profundo.

Arthur se detuvo en seco, con el pecho agitado por un torbellino de emociones que no lograba controlar. Quería marcharse, olvidarlo todo, pero en lugar de ello sintió cómo la ira lo empujaba hacia adelante, como si una fuerza invisible lo arrastrara hasta el claro.

Ginevra lo divisó enseguida, estaba erguido como un soldado en batalla, con los puños apretados a los costados, y la mirada encendida.

Sorprendida, se agachó instintivamente, buscando cubrirse con el agua, pero la voz de Arthur cortó el aire como un látigo.

—¿Crees que es correcto bañarte aquí en cueros? —escupió con dureza—. A la vista de cualquiera.

Por un momento, ella se quedó inmóvil. Luego, tras asimilar aquellas palabras, la rabia le recorrió la sangre.

—Que trabaje para ti no te da derecho a hablarme de este modo.

—¡No lo entiendes! —gruñó él, conteniendo una furia que ya no era contra ella, sino contra sí mismo—. Esto es peligroso. Un hombre con malas intenciones podría encontrarte aquí, indefensa.

Ginevra arqueó una ceja, altiva.

—Sé defenderme sola. Y no veo nada de malo en que me bañe aquí.

—¡Quiero que salgas ahora mismo del agua! —ordenó él, con voz grave.

—Saldré cuando me venga en gana —replicó, clavando en él una mirada desafiante.

Arthur, tenso como podrían estarlo las cuerdas de un laúd, buscó alrededor hasta hallar su chal. Lo tomó y avanzó hasta la orilla, extendiéndolo hacia ella.

—He dicho que salgas ahora mismo.

Con un bufido, ella emergió del río. Avanzó con la dignidad de una reina, y con el camisón empapado que se ceñía a cada curva de su cuerpo, revelando más de lo que ocultaba. Sin pudor, y con la mirada llena de rabia.

Arthur apartó la vista con brusquedad, como si mirar fuera un delito, y aun así, sintió como el ardor lo consumía por dentro.

Ginevra pasó junto a él, arrebatándole el chal sin cubrirse, y recogió su ropa mojada que metió en el cesto.

—¿No pensarás caminar hasta la cabaña semidesnuda? —preguntó él, incrédulo.

—¡Y a ti qué te importa! —Lo fulminó con la mirada—. Haré lo que me plazca, no eres mi padre.

Arthur dio un paso hacia ella, con la voz cargada de autoridad.

—Soy tu *laird*, y exijo que te cubras.

Antes de que pudiera evitarlo, la tomó del brazo y la obligó a girar. De pronto, sus cuerpos quedaron a un suspiro de distancia. Y fue entonces cuando no pudo evitar mirarla con más detalle. Sus

pezones endurecidos se transparentaban bajo la fina tela empapada. El deseo lo golpeó con la fuerza de un martillo, robándole la respiración, haciéndole sentir la dureza palpitante y casi dolorosa que se alzaba entre sus piernas.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —escupió ella, alzando el mentón con arrogancia.

Sus labios quedaron peligrosamente cerca de los suyos; para Ginevra era un gesto de desafío, de pura rebeldía. Pero Arthur, atrapado en esa cercanía, no pudo evitar interpretarlo como una invitación tentadora, una provocación imposible de ignorar.

No pensó. La besó con una urgencia salvaje, con la locura de un hombre que se derrumba en su propia tentación. Sus brazos la rodearon, apretándola contra él, como si en ese instante el mundo entero se redujera a su piel.

Ginevra se dejó arrastrar por un latido, y a punto estuvo de enredar sus dedos en su pelo y de sucumbir a sus deseos, hasta que reaccionó. Lo empujó con fuerza, descargando una bofetada que resonó en el claro. Con los ojos brillantes de furia y vergüenza, le escupió las palabras que lo atravesaron como cuchillas:

—Retiro lo que dije, Arthur. No eres ningún ángel. Eres el mismísimo demonio.

Él intentó replicar, con la voz quebrada por la rabia.

—¡Soy tu *laird*!

Pero ella ya se marchaba, erguida, con pasos firmes hacia el sendero del bosque.

—Y a mí me importa un comino —le lanzó sin volverse.

Arthur quedó clavado en la orilla, con la respiración entrecortada y la furia devorándolo por dentro. Solo entonces comprendió la verdad de su tormento. No era ira contra ella, sino contra sí mismo. Porque todo lo que sentía era la furia desesperada de no poder tenerla, de no poder poseerla por estar encadenado a otra mujer. Una mujer a la que no amaba, y a la que ni siquiera deseaba.



Ginevra irrumpió en la cabaña con el corazón latiéndole a toda prisa y la rabia incendiándole la piel. ¿Qué se creía Arthur? ¿Que por ser su *laird* podía tratarla como si fuese una súbdita cualquiera? ¡Y, además, besarla estando comprometido!

Se vistió a toda prisa, recogió sus pocas pertenencias y apretó el cesto contra el pecho. No se quedaría allí ni un día más. Era una mujer libre y nadie, ni siquiera el *laird*, la haría sentir prisionera.

Salió decidida hacia el bosque, pero apenas había recorrido unos metros cuando escuchó pasos firmes detrás de ella. Arthur la alcanzó, con el ceño fruncido y la respiración alterada.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora?

—Me marcho —respondió ella sin mirarlo y sin detenerse.

—No puedes irte, Ginevra.

—Claro que puedo —replicó, girándole apenas la cabeza, con los ojos centelleantes—. No pertenezco a tu clan, no eres mi *laird*. Nada me ata aquí. No permitiré que me trates como lo has hecho, y mucho menos que me vuelvas a besar. Por el amor de Dios, Arthur, ¡estás comprometido con la señorita Ophelia!

Arthur bajó la voz, casi suplicante.

—Perdóname. No sé qué me ha pasado. Verte así… me nubló la razón.

Ella por fin lo miró de frente, con el fuego aún en los ojos.

—Adiós, Arthur. Ha sido un placer conocerte.

—¡No te marches, te lo ruego! —su voz se quebró, y avanzó un paso, como si temiera perderla en ese instante—. Si no lo haces por mí, hazlo por mi madre, por su bienestar.

Las palabras calaron en Ginevra, y su corazón vaciló.

—Estoy segura de que conseguirás a un curandero en el pueblo —dijo finalmente.

—Han pasado decenas por aquí, y ninguno ha hecho que mi madre consiga salir al exterior, aunque solo haya sido por una tarde, tal y como lo has hecho tú.

Arthur extendió las manos, apoyándolas con firmeza sobre sus hombros, obligándola a mirarlo. Su voz se suavizó, cargada de un sentimiento que luchaba por salir.

—Quédate. Prometo que no volveré a molestarte. He estado fuera de lugar, no sé qué me ha sucedido —mintió, porque sabía bien la verdad. Era el deseo lo que lo había arrastrado, el hambre de tenerla.

Ginevra le sostuvo la mirada, y por un instante sus muros comenzaron a desmoronarse. Su cuerpo reaccionaba a él con una intensidad que la confundía, como si quisiera rendirse en sus brazos. Pero la razón se impuso, él acabaría casado con Ophelia, y todo lo

que pudiera surgir entre ellos no sería más que una condena de dolor.

Y en ese silencio, un pensamiento la atravesó como un cuchillo, extrañaba a sus hermanas. Si Harper hubiera estado allí, con su humor vivaz, seguramente la habría abrazado entre risas, diciéndole que se dejara llevar, que no todas las mujeres tenían la suerte de hacer perder el juicio a un *laird*. Y Emily, siempre tan soñadora, habría visto en aquel beso arrebatado la mano del destino, convencida de que los hilos invisibles del cielo habían unido sus caminos. Pero ellas no estaban, y el peso de la soledad la obligaba a decidir por sí misma, sin risas que la animaran ni sueños que la sostuvieran.

Respiró hondo, apartando con suavidad las manos de Arthur.

—Está bien. Me quedaré, pero con una condición. —Arthur la miró con una nueva esperanza—. Apenas tendremos trato. Yo cuidaré de tu madre, y nada más. Por el bien de ambos.

Arthur asintió, resignado, aunque en su interior ardía la frustración de un hombre que deseaba lo prohibido.

Desde una ventana en lo alto de la fortaleza, Ophelia observaba la escena. Su rostro estaba pálido, y sus labios temblaban de ira y celos. Ver a Arthur inclinado hacia aquella muchacha, con tanta intensidad en los ojos, le desgarraba el corazón. La rabia crecía en ella como una semilla oscura que, tarde o temprano, estallaría.

Capítulo 10

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Tras un par de días, Ginevra había logrado poner la cabaña en orden. Había barrido cada rincón, colgado hierbas a secar junto al hogar y acomodado los pocos muebles con los que contaba, hasta que aquel lugar, antes desolado, comenzó a parecerse más a un refugio que a una ruina. Mientras tanto, no había dejado de preparar las infusiones para la señora Marsaly, aunque ella ya sabía que aquellas pócimas ligeras eran un alivio momentáneo. La enfermedad que arrastraba requería algo más fuerte.

Encendió el fuego de la chimenea y, mientras el calor crepitaba en la estancia, colocó sobre la mesa un mortero de piedra, varias raíces de corteza de sauce, hojas de consuelda y un puñado de flores de lavanda seca. Machacó con paciencia hasta obtener una pasta aromática y amarga. Luego añadió un chorro de agua caliente, removiendo hasta formar un brebaje oscuro. Aquella mezcla, serviría para calmar los dolores de huesos y las punzadas en la espalda, pues el sauce era conocido desde la antigüedad por su efectividad en aliviar las fiebres y las dolencias reumáticas.

Pensó entonces, sin querer, en Arthur. Desde aquella amarga discusión no se habían vuelto a cruzar, eso solo podía significar que él estaba cumpliendo su palabra, y aunque una pequeña punzada doliente le repiqueteó en el pecho, se repitió a sí misma que era lo

mejor. Su corazón aún se aceleraba al recordar el roce de sus manos, pero la distancia era un bálsamo necesario.

Con un suspiro, vertió el remedio en un frasco de vidrio y tomó también una pequeña botella de aceite que había preparado con romero y un toque de enebro.

Con ambas cosas en un cesto, caminó hasta la fortaleza en busca de la señora Marsaly. La encontró en el jardín, sentada bajo la sombra de un olmo, con una manta sobre las piernas. A su lado, como siempre, estaba Ophelia, quien la acompañaba con un gesto delicado, sosteniendo una taza de té.

En cuanto Ginevra entró en el jardín, Ophelia la vio, y fue como si de pronto la infusión en sus labios se hubiese tornado amarga.

—Buenas tardes —saludó Ginevra con respeto—. He traído su remedio, mi señora, pero si no le incomoda, me gustaría revisarla en privado.

Marsaly sonrió con suavidad, mientras Ophelia la atravesaba con la mirada, y Ginevra comprendió al instante la aversión que aquella mujer sentía hacia ella.

—Claro, querida, iremos a mi alcoba —respondió la mujer, incorporándose con esfuerzo—. No te importa, ¿verdad, Ophelia?

—Por supuesto que no —contestó la joven, apretando la taza con tanta fuerza que estuvo a punto de quebrarla—. Su salud es lo más importante. Nos veremos después.

Ginevra acompañó a Marsaly hasta su alcoba. Una vez allí, la ayudó a acomodarse en la cama y encendió una vela para examinarla mejor. Le pidió que se incorporara un poco, deslizó sus dedos por la espalda y notó cómo la columna se desviaba con brusquedad hacia un lado. Le hizo abrir la boca y observó sus amígdalas inflamadas, palpó con cuidado la base del cuello y luego tomó sus manos, que estaban hinchadas por la retención y el dolor de las articulaciones.

—Bien… —murmuró Ginevra con tono sereno—. Su columna está algo desviada, mi señora. Eso, sumado al enfriamiento de la sangre en los huesos y al reumatismo, son la causa de estos dolores tan terribles.

Colocó el frasco en la mesilla.

—Deberá tomar este remedio todas las noches antes de acostarse. Tan solo una cucharada. Le prometo que por la mañana se sentirá aliviada. Y aquí —levantó la botella de aceite—, tiene un ungüento de romero y enebro. Dígale a su sirvienta que se lo aplique en las rodillas con un masaje, cada anochecer. Veremos cómo evoluciona.

Marsaly la miraba, fascinada.

—Eres muy joven para saber tanto, ¿quién te enseñó estas cosas, muchacha?

Por un instante, los ojos de Ginevra brillaron, y sintió un calor distinto al del fuego arderle en el pecho.

—Mi madre —dijo con voz más suave—. Ella me enseñó a escuchar lo que la tierra nos da. Y mis hermanas, ellas me ayudaban a recolectar. Siempre creyeron que algún día sería curandera de verdad.

Los labios de Marsaly se curvaron en una sonrisa tierna. No sabía por qué había confesado todo aquello, pero era tan fácil hablar con Marsaly. En cierto modo le recordaba a su madre.

—Tu madre debe de estar muy orgullosa de ti.

Las palabras de Marsaly cayeron sobre Ginevra como un bálsamo inesperado, arrancándole un temblor en el pecho. Tragó saliva antes de responder con un hilo de voz:

—Mi madre murió hace poco.

El rostro de la mujer se contrajo por el dolor ajeno y enseguida se llevó las manos a la boca.

—Oh, mi dulce niña, lo siento mucho.

Con suavidad, como si temiera romperla, alargó una mano y tomó la de Ginevra entre las suyas. El calor de aquel contacto, tan maternal y sincero, derrumbó los muros de la joven. Sintió que las lágrimas le nublaban la vista, pero no se apartó.

—¿Y tus hermanas? —preguntó Marsaly en un murmullo, acariciándole los dedos como si quisiera transmitirle fuerzas—. ¿Dónde están ellas?

—Tuvimos que separarnos —dijo ella con la voz entrecortada—. No podíamos estar juntas. No teníamos dinero ni

nadie que nos protegiera, así que cada una tomó un camino distinto.

—Oh, muchacha… —suspiró Marsaly, con ternura infinita—. Eso es terrible. Nadie tan joven debería cargar con tanto. Quizá pueda ayudarte. ¿Qué edad tienen ellas?

Los labios de Ginevra se entreabrieron para responder, pero un golpecito en la puerta interrumpió aquel momento íntimo.

—Adelante —dijo Marsaly, a regañadientes.

La puerta se abrió, y la figura imponente de Arthur apareció junto a la de su hermano Price. La luz del pasillo delineó sus rostros, y por un instante el corazón de Ginevra se descompasó.

De inmediato recogió su cesto, ocultando el temblor en sus manos.

—Será mejor que me retire. —Hizo una leve inclinación hacia Marsaly—. No olvide tomar su medicina. Si necesita algo, estaré en la cabaña de sanación.

—Gracias, querida —respondió la mujer con un afecto genuino que la llenó de calor.

Ginevra caminó hacia la puerta. Al pasar junto a Arthur, no se atrevió a alzar los ojos, apenas hizo una reverencia ligera, en un gesto medido de quien quiere pasar desapercibida. Pero aun sin mirarlo, percibió su presencia, densa y poderosa, como un fuego que la rodeaba.

Cuando se cerró la puerta y quedaron solos, Arthur se acercó hasta la butaca donde su madre reposaba.

—Te ves mejor, madre.

Marsaly tomó su mano con una alegría suave.

—Me siento mucho mejor —respondió, mirándole con esos ojos de hielo que aún guardaban calor—. Y todo es gracias a Ginevra. Tiene buenas manos. Es una bendición, de veras.

Price, que escuchaba atentamente desde el umbral, se acercó y besó la mejilla de su madre con ternura.

—Me alegra volver a verte sonreír —expresó—. Pero temo que no traigo buenas noticias.

—¿Qué sucede? —preguntó Marsaly, incorporándose con esfuerzo.

Arthur se apoyó en el respaldo de la silla, y con voz grave comenzó a explicarle los últimos sucesos.

—Debemos partir de inmediato con los hombres. Los Stewart han saqueado a uno de nuestros arrendatarios; nos están provocando.

Marsaly frunció el ceño, endureciendo su rostro.

—¡Conseguirán una guerra! ¿Acaso esos Stewart no se cansan de atacarnos?

—Madre —dijo Price—, ya estamos en guerra. En el primer momento que decidieron atacar a mi hermano entramos en ella. Iremos a sofocar la revuelta y, cuando volvamos, prepararemos lo necesario para tomar medidas mayores contra sus tierras.

Marsaly se llevó la mano al pecho y, con la solemnidad de quien invoca algo mayor que ella, hizo la señal de la cruz en la frente de cada uno.

—Dios nos asista entonces —susurró—. Id con cuidado.

Los dos jóvenes se dirigieron hacia el patio, con los cotones de malla asomando bajo el cuero endurecido. Antes de cruzar el umbral, Arthur se detuvo, y reparó en Ginevra, que estaba agachada junto a un barril llenando un cubo de agua. El simple gesto de ella en aquella tarea le atravesó el pecho. Se acercó sin ruido.

—Cuidarás de mi madre, ¿verdad? Ella está mucho mejor desde que llegaste.

Ginevra alzó la vista, y él creyó perderse en el azul intenso de sus ojos.

—Lo haré, mi *laird* —respondió—. Como si se tratase de mi propia madre.

Observó su atuendo de guerra: la espada ceñida al cinto, y el tartán sujeto por el broche de plata del clan Ferguson. Algo en aquella imagen le hizo presentir que las cosas no marchaban bien.

—¿Vas a algún enfrentamiento?

Arthur la miró con esa calma que rara vez mostraba.

—Los Stewart —contestó—. Siguen causando problemas. Esta vez no me pillarán desprevenido.

Ella tuvo un estremecimiento de miedo.

—Ten cuidado —susurró, sincera.

—¿Acaso temes por mi seguridad?

Ella se ruborizó. Por supuesto que temía por él, pero no podía confesarlo.

—Eres el *laird* de esta tierra. Debes volver con tu gente.

Él, decepcionado, bajó la vista, después se irguió, y la miró como si aquello no le hubiese herido.

—Por supuesto que regresaré con los míos. —replicó, con un leve asentimiento—. Ahora he de partir, recuerda mis palabras.

Se volvió y, con paso largo y decidido, se perdió entre sus hombres que ya ajustaban monturas. Ginevra se quedó mirándolo hasta que el polvo del camino lo tragó.

No lo sabía aún, pero Ophelia había observado la escena desde la escalera elevada de la fortaleza; había visto la conversación, la manera en que él la miró, y la sangre le subió al rostro como si le hubieran lanzado brasas. Con la furia atravesando cada rincón de su cuerpo, bajó las escalinatas y, sin rodeos, se plantó ante Ginevra. Antes de que ésta pudiera reaccionar, la tomó del brazo con mano de hierro.

—¿Se ha despedido de ti antes que de mí? —escupió Ophelia, con la voz envenenada—. ¿Qué significa esto?

Ginevra le mantuvo la mirada, con el pulso acelerado pero el rostro sereno.

—No ha sido así, señorita. El *laird* se me dirigió simplemente para pedirme que cuide de su madre. Nada más.

Ophelia apretó los dientes, y clavó los ojos en ella con una mezcla de celos y desprecio.

—No me tomes por tonta. Lo vi con mis propios ojos. Esa forma en que te mira… — la observó con desprecio—. Escúchame bien, no te acerques a él. Si vuelves a intentarlo, te aplastaré como a una hormiga. ¿Me entiendes?

Ginevra sintió la ira subir, pero no dejó que la intimidación la rompiera. Con voz fría y firme tiró de su propio brazo para soltarse y dio un paso adelante hasta quedar a la misma altura.

—No me acuses de lo que no he hecho —dijo ya perdiendo el tono educado—. Ni me toques. Si tienes alguna queja, habla con la

señora de la casa o con tu prometido. Y si vuelves a amenazarme, te prometo que seré yo quien te aplaste. ¿Y tú? ¿Me has entendido?

—¡Eres una insolente! —Ophelia levantó la mano para golpearla, pero rápidamente Ginevra sujetó su muñeca.

—Sí te atreves a golpearme siquiera, yo haré lo mismo, lo juro. No me reprimiré.

—Voy a hacer que te echen a la calle.

—Hazlo, no tengo nada que perder

Las palabras fueron un filo; Ophelia parpadeó, sorprendida por la reacción de Ginevra, no esperaba respuesta ni resistencia por su parte. Ella era una dama, y Ginevra tan solo una empleada de la fortaleza.

Antes de que las cosas se descontrolaran más de lo debido. Elora, que había llegado casi al final de la conversación interrumpió tratando de poner algo de paz.

—¿Están bien, señoritas?

Ophelia retrocedió unos pasos, la miró con rabia y respondió:

—Perfectamente.

Entonces se dio la vuelta furiosa y se marchó de allí dando grandes zancadas.

—Has puesto a esa arpía en su sitio, Ginevra —susurró Elora con una media sonrisa, mientras observaba como la rubia desapareció en el interior de la fortaleza.

—No comprendo cómo puedes soportarla todo el día.

—Al final una se acostumbra al trabajo duro.

Ambas se echaron a reír por un momento.

—Ahora tengo que irme, me gustaría preparar la cabaña por si llegasen heridos. Las redecillas con los Stewart podrían ser graves, y me gustaría estar preparada.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Tu señora no te echará en falta?

—Mi señora puede arreglárselas sin mí perfectamente, además ahora mismo no debe de estar de muy buen humor, así que es mejor que me mantenga alejada o la pagará conmigo. —contestó resuelta.

—Pues entonces vayamos, me vendrán bien otras manos.

Capítulo 11

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

El cielo estaba encapotado cuando los hombres del clan Ferguson emprendieron la marcha. El barro salpicaba los tartanes y el entrechocar de las espadas colgadas al cinto marcaba un compás solemne, casi fúnebre. Arthur avanzaba a la cabeza, con la mirada fija en el horizonte. No se permitía titubeos, pues un líder no podía mostrarse vulnerable ante los suyos. A su lado, Price cabalgaba con gesto feroz, levantando la voz de vez en cuando para animar a los hombres, aunque en el fondo compartía el mismo nudo de inquietud en el estómago.

El valle donde los Stewart habían saqueado se abrió ante ellos con un silencio extraño, como si el bosque mismo aguardara expectante. El sonido de un cuerno rasgó el aire, y de entre los árboles emergieron figuras con tartanes ajenos, rostros pintados de guerra y espadas en alto. No hubo palabras. Solo el rugido de ambos bandos estallando al unísono.

El choque fue brutal. El aire se llenó de gritos, de acero contra acero, del crujir de escudos astillándose. Arthur se movía con precisión fría, como si cada movimiento estuviera calculado. Giraba la muñeca para desviar un golpe, lanzaba un empuje certero al pecho enemigo y alzaba la voz para reagrupar a los suyos. Price, en cambio, ardía como un relámpago; cargaba con furia, derribando a

un rival tras otro, hasta que un golpe en el hombro lo hizo tambalearse.

La lluvia comenzó a caer, mezclándose con el barro y la sangre. El olor metálico impregnaba el aire, pegajoso en la garganta. Los tartanes de ambos clanes se confundían en un caos de colores, y por un instante parecía imposible distinguir a amigos de enemigos.

Cuando por fin los Stewart comenzaron a retroceder, la rabia en los hombres de Ferguson no se apagó. Arthur alzó la espada, con la voz ronca, rasgada:

—¡Ya basta! ¡Dejadlos marchar! La próxima pelea será en sus tierras, y no tendremos piedad entonces.

Su orden resonó como un trueno en medio de la tormenta, imponiendo silencio donde antes solo había gritos.

Al volver al castillo, la victoria sabía amarga. Algunos hombres no regresarían jamás, otros lo hacían heridos de gravedad. Price sangraba del hombro, aunque reía entre dientes, intentando restar importancia a su herida. Arthur, con la mandíbula tensa, sabía que aquello era apenas el principio. Acabaría con los Stewart.



El repiqueteo de cascos en el patio anunció el regreso de los guerreros. La lluvia había amainado, pero los hombres llegaban empapados, cubiertos de barro, sudor y sangre. Ginevra, que llevaba horas con el fuego encendido y las hierbas preparadas, sintió cómo la tensión se le anudaba en el estómago. En cuanto los primeros bajaron de los caballos, tambaleantes, corrió hacia ellos.

—¡Al interior, rápido! —ordenó, señalando hacia la cabaña de sanación.

Dentro, los hombres se recostaban donde podían, gimiendo de dolor. Ginevra se arremangó y tomó el control sin pensarlo dos veces.

—Elora, más paños limpios, y calienta agua en el fuego. Kelly, encárgate de limpiar las heridas superficiales, usa el aguardiente que está en la mesa. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Las dos asintieron y se pusieron manos a la obra. Elora corría de un lado a otro, trayendo trapos limpios y hierbas, mientras Kelly, con el ceño fruncido, hacía todo lo posible por mantener la calma al limpiar cortes y raspones.

Uno a uno fueron entrando: cortes en la frente, brazos ensangrentados, piernas torcidas. Ginevra aplicaba compresas calientes, entablillaba huesos, cosía con firmeza, mientras iba dictando instrucciones con la autoridad de quien sabe exactamente qué hacer.

—Elora, necesito el ungüento de caléndula para esta herida —indicó sin levantar la vista de un soldado con el muslo abierto—. Kelly, mantén presión aquí hasta que deje de sangrar.

Los sirvientes obedecían, y poco a poco, entre gritos y suspiros, el caos se convertía en un orden tenso pero eficaz.

De pronto, un murmullo recorrió el lugar. Price apareció en la entrada, sostenido por dos hombres. La manga de su jubón estaba empapada de rojo y una mueca de dolor le cruzaba el rostro, aunque intentaba sonreír como si no fuese nada.

—No pongas esa cara, muchacha. A los Stewart les ha ido peor que a mí —bromeó con voz ronca.

Ginevra lo hizo recostar en una camilla con un gesto firme.

—Elora, tijeras. Kelly, prepara hilo y aguja.

Las muchachas obedecieron enseguida. Ginevra rasgó la tela, revelando la herida profunda en el hombro de Price, y sin titubear empezó a limpiarla.

—Tan solo es un rasguño, apenas me duele. —Ginevra lo miró con dureza.

—Si sigues hablando, lo único que conseguirás es desangrarte más rápido.

Price rio débilmente, aunque obedeció.

Mientras Ginevra trabajaba sobre él, alzó la vista hacia la puerta, y allí estaba Arthur, de pie, con la espada aún al cinto, y la mirada fija en ella. Su rostro estaba endurecido por la batalla, pero sus ojos se suavizaron apenas la encontraron a ella, en medio de aquel caos, dirigiendo como si hubiera nacido para ello.

Elora y Kelly siguieron corriendo entre cuerpos tirados por el suelo y cubos de agua, obedeciendo cada orden de Ginevra. Ella, en cambio, mantuvo la vista baja, fingiendo no sentir el peso ardiente de los ojos de Arthur sobre ella.

En ese instante, el guerrero supo que, por más que lo negara, estaba perdido.

La puerta volvió a abrirse de golpe, dejando entrar un aire húmedo y frío. Marsaly apareció sostenida del brazo de Ophelia, que la ayudaba a entrar. La mujer llevaba consigo una pequeña caja de madera con frascos de hierbas que había preparado con esmero.

—He traído lo que pude de la despensa y del alijo de hierbas —dijo con voz suave, acomodándose junto al fuego.

Ginevra se giró hacia ella, y por primera vez su gesto de firmeza se suavizó.

—Perfecto, Marsaly. Quédate aquí, mezcla la tintura de árnica con agua caliente, la necesitaremos para los hematomas.

Marsaly asintió, y con movimientos pausados empezó a preparar la infusión, con una serenidad que contrastaba con el caos de alrededor. Ophelia, en cambio, dejó la caja sobre la mesa y enseguida se puso a ayudar, siguiendo con precisión las órdenes de Ginevra, dejando a un lado las redecillas que había entre ellas, el bienestar de los hombres del clan estaba por encima de eso.

—Ophelia, encárgate de estos vendajes —ordenó la joven—. Marsaly, vigila que no hierva demasiado el agua, debe estar templada.

Arthur permanecía en silencio, contemplando cómo Ginevra imponía orden en medio del caos. La joven se movía con seguridad, dando instrucciones sin titubear, y hasta Marsaly, con su fragilidad, había hallado un modo de ser útil junto al fuego. Aquella visión lo desarmó, y sin poder contenerse, dio un paso hacia ella.

—No esperaba que tomaras las riendas así —dijo en voz baja, apenas para ella—. Pensé que solo ayudarías a mi madre, pero veo que eres mucho más valiosa de lo que imaginaba.

Los ojos de Ginevra se iluminaron un instante, aunque enseguida volvió a la tarea, dictando con firmeza:

—Kelly, revisa esa pierna rota. Elora, más vendas. Ophelia, aquí necesito manos firmes.

El caos persistía, pero bajo la mirada de todos, Ginevra se alzaba como un faro en medio de la tormenta, mientras Marsaly y Ophelia, cada una a su modo, contribuían a sostener aquel frágil equilibrio.

Capítulo 12

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

El silencio tras la tormenta de gritos y lamentos era extraño, casi pesado. La cabaña olía a humo, a hierbas y a sudor, y Ginevra, con las manos aún manchadas de sangre seca, se dejó caer en un banco, con el cuerpo agotado, pero la mente demasiado despierta para rendirse.

Arthur la observaba desde la puerta, con su silueta recortada contra la luz de las antorchas del patio.

Avanzó despacio, como si temiera quebrar aquel instante de calma.

—Has hecho más por mis hombres de lo que yo jamás podría agradecerte —dijo con voz grave, deteniéndose frente a ella.

Ginevra alzó la mirada y, pese al cansancio, sus ojos se encontraron en un silencio que decía demasiado. Arthur estiró la mano, rozando apenas el banco como si quisiera sentarse a su lado, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz clara interrumpió el momento.

—Arthur —habló Ophelia desde la entrada, pasando con un gesto calculado de urgencia—. ¿Cómo estás? Tienes aspecto cansado.

—Estoy bien, gracias.

Arthur se volvió hacia ella, y en un segundo, Ophelia se colocó junto a él, enlazando su brazo con el suyo como si aquel gesto fuera lo más natural del mundo. Sonrió con dulzura impostada, ocupando el espacio que Ginevra había llenado un instante antes.

Ginevra, sin decir palabra, se levantó y se dirigió a los camastros donde quedaban los heridos más graves. Revisó la respiración de uno, cambió las vendas de otro. El trabajo era su refugio, y lo abrazó sin mirar atrás.

—Deberías subir a descansar un poco. Nosotras nos ocuparemos de todo esto. —Insistió Ophelia clavando sus ojos en los de Arthur.

El guerrero fue a contestar, pero fue entonces cuando el repiqueteo de unos cascos llamó su atención.

Un caballo se detuvo en seco frente a la cabaña y la puerta se abrió de golpe. El párroco del pueblo, empapado por la lluvia y con el rostro desencajado, entró sin aliento.

—¡Los Stewart, esos infames han saqueado la iglesia! —exclamó, llevándose la mano al pecho—. Se han llevado el cáliz, han destrozado los bancos, ¡han profanado la casa de Dios como si se tratasen de unos infieles!

El rostro de Arthur se endureció al instante. Dio un paso al frente, con los ojos encendidos por la ira.

—¡Malditos sean! —rugió, y acto seguido comenzó a dar órdenes—. Preparad los caballos. Que cada hombre capaz de sostener una espada esté listo al amanecer. Esta vez los Stewart pagarán con creces lo que han hecho.

El bullicio estalló de nuevo. Guerreros corriendo hacia el patio, voces chocando entre sí, el estrépito de armas y monturas alistándose. En medio de ese torbellino, Ophelia se aferró aún más al brazo de Arthur, alzando la voz para que todos la oyeran:

—¡Escribiré a mis padres! Los Murray deben saber lo ocurrido. Ellos enviarán hombres y refuerzos. No podemos enfrentarnos solos a una amenaza tan grande.

Arthur se volvió hacia ella con una brusquedad que la dejó helada.

—¡No! —tronó—. No comprometeré a mi clan a deber favores a nadie, y mucho menos a los Murray. Esta lucha es nuestra.

El silencio cayó un segundo entre ellos, lo bastante largo para que los ojos de Ophelia se abrieran con incredulidad. En ese instante comprendió que no era solo su orgullo lo que hablaba en Arthur; había en su voz una firmeza que revelaba algo más profundo, y ella creía que tenía la respuesta.

—¿Qué quieres decir con eso? —susurró, aunque su tono temblaba de rabia—. ¿Acaso ya no deseas este compromiso?

Arthur no respondió, giró la vista hacia sus hombres que se alistaban, evitando mirarla. Esa evasión fue peor que una confesión, y Ophelia lo supo.

La joven apretó los puños con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron. En su pecho, los celos ardieron como fuego voraz. Su mirada buscó a Ginevra, agachada sobre un herido en el rincón, ajena a la escena, y en ese instante la culpa se anidó como una serpiente envenenada en su corazón.

Ophelia lo miró con altivez, con la barbilla erguida y los ojos ardiendo.

—Lo desees o no —dijo con voz cortante—, el compromiso está firmado. Y así será. Procura no morir esta noche, porque mañana mismo este párroco nos casará. Si no, será mi padre quien te ataque. Y no creo que estés en la mejor posición para resistirlo.

Un silencio denso cayó en la casa. Marsaly, junto al fuego, alzó la vista incrédula.

—Ophelia… —su voz temblaba, pero era firme—. No puedo creer lo que acabas de decir.

La joven se irguió aún más.

—Soy dama de una gran casa —replicó, con el orgullo herido—. No permitiré que se me humille aquí, ante nadie.

Arthur dio un paso hacia ella, y con una calma fría tomó su brazo. Sus ojos, clavados en los de Ophelia, no dejaron espacio a dudas.

—Asumiré las consecuencias, Ophelia. Regresarás a tus tierras esta misma noche. El trato que concertó mi padre queda roto.

El color se le fue del rostro. Las palabras la golpearon con la fuerza de un mazo. Antes de que pudiera reaccionar, Arthur salió a la entrada de la cabaña y ordenó con voz firme:

—¡Traed una carreta de inmediato!

Un soldado salió corriendo, a sus órdenes y fue entonces cuando Ophelia perdió el control.

—¡Es por culpa de esa bruja! —gritó, señalando a Ginevra con el dedo tembloroso—. ¡Te has enamorado de ella, confiésalo! ¡Acabaré contigo, lo juro! ¡Acabaré con todo vuestro clan!

Marsaly se llevó una mano al pecho, horrorizada.

—Ophelia, no te rebajes más —dijo con tristeza—. No conviertas tu furia en veneno.

Pero la joven estaba fuera de sí. Arthur caminó hacia ella, la sostuvo de nuevo por uno de sus brazos y habló con voz seca:

—Acepta tu destino. No cambiaré de parecer por mucho que grites y pierdas las formas. Así lo único que estas consiguiendo es caer en vergüenza ante mi familia y mi clan.

El traqueteo de ruedas anunció la llegada de la carreta. Los hombres la acercaron hasta el portón. Ophelia forcejeó, lanzando acusaciones entre sollozos de rabia. Sus ojos, enrojecidos, volvieron una vez más hacia Ginevra.

—¡Acabaré contigo! —escupió—. ¡Aunque me cueste la vida!

Ginevra permaneció inmóvil, con las manos entrelazadas sobre el delantal. No respondió. Su silencio era su escudo.

Los criados la subieron a la carreta, y los caballos partieron a galope por el camino empedrado, llevándose con ellos los gritos sofocados de la joven. Tras ella, quedó un vacío extraño, mezcla de alivio y de incertidumbre.

Arthur permaneció de pie, inmóvil, con la mandíbula apretada. Marsaly lo observaba con el corazón encogido.

—Hijo mío…

—Ahora no, madre, he de partir de inmediato. Hablaremos esto cuando sea oportuno.

La mujer asintió, y Arthur salió de la cabaña con paso ligero y sin mirar atrás.

Capítulo 13

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

El amanecer apenas insinuaba sus primeras luces tras la montaña cuando Arthur salió al patio del castillo, con la espada ya ceñida al cinto y la decisión clavada en el pecho. Allí lo esperaba Price, apoyado en el muro, con el brazo aún en cabestrillo.

—Iré contigo —dijo sin rodeos, adelantándose un paso.

Arthur lo miró con gravedad.

—No, Price. No en tu estado.

—La herida está bien. Puedo sostener un arma. No me quedaré aquí mientras mi hermano pelea.

Arthur se acercó, poniéndole una mano firme en el hombro.

—Escúchame bien. Habrá más batallas, pero solo tienes una familia. Necesito que regreses a descansar, que los protejas mientras yo no esté. —Sus ojos ardieron con una mezcla de cariño y de autoridad—. No arriesgaré que pierdas el brazo, o la vida.

Price frunció el ceño, pero no replicó. Sabía que aquellas palabras no eran una orden cualquiera, sino que eran la súplica de un hermano.

—Cuida de nuestra madre. Y de todos —añadió Arthur, más bajo—. Eso será más valioso que cualquier victoria en el campo de batalla.

Price apretó los labios, conteniendo la frustración. Finalmente asintió, golpeando el pecho de su hermano con el puño sano.

—Entonces vuelve, Arthur. No me hagas arrepentirme de obedecerte.

Arthur sostuvo su mirada un instante y, sin decir más, giró sobre sus talones. Había algo más que debía hacer antes de partir.

No podía marcharse sin verla. Si ese día era el último de su vida, quería llevarse grabado el recuerdo de su rostro.

Entró en la cabaña en silencio. Solo Kelly y Elora estaban junto al fuego, recogiendo vendas y ungüentos. Fue esta última quien, al ver su expresión sombría, le dijo en voz baja:

—Se ha retirado a descansar. Hacemos turnos, mi *laird*. Si regresáis con heridos, necesitaremos fuerzas.

Arthur asintió sin palabra alguna. No lo pensó más. Se dirigió hacia la alcoba de Ginevra con paso firme, como si nada pudiera detenerle.

Abrió la puerta con cuidado. El aire de la estancia estaba impregnado de un suave aroma a lavanda. Ella dormía profundamente, tendida sobre el lecho y con el cabello húmedo extendido sobre la almohada. Llevaba un simple camisón, ligero, que se amoldaba a sus formas con naturalidad.

Arthur se acercó despacio, con el corazón galopándole como en una carrera. Se agachó junto a ella y la contempló en silencio, memorizando cada rasgo. Observó la línea delicada de su mandíbula, la serenidad de sus labios, y su respiración tranquila que alzaba y descendía su pecho.

No pudo ni quiso resistir la tentación.

Con suavidad, apartó un mechón húmedo de su frente. Sus dedos rozaron su piel cálida, y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Se inclinó, y la besó con ternura.

Ginevra abrió los ojos, sorprendida, lo apartó con cuidado y se incorporó de inmediato.

—¿Qué haces…? —dijo todavía adormecida.

Él la miró con una intensidad ardiente.

—Es probable que hoy marche a mi muerte, Ginevra. Y si así ha de ser, quiero llevarme tu recuerdo grabado en mí.

Ella lo miró en silencio, con el corazón encogiéndose ante la confesión desnuda de aquel hombre. Entonces alzó una mano y le acarició la mejilla, con una suavidad que fue casi dolorosa para el guerrero.

Ginevra se inclinó despacio, y sus labios se encontraron con los de él en un beso, cargado de ternura.

Arthur la estrechó contra sí, y el mundo se desvaneció más allá de aquellas paredes.

Se recostaron juntos en el lecho. Sus labios volvieron a encontrarse, cada vez con mayor urgencia, con más hambre.

Las manos de Arthur recorrieron la silueta de Ginevra con reverencia, como si temiera quebrarla, y aun así deseando poseerla con toda su alma.

Ella temblaba bajo su contacto, y él, al sentirlo, apartó el rostro apenas un instante.

—Dime si debo detenerme Ginevra, y lo haré —susurró, con voz grave, ronca por la contención.

Ginevra lo miró, con los ojos brillantes, y negó con firmeza.

—No lo hagas —susurró, apenas con un hilo de voz—. Lo deseo, Arthur. Con todo mi ser, con todo mi cuerpo. Deseo entregarme a ti, aunque después arda en el infierno.

Entonces, con manos inseguras pero decididas, ella misma se deshizo del camisón. La tela se deslizó hasta el suelo, dejándola desnuda bajo su mirada. Arthur contuvo el aliento, nunca había contemplado algo tan hermoso. A sus ojos, ella era la más perfecta visión de pureza y fuego entrelazados.

Él la acarició con paciencia, con ternura, enseñándole a descubrir el placer. Sus labios se posaron en su cuello, en sus pechos, en cada rincón de su piel, arrancándole suspiros y jadeos que encendían aún más su deseo. Cuando su mano descendió, hallándola cálida y húmeda, comprendió que estaba lista para él.

—Te amo, Ginevra —susurró contra su oído, antes de introducirse en ella con delicadeza—. Estoy seguro de ello desde el primer momento en que te vi.

Ella ahogó un gemido, sorprendida igual por sus palabras que por aquella unión desconocida, pero pronto, guiada por sus caricias

y su paciencia ardiente, una oleada de placer recorrió todo su cuerpo. Arthur la sostuvo entre sus brazos, enterrándose en ella con ritmo suave, reverente y salvaje a la vez.

—Yo también te amo Arthur, y no quiero ocultarlo más.

Las palabras de ella lo enardecieron, y perdió el control. Sus caderas se movieron de forma intensa, profundizando en ella de una forma casi tortuosa.

Ginevra se aferró a sus hombros y se dejó llevar por aquella nueva sensación que la abrasaba por dentro.

El clímax la envolvió como una marea, arrancándole un grito ahogado de pura dicha. Y apenas un instante después, él también se dejó arrastrar, hundiéndose en ella con un último estremecimiento que lo dejó sin aliento.

Quedaron unidos, respirando el mismo aire, con sus pieles perladas de sudor, y sus corazones latiendo al unísono. Arthur no se apartó. La miró a los ojos, todavía dentro de ella, y le susurró con voz temblorosa:

—Ahora eres mi mujer. Y en cuanto regrese, si lo deseas, me casaré contigo.

Las lágrimas asomaron por los ojos de Ginevra, pero sonrió al responder:

—Sí, Arthur. Te acepto. Con todo lo que soy.

Él la besó con ternura, como si quisiera grabar aquel instante en la eternidad. La cuidó, la cubrió con sus brazos, como si pudiera protegerla del mundo entero. Y cuando, al fin, tuvo que separarse, lo hizo con el alma desgarrada.

Se vistió en silencio, pero antes de cruzar el umbral volvió a mirarla.

—Juro que regresaré a ti, Ginevra —dijo con solemnidad—. Aunque sea lo único que logre en esta vida, volveré.

Ella lo miró desde el lecho, con los cabellos aún revueltos, envuelta en la fragancia de la lavanda, y supo que esas palabras eran un juramento tan sagrado como cualquier voto frente a un altar.

Capítulo 14

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

El silencio del amanecer apenas se veía roto por el murmullo de los hombres preparándose para partir. Cuando Arthur cruzó el portón con sus guerreros, el estruendo de cascos se fue desvaneciendo hasta perderse en la lejanía. Ginevra lo siguió con la mirada desde la distancia, con el corazón oprimido y una plegaria muda ardiendo en su pecho.

Cuando la última figura se perdió en el horizonte, regresó a la cabaña. El olor a hierbas y a ungüentos impregnaba el aire. Sin decir palabra, comenzó a recoger con cuidado algunas plantas secas, raíces y frascos pequeños, colocándolos dentro de un macuto de cuero.

—¿Qué haces? —preguntó Elora, que entraba en ese momento con una jarra de agua en las manos.

Ginevra levantó la vista tan solo un instante y sonrió con calma.

—Voy al bosque a por unas plantas. Las necesitaremos más tarde.

—Te acompaño —se apresuró a decir la joven, dejando la jarra sobre la mesa.

Pero Ginevra negó con suavidad, aunque con firmeza.

—No. Quédate aquí con Kelly. Los enfermos aún nos necesitan, y yo volveré enseguida.

Elora vaciló, pero al final asintió. Ginevra echó la capa sobre sus hombros, se ajustó la capucha y salió en dirección al río, dejando atrás el calor del fuego y el murmullo de los heridos.

La hierba brillaba cubierta por el rocío, y el aire estaba frío y húmedo, tanto que pudo sentirlo calarle hasta los huesos. El sol apenas despuntaba tras la neblina, tiñendo el paisaje de un resplandor plateado.

Ginevra caminaba sin prisa, como quien conoce cada piedra del sendero, hasta llegar a la orilla del río, a un rincón apartado donde los árboles se inclinaban sobre el agua como guardianes antiguos.

Allí, encendió una pequeña hoguera con ramas secas y se arrodilló frente a las llamas. Cerró los ojos, alzó las manos y comenzó a murmurar palabras que parecían tan viejas como la tierra misma. No rezaba a un dios de iglesia, sino a la naturaleza que la rodeaba, al río que corría sin cesar, al bosque que respiraba en silencio, y al fuego que crepitaba vivo en sus manos.

—Protegedlo —dijo, con la voz temblando de emoción—. Cubridlo con vuestra fuerza, guiadlo en la batalla, devolvedlo a mí.

Su cabello suelto brillaba al fuego, y el humo ascendía como un puente invisible entre ella y lo que invocaba. Sus labios se movían en un canto suave, casi un arrullo, y el aire alrededor parecía vibrar, como si los árboles y el agua escucharan su ruego.

Lo que Ginevra no sabía era que no estaba sola.

Oculta tras un roble, Elora observaba con los ojos muy abiertos, y el corazón latiéndole en un torbellino de miedo. Aquello no era una plegaria común. Era… brujería. Sí, tenía que serlo. Nadie hablaba con el bosque, nadie encendía el aire con simples palabras, nadie podía curar de esa manera si no era porque llevaba la magia en la sangre.

De repente, todo encajó en su mente: la rapidez con que cerraba heridas, la forma en que siempre sabía qué hierba usar,

cómo su sola presencia parecía devolverles fuerzas a los heridos. Ginevra no era como las demás. Era una bruja.

Elora retrocedió lentamente, con las manos crispadas contra el tronco. Estaba aterrada. A cada paso que daba para alejarse, la convicción crecía en su interior, aquello era un secreto oscuro que hubiese deseado no saber.

Se giró, y echó a correr entre la maleza tan rápido como pudo, y desapareció en dirección a la fortaleza, con el miedo marcado en cada rasgo de su rostro.

Mientras tanto, junto al río, Ginevra mantenía sus ojos cerrados, ignorante de lo que su pequeño ritual había despertado en Elora.

Capítulo 15

Escocia, 1590

Fortaleza de Dunrath, propiedad del clan Stewart

La fortaleza de Dunrath dominaba el valle con una arrogancia feroz: torres altas, murallas gruesas y un foso que relucía como acero bajo la primera luz del día. Durante días habían mordido la línea de hombres que Arthur había arrojado contra ellas: escaramuzas al amanecer, asaltos al atardecer, noches de hachazos y gritos que morían en la lluvia. Cada ataque se había topado con la misma respuesta: troncos ardiendo en los parapetos, lanzas que emergían como bosques de hierro y un ejército dentro que conocía cada esquina de su propia piedra.

La guerra mermaba a los Ferguson. El hambre comenzaba a roer, el barro se pegaba en los pies, y las heridas se gangrenaban con un frío que calaba hasta el hueso. Arthur veía a sus hombres menguar, con los rostros cubiertos de polvo, voces apagadas, y manos ampolladas que se negaban a soltar la espada. La fortaleza no era solo una barrera de piedra; era una memoria de afrentas, y los Stewart la defendían con la furia de quien hace de su hogar un altar.

En la cuarta noche, cuando la lluvia remitió y la luna quedó sola, Arthur se retiró a lo alto de una colina y miró el lugar. Horas de golpe tras golpe le habían enseñado dónde flaqueaba la fortaleza;

un tajamar menor, un aljibe poco cuidado, una galería de guardia que se vaciaba en la segunda hora tras los cambios…

Y entonces la idea le vino como un rayo atravesando el cielo en medio de una tormenta. No debía tomar la muralla por la fuerza, sino coger la fortaleza por lo que lo alimentaba.

Convocó a sus capitanes en una de las tiendas, donde tenían varias cajas apiladas y que formaban una mesa.

—No romperemos Dunrath de frente —dijo sin adornos—. Entraremos por su pulso, por el agua que alimenta su foso.

El plan era sencillo, aunque arriesgado. Solo debían fingir un ataque frontal con antorchas y gritos, mientras un grupo reducido descendía por la ribera hasta el canal de desagüe. Allí, con brea, sogas y madera, provocarían fuego y caos, obligando a los Stewart a dispersarse.

Al caer la noche, la farsa comenzó. El estruendo de las armas contra los escudos retumbó, las antorchas danzaron en la oscuridad y los vigías dieron la alarma. En ese mismo instante, bajo la protección de la noche, los hombres de Arthur incendiaron la brea en el canal. Llamas negras se extendieron por el agua, y pronto el humo cubrió las murallas, desorientando a los defensores. En medio de la confusión, una poterna quedó mal vigilada.

A la señal —de un único silbido agudo que les unía—, los hombres de Arthur dejaron que el barullo de la maniobra de distracción creciera.

El corazón de la fortaleza palpitó, los soldados se calzaron las armaduras, las puertas chirriaron, y las ballestas encontraron objetivos.

Casi al mismo tiempo, bajo la sombra de los juncos y sus raíces, los otros hombres deslizaron las balsas de brea hacia el agua y las ataron a un desagüe oculto bajo la muralla, justo donde la piedra besaba el río. Con fuego, dieron vida a aquellas balsas; llamas negras, olor a alquitrán, y la corriente hizo lo suyo.

La primera ola de fuego se coló por el foso y lamió las plataformas de madera que sostenían los parapetos menos cuidados.

Dentro, los cuernos de alarma sonaron, los guardianes corrían, y la confusión nació como una bestia con hambre.

En los muros, hombres corrían a apagar las llamas, y a intentar cerrar el acceso lateral, y en sus prisas, dejaron una poterna sin guardia.

Entonces, con precisión calculada, Arthur lanzó la segunda fase: una columna de asalto que no atacó de frente, sino que se infiltró por la poterna. Sus hombres treparon por las sogas tendidas en la ribera y, en silencio, forzaron las puertas interiores. La sorpresa se convirtió en sangre al abrirse el paso.

Dunrath rugió, pero aquel rugido no halló la calma de la disciplina. Lo que había sido orden se tornó caos. Guerreros que dormían confiados se toparon con enemigos en sus propios pasillos; antorchas ardían en manos ajenas; un vigía cayó sin dar la alarma. Arthur, con la capa pegada al lomo y la espada heredada de su padre, avanzó entre la confusión. No necesitaba gritar órdenes, su sola presencia arrastraba a los hombres, que lo seguían convencidos de que la victoria tenía un rostro cercano, y era el suyo.

En la sala baja del torreón, entre humo y acero, apareció el *laird* de Dunrath, Marcus Stewart, con su guardia. A su lado iba su hijo, joven aún, orgulloso y altivo, como si la guerra fuera un juego de honor.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de Arthur, el estruendo se apagó. La vieja costumbre habló más fuerte que la batalla: resolver la afrenta en duelo limpio.

Ambos dieron un paso al frente. Espadas en alto, sin escudos, rodeados por un círculo de silencio respetuoso. El joven peleaba con furia, rápido, hábil, con el ímpetu de quien ha sido bien enseñado, pero aún no conoce el peso de la experiencia. Arthur resistía, firme, con cada uno de sus músculos tensos, respondiendo con calma y precisión.

El heredero atacó con rabia ciega. Arthur desvió su golpe y, en un movimiento seco y certero, su espada se hundió en el costado del muchacho. Cayó con dignidad, sin gritos, como quien cumple un destino inevitable. Arthur retrocedió un paso, con la sangre en la hoja, y el corazón oprimido. No había victoria en su rostro, solo un dolor silencioso.

El *laird* cayó de rodillas ante el cuerpo de su hijo. Su voz, rota por la rabia y la pena, apenas fue un susurro:

—¡Basta!

Y con esa palabra, Dunrath se rindió. La ley antigua lo dictaba, si el heredero caía en duelo justo, la casa debía aceptar la paz para no condenarse a la destrucción. Los capitanes bajaron sus lanzas, los hombres callaron. Arthur, con la espada aún baja, impuso silencio.

Al amanecer, las banderas de Dunrath fueron arriadas. Marcus Stewart firmó la rendición con mano temblorosa. Sus hombres salieron exhaustos, con las manos en alto. Arthur reunió a los suyos: había heridos, había muertos, y la victoria sabía amarga. No hubo celebraciones, solo respeto y recogimiento.

Cuando al fin contempló la fortaleza conquistada, Arthur no sintió triunfo. Sintió el peso de la guerra, como si cada piedra estuviera manchada de sangre. Había ganado, sí. Pero la herida de su espada también había quedado en su alma.

Capítulo 16

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Tras unos días, la cabaña respiraba una calma que rozaba la normalidad. La mayoría de los guerreros se había ido a sus casas, algo más recuperados, los frascos de hierbas estaban repuestos, y los paños de lino habían sido colocados en las canastas para futuras crisis venideras.

Ginevra intentaba distraerse con las tareas diarias, moliendo hierbas, remendando vendas o lavando las tinajas de barro, pero su mente volvía una y otra vez a Arthur. Recordaba el calor de sus labios, la seguridad de sus brazos, la promesa que le había susurrado en la intimidad de su lecho. Aquellos instantes se habían vuelto su refugio, pero también su condena, cuanto más los evocaba, más la consumía la incertidumbre. ¿Estaría bien? ¿Seguiría luchando en tierras lejanas? ¿Pensaría en ella con la misma intensidad con la que ella lo hacía?

A esa inquietud se sumaba otra espina más cercana. Elora. La muchacha, antes tan risueña y cercana, se había vuelto distante. Hablaba apenas lo justo, con frases secas, y muchas veces evitaba mirarla a los ojos. Aquello dolía a Ginevra casi tanto como la ausencia de Arthur. La veía moverse por la cabaña con gesto huidizo,

como si escondiera algo, como si temiera enfrentarse a ella. Esa frialdad era nueva, y aunque Ginevra buscaba excusas —quizá cansancio, quizá preocupación—, no podía ignorar el peso extraño que había caído entre ambas.

Se mordía el labio tratando de contener las preguntas. No quería presionar a Elora, pero el desasosiego crecía.

«*Le hablaré más tarde*», se prometió.

«*Le pediré que me diga qué le ocurre, porque no soporto verla así*».

Pero en el fondo, el presentimiento de que algo oscuro se escondía detrás de aquel cambio empezaba a inquietarla.

No era ni media mañana cuando la paz se rompió de golpe. Tres hombres entraron en la cabaña de sanación como un vendaval, llevaban armaduras oscuras, y el emblema del rey bordado en sus casacas. Miraron a su alrededor, y uno de ellos preguntó por la curandera con voz seca.

Cuando Ginevra se identificó, el mismo hombre que había hablado le sujetó el brazo con fuerza.

—Por orden de la Corona —dijo—, queda detenida por prácticas de brujería. Debe presentarse ante su Majestad de inmediato.

El mundo se le vino encima, no entendía nada. *«¿Brujería?»*

Ginevra trató de soltarse, de explicar, de gritar que era inocente, pero no pudo oponer nada a la autoridad de la guarda. La arrastraron fuera, y la luz del patio la golpeó con una dureza nueva. Allí, como un golpe final, la esperaban Ophelia y su madre, Morgana Murray, junto al *laird* Alfred Murray.

Ophelia sonrió con frialdad al verla encorvada por el agarre de los guardias.

—Te dije que acabaría contigo, y hoy vengo a cumplir mis amenazas —dijo ella, con veneno en la voz—. Eres una bruja, y haré que te quemes en la hoguera.

Ginevra palideció. Balbuceó que era inocente. Pero Morgana se inclinó hacia delante como una juez satisfecha.

—Tenemos orden del rey de llevarte ante él —afirmó—. Serás juzgada ante la Corona.

Marsaly apareció en la puerta, apoyada en Price. Al verla, la anciana sintió el mundo torcerse.

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó con voz rota—. ¡Ginevra es mi curandera, y miembro de este clan!

—No podéis llevarla —replicó Price, enérgico—. Si mi hermano vuelve y se entera de esto, comenzará una guerra, eso os lo puedo asegurar.

—Tu hermano tenía un trato conmigo —intervino Alfred Murray con frialdad—. Trato que ha sido incumplido. Esto humilla a mi casa, y por ello habrá consecuencias. Pero mientras él regresa, esta mujer será juzgada por brujería. Además —añadió con mirada cruel—, estamos seguros de que ella ha embrujado a Arthur; por eso anuló el matrimonio con mi hija. Es una afrenta que no puedo tolerar.

Marsaly se llevó las manos al rostro, jadeando de la impresión. Ginevra, sin fuerzas, rompió a llorar. Y entonces, como si la daga necesitara girar una vez más, Ophelia alzó la voz:

—Que venga la doncella, que lo confirme.

Un murmullo recorrió el grupo. Al momento, entre la gente reunida, Elora apareció. Había estado cerca todo el tiempo, observando desde la entrada, con el rostro pálido y las manos entrelazadas contra el pecho. Avanzó unos pasos, dudosa, y todos los ojos se clavaron en ella.

—Habla —ordenó Ophelia con frialdad—. Diles lo que viste.

Elora tragó saliva, con la voz temblorosa pero clara:

—Yo misma la vi junto al río, haciendo ritos prohibidos bajo un árbol.

El silencio que siguió fue como un cuchillo. Ginevra la miró, incrédula, con el corazón desgarrado.

—Elora, ¿por qué? —susurró, como si su voz pudiera despertarla de una pesadilla—. No creerás que eso es cierto, yo solo rezaba, por el bienestar de Arthur.

Elora apartó la vista, incapaz de sostener su mirada por mucho tiempo.

—Hacía ritos, lo juro —su mirada volvió a Ginevra, dudosa, pero acusadora—. Vi cómo hablabas con las sombras.

—No es lo que parecía, Elora. Debiste preguntarme.

Ginevra la miró herida, sin comprender por qué la muchacha la traicionaba. Antes de que pudiera responder, uno de los guardias la empujó hacia la carreta de rejas. La puerta chirrió y la lanzó dentro como a un fardo.

Marsaly rompió a sollozar; Price la abrazó con fuerza para tranquilizarla.

—Tranquila, madre —le dijo él, apretando los puños—. Iré con ella. Intentaré ayudarla. Escríbele a mi hermano, debe saber lo que ha pasado.

En la entrada, Morgana sonrió con triunfo. Alfred Murray, altivo, dio una orden fría. Ophelia subió a la otra carreta con la cabeza alta; Elora, pálida pero rígida, subió con ellos.

Price, que había dado la orden de preparar un caballo, lanzó una última mirada a su madre antes de partir tras la comitiva.

Capítulo 17

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

El sol caía ya bajo un gris pesado cuando Arthur llegó a la fortaleza, con su caballo sudado y la crin enmarañada. Venía agotado, pues los días de asedio habían dejado en él el sabor del barro y la sangre, aunque un fuego lo consumía por dentro: el recuerdo de Ginevra.

Su risa, el olor de su cabello, la ternura de sus labios lo habían acompañado cada milla del camino. Pensó que, al verla, todo el cansancio se disolvería como la niebla al mediodía.

Apenas hubo deslizado un pie al suelo, antes de desmontar del todo, cuando divisó a su madre en la puerta principal, sostenida por Kelly.

Marsaly no podía ocultar la angustia de su rostro, que brillaba a causa de sus lágrimas.

Arthur sintió un frío que se le clavaba en el estómago, peor que cualquier fatiga de la batalla.

—Hijo mío —la voz de Marsaly tembló—. ¡Menos mal que has regresado! ¿Recibiste mi misiva?

—¿Qué misiva? —preguntó él, aún con la rienda en la mano.

Pero la respuesta vino en el gesto de su madre; ella se llevó las manos a la boca como si el aire le faltara.

—Es Ginevra —dijo con voz rota—. Vinieron a buscarla los Murray junto con la guardia real. La han acusado de brujería.

Las palabras le alcanzaron como un golpe. El mundo entero se estrechó en torno a su pecho, y el caballo relinchó, como si también percibiera la alarma que se disparaba dentro de él.

—¡¿Qué?! —gritó, dejando las riendas a un criado—. ¿Qué le han hecho? ¿Está bien?

—No lo sé, hijo —contestó con sinceridad—. Price ha ido con ella, a intentar ayudarla. Pero la acusación va acompañada de una testigo. Elora afirma haber visto a Ginevra hacer ritos junto al río.

Arthur sintió algo viejo y animal despertarse en su garganta, fue un gruñido que no era del todo humano.

La idea de que Elora, hubiese traicionado a su propio clan alzando la voz contra Ginevra, le resultaba insoportable.

—Eso es imposible —escupió con rabia—. Ella cura, no hace daño. Es inocente.

—Lo sé hijo. Debes ayudarla, ella es una buena mujer

Arthur la miró un instante, con prudencia, mientras se tomaba un momento para pensar y asimilar todo lo que estaba pasando.

Sin más, se volvió hacia dos de los soldados más próximos.

—Preparad a nuevos caballos de las caballerizas —ordenó con voz cortante—. Y reunid a cinco de los hombres más rápidos. Iremos a buscarla de inmediato. La traeré de vuelta, aunque sea lo último que haga.



Ginevra llevaba dos días sin ver la luz del sol. El tiempo en la celda se había vuelto un enemigo invisible, no sabía si era de día o de noche, solo tenía por compañía el eco de su respiración y el goteo constante del agua que resbalaba por las piedras húmedas. El aire era espeso, con un olor a moho que le llenaba los pulmones hasta marearla. Cuando los pasos resonaron en el pasillo, se incorporó de golpe. Su corazón martilleaba con tanta fuerza que parecía querer escapar de su pecho.

La pesada puerta de hierro se abrió con un crujido seco. La luz del exterior la golpeó y Ginevra reculó, alzando las manos para cubrirse los ojos.

—Es la hora —dijo un guardia con voz áspera, mientras dos hombres la empujaban hacia adelante—. El rey quiere verte.

La llevaron, encadenada, por corredores fríos y húmedos hasta una gran sala iluminada por antorchas altas. Allí, en el trono elevado, estaba él, su Majestad Jaime VI de Escocia. Vestía túnicas de terciopelo púrpura bordadas en oro, una corona sencilla sobre el cabello oscuro y la mirada penetrante. Su porte imponía respeto, y en sus ojos se podía leer las responsabilidades del reino que pesaban sobre sus hombros. A su derecha, en un estrado menor, estaba Morgana Murray, con expresión dura y altiva, y junto a ella, Alfred Murray. Frente al rey, Ophelia mantenía la cabeza erguida, el ceño apretado, y una sonrisa victoriosa que no se molestaba en ocultar.

Ginevra, encadenada, fue llevada ante el trono. El monarca la observó un instante antes de hablar.

—¿Es cierto lo que escucho? ¿Eres una bruja? —su voz resonó clara en la sala.

Ginevra tragó saliva, temblando.

—No, majestad —respondió—. No lo soy.

—Entonces —prosiguió el rey con severidad—, ¿por qué te vieron realizar un rito junto al río?

El cuerpo de Ginevra se estremeció. Levantó la mirada con dificultad.

—No era un rito, mi señor. Rezaba. Pedía protección para quien estaba en combate.

El monarca frunció el ceño.

—¿Y ante quién rezabas? ¿Ante Dios?

Ginevra vaciló. Podía confesar la verdad —rezaba a los espíritus del bosque, al viejo pacto de su sangre—, pero sabía que eso sería condenación definitiva.

—Sí, su Majestad —murmuró con voz temblorosa—. Rezaba a Dios.

Un murmullo atravesó la sala. Morgana Murray ladeó la cabeza con una sonrisa altiva. Alfred permaneció inmóvil, firme.

Pero Ophelia no pensaba quedarse callada:

—¡Mentirosa! Mi criada dice que escuchó cánticos en una lengua desconocida. Ella es católica, y si hubiese sido un rezo cristiano lo hubiese reconocido.

—¿Dios o demonio? —preguntó el rey, con un filo en la voz—. Dicen que preparas ungüentos, fábulas con hierbas.

—Sí, señor —aseguró Ginevra, sin poder clavar la mirada en nadie—. Uso los conocimientos que mi madre me enseñó, para ayudar a la gente. Pero no soy bruja, lo juro por todo lo que amo.

El monarca se incorporó levemente en su trono.

—¡Cállate! —ordenó con voz atronadora—.

El silencio cayó otra vez. Ginevra, herida, cerró los labios con fuerza.

—Por ahora —sentenció el rey— te quedarás encerrada hasta que se celebre el juicio. Tenemos testigos que afirman haberte visto practicando rituales malignos. En una semana, el tribunal decidirá tu destino.

—Por favor, majestad, soy inocente —suplicó ella con voz quebrada.

—Llévensela —ordenó el rey, alzando una mano con desdén —. No es digna de estar en mi presencia, ¡fuera de mi vista!

Los guardias la empujaron hacia la puerta con rudeza. Ginevra tropezó, y sus cadenas tintinearon. Se volvió con desesperación hacia Ophelia, y pudo ver su mirada, triunfante.

—Gracias, tío —le dijo Ophelia al rey—. Sé que tienes asuntos más importantes. Pero esto debía hacerse. Reclamo justicia para mí, para mi casa.

La palabra se le clavó a Ginevra como una daga.

«Tío».

De golpe, todo encajó. Ophelia era sobrina del rey. En ese instante Ginevra supo que estaba perdida, jamás saldría de allí con vida.

Capítulo 18

Escocia, Edimburgo, 1590

Price se había tirado un par de días recorriendo las calles de Edimburgo buscando a un abogado que quisiese defender a Ginevra, pero nadie deseaba ensuciar su carrera defendiendo a una bruja. Miró la dirección que tenía anotada en un papel, era su última opción. Un joven abogado inglés que apenas tenía experiencia.

Entró en el pequeño despacho y una campana sonó sobre su cabeza. Al poco, el joven salió del interior y lo atendió con una sonrisa. Su ropa era vieja, y él parecía un polluelo. Price negó con la cabeza, a punto estuvo de marcharse, pero era su única opción.

—Buenos días, señor —dijo el joven con cortesía—. Soy Thomas Shaphire ¿En qué puedo ayudarle?

Price lo miró con el ceño fruncido, vacilando, hasta que al fin habló:

—Necesito un abogado. Es urgente.

Thomas ladeó la cabeza, curioso.

—¿De qué tipo de asunto se trata?

—De brujería, han acusado a una mujer de mi clan, y ella es inocente —respondió Price, sin rodeos.

El joven se tensó, y la sonrisa le desapareció en el acto. Dio un paso atrás como si hubiese escuchado un trueno repentino.

—Si ha venido por eso, se ha equivocado de despacho, señor. Nadie en Edimburgo aceptaría semejante caso.

—Nadie menos usted —replicó Price.

—No me malinterprete —balbuceó Thomas, moviendo las manos—. Apenas estoy empezando. Si me ven defendiendo a una acusada de brujería, mi carrera se hundirá antes de alzar el vuelo. Y no hablemos de lo que podría pasar conmigo, o con mi familia.

Price se acercó al escritorio y dejó caer una bolsa sobre la madera. El tintineo de las monedas llenó el silencio.

—Le pagaré lo suficiente para que no vuelva a preocuparse de clientes durante años.

El joven tragó saliva, pero aún negó con la cabeza.

—No es cuestión de dinero. ¿Comprende en qué se está metiendo? Los juicios de brujas no son pleitos por herencias ni por lindes de tierra. Son una sentencia casi segura.

Price se inclinó hacia él, con el rostro sombrío.

—Lo comprendo mejor que nadie. Pero ella es inocente. Y si nadie hace nada, estará perdida.

Hubo un silencio denso. Thomas miraba la bolsa, miraba a Price, y el pulso se le notaba en la garganta. Finalmente, suspiró y asintió con cierta resignación.

—Está bien. Lo haré. Pero necesito saber cada detalle —dijo con más firmeza, como si se estuviera convenciendo a sí mismo—. Siéntese, por favor. Cuénteme quién es esa mujer, qué la acusan de haber hecho y por qué está usted tan seguro de su inocencia.

Price, aliviado, se dejó caer en la silla. El joven abogado tomó un pergamino y un tintero, y con la pluma en la mano, ya no parecía un polluelo asustado, sino un hombre a punto de adentrarse en su primera batalla.

Capítulo 19

Escocia, Edimburgo, 1590

Arthur llegó a la Fortaleza del Rey en Edimburgo con el corazón desbocado. Descendió del caballo de un salto y, con voz atronadora, exigió audiencia inmediata con el monarca.

Los soldados de la guardia real le cerraron el paso, advirtiéndole que era imposible, que no podía irrumpir de esa manera en la corte. Arthur, con los ojos encendidos de rabia, replicó:

—¡Soy el *laird* de los Ferguson y exijo ver al rey ahora mismo!

Fuera de sí, empujó a uno de los guardias que le bloqueaba el paso, llegaría junto a ella a cualquier precio. Fue entonces cuando Price apareció desde el interior, acompañado del joven abogado inglés.

En cuanto Arthur lo vio, corrió hacia él con el alma en vilo.

—¿Dónde está? —preguntó con voz rota—. ¿Está bien? ¡Dime qué ha pasado!

Price alzó la mano para calmarlo, aunque sus propios ojos delataban la angustia.

—Acabo de entrar, hermano —contestó, con un hilo de voz grave—. La han trasladado a la prisión de Tolbooths, así que no hemos podido hablar con ella. El juicio será dentro de unos días.

Arthur se quedó helado. El nombre de aquella prisión era como un hierro candente contra el pecho, allí llevaban a los reos

más peligrosos, a los que esperaban juicio por traición o brujería.

La furia se mezcló con el miedo, y Arthur juró en silencio que sacaría a Ginevra de allí, aunque tuviera que derribar los muros de la ciudad piedra por piedra.

Arthur respiraba con dificultad, como si cada palabra que Price acababa de pronunciar le hubiese desgarrado el pecho.

«Tolbooths». El nombre maldito de aquella cárcel retumbaba en su cabeza.

—Arthur —dijo entonces su hermano—, quiero presentarte a alguien. Este es Thomas Shaphire, abogado. Lo he contratado para que ayude a Ginevra.

El joven de aspecto frágil dio un paso adelante. Sus ropas estaban limpias pero gastadas, y en sus ojos brillaba una mezcla de nerviosismo y firmeza. Se inclinó levemente hacia Arthur, intentando mostrar respeto.

Arthur lo recorrió con la mirada de arriba abajo, sin disimular la desconfianza. Era poco más que un muchacho, y la idea de confiar la vida de Ginevra a manos tan inexpertas le revolvía las entrañas.

—¿Y este joven va a salvarla? —masculló con dureza.

El abogado, aunque pálido, sostuvo la mirada del guerrero.

—No subestime mis años, señor Ferguson. Conozco la ley, y si hay una rendija en el juicio, la encontraré.

Arthur gruñó, con frustración, pero al final asintió.

—Más te vale, inglés, porque si ella arde en la hoguera, tu vida me pertenecerá.

Price intercedió con un gesto firme.

—Es nuestra única opción, hermano. Confía.

—Confiar es lo único que me queda, porque si no soy capaz de atacar con mi ejército todo Edimburgo.



Una vez llegaron ante la oscura mole de Tolbooths, la crudeza del lugar se les pegó al rostro. La puerta era un portal macizo de hierro y madera, flanqueado por dos guardias que hablaban en voz baja junto a las almenas. Del interior llegaban golpes apagados, el choque de cadenas, el ladrido de órdenes, y algún que otro quejido remoto.

Arthur se apeó del caballo con la intención de entrar, pero antes de que pudiera avanzar un paso, uno de los guardias le clavó la vista y cerró las manos sobre la lanza.

—Aquí no se entra así por así, señor —dijo con rudeza—. Hay un procedimiento. Nadie pasa sin permiso del gobernador.

Arthur tensó la mandíbula. No era hombre de papeles, pero la mirada del guardia le recordó que no estaba en su territorio. Abrió la boca para hablar, pero Price le puso una mano en el brazo, firme y urgente.

—Buenos días —saludó—. Soy Price Ferguson. Traigo a un abogado que ha sido contratado para defender a una de sus recluidas.

Thomas Shaphire dio un paso al frente, erguido, y tratando de no aparentar su nerviosismo. Entonces mostró el pliego que Price le había firmado al contratarlo. Era un escrito simple que lo acreditaba como defensor de la prisionera, y una orden solicitando audiencia con motivo del inminente juicio.

—Soy Thomas Shaphire —dijo, enderezando la voz—. Vengo en calidad de defensor. Solicito ver a la prisionera conforme a la ley, para tomar su declaración y prepararla para el juicio.

El guardia frunció el ceño y alzó la voz hasta una ventanilla donde un hombre mayor, de aspecto severo, asomó la cabeza. Tras una breve consulta, el hombre volvió la mirada hacia ellos.

—El abogado puede entrar, pero sólo él —dijo al fin—. Por reglamento, ningún familiar ni persona ajena puede hablar con la prisionera sin autorización. No podemos permitir desórdenes.

Arthur sintió la rabia calentársele el pecho, pero asintió con la cabeza; no era momento de crear un escándalo que cerrara cualquier puerta a su salvación.

—Ve —le dijo al abogado con voz contenida, abrazando la furia en su interior—. Dile que estoy aquí, y que no dejaré que nada malo le ocurra. Que sepa que no me quedaré de brazos cruzados.

Thomas estrechó la mano de Arthur, en un gesto breve de complicidad y se introdujo tras los postigos que se abrieron ante él. Arthur quedó fuera, apoyado en la fría piedra, con la vista fija en la madera por donde el abogado había desaparecido. Cada minuto

lejos de Ginevra hacía que su corazón se ralentizase, y el sentirse impotente ante aquella situación solo empeoraba su humor, y su sed de venganza. Acabaría con los Murray, pues ellos eran los culpables de que ahora se encontrasen en tal situación.

Capítulo 20

Escocia, Edimburgo, 1590

El chirrido del cerrojo resonó en la celda de Ginevra como un rugido en medio del silencio. La puerta se abrió y un guardia apareció en el umbral, con su porte erguido y serio.

—Levántate —ordenó, con una voz áspera.

Ginevra, pálida, con el cabello desordenado y las ropas ajadas, lo miró con un destello de recelo en los ojos. El guardia no añadió más, solo la señaló con un gesto seco. Ella obedeció, y lo siguió por los corredores húmedos, mientras se sujetaba a las paredes. Se sentía algo mareada, pues apenas había comido desde su encierro.

Al doblar un pasillo, se abrió ante ella una sala estrecha, de muros desnudos y una mesa en el centro. Al otro lado esperaba un joven, de aspecto sencillo, casi frágil, pero que se levantó en cuanto la vio entrar. El guardia la empujó suavemente hacia dentro, cerrando la puerta tras ella.

—Señorita Talamh —dijo el joven con una reverencia nerviosa, aunque cordial—. Mi nombre es Thomas Shaphire. Soy abogado y he venido a defenderla.

Ella lo observó en silencio, confundida al principio, hasta que Thomas añadió con firmeza:

—Han sido Price y Arthur quienes me han contratado —titubeó un instante, calibrando las palabras—. El *laird* Arthur Ferguson me encargó que le dijera que no pierda la esperanza, que no descansará hasta verla libre.

Por un momento, el aire de la sala cambió. Los ojos de Ginevra se humedecieron sin que lo buscara. Una oleada de alivio le recorrió el pecho.

Arthur estaba allí, no la había abandonado, no la había dejado a merced de sus verdugos.

—Arthur… —susurró, casi como si pronunciara un rezo.

Thomas le indicó la silla frente a él con un gesto amable, y después sacó de su bolsa unas hojas, un pequeño tintero y su pluma.

—Necesito que me cuente todo, desde el principio —dijo—. No omita detalles, por insignificantes que parezcan. Cada palabra puede ser decisiva.

Ginevra lo miró con un deje de duda, pero la firmeza en sus ojos, pese a su juventud, le dio un atisbo de confianza.

Comenzó a relatar los hechos, y Thomas escribía sin descanso, con sus dedos manchados de tinta, y su ceño fruncido al escuchar ciertos pasajes.

Cuando al fin hubo terminado, Thomas dejó la pluma a un lado y se frotó la barbilla, en un gesto de reflexión adulta que contrastaba con su rostro juvenil.

—Bien —dijo despacio—. Lo primero será alegar la falta de pruebas reales contra usted. Todo lo que tienen son supersticiones, rumores y miedo. No hay testigos directos de ninguna herejía, ni evidencias que la incriminen más allá de habladurías. Eso es débil, incluso para este tribunal.

Se inclinó hacia ella, bajando la voz, como si temiera que las paredes escucharan:

—Debemos presentarla como una mujer de buena fe, respetuosa de Dios, víctima de una persecución sin fundamento. Habrá que aportar testigos de su honorabilidad, y ahí entran en juego sus familiares o conocidos, cualquiera que pueda dar testimonio de su vida y carácter. —Alzó el mentón con un deje de

orgullo—. El juicio será duro, y sé que los jueces querrán un espectáculo. Pero no está sola, señora. Yo lucharé por usted, aunque me cueste la carrera.

Ginevra apretó las manos sobre su regazo. La angustia seguía allí, pero el peso en su pecho era más ligero. Había un abogado dispuesto a pelear, y Arthur velando por ella. Por primera vez desde que había sido encerrada, creyó que tal vez aún había un camino hacia la luz.

Capítulo 21

Escocia, Edimburgo, 1590

El día del juicio amaneció con un cielo plomizo, como si incluso el sol rehusara iluminar lo que estaba por suceder. Desde muy temprano, la gente se arremolinaba en torno a la gran sala del consejo en Edimburgo, ansiosa por presenciar el destino de la mujer acusada de brujería. Murmullos, empujones, hasta algún rezo tembloroso se mezclaban en el aire cargado de expectativa.

En el interior, la sala estaba dispuesta con toda la solemnidad del reino. A un lado, en un sitial elevado, se encontraba el rey, vestido con severidad, y los ojos entornados como si quisiera escrutar el alma de todos los presentes. Frente al estrado, un juez designado para el proceso aguardaba con su mazo y su voz grave, acompañado por escribanos que tomaban nota.

Cuando Ginevra fue conducida por los guardias al centro de la sala, las cadenas de sus muñecas resonaron con un sonido metálico que cortó el murmullo del público. Pese a su aspecto fatigado, erguía el cuello con dignidad, y tenía los ojos fijos en el frente. Fue entonces cuando, entre la multitud, los suyos se encontraron con los de Arthur.

Él se hallaba apartado, rodeado de soldados que contenían a los familiares y curiosos. Sin embargo, en un instante, el gentío se

apartó lo justo para que Arthur pudiera acercar su mano a la baranda de madera que lo separaba de ella. Ginevra, con un gesto mínimo, estiró los dedos hacia él. No llegaron a tocarse, pues apenas unos centímetros de distancia los mantenían apartados, pero en ese pequeño gesto había más fuerza que en mil palabras.

El juez alzó la voz:

—Comienza el proceso contra Ginevra Talamh, acusada de brujería y de perturbar el orden de los designios de Dios y del rey.

Thomas Shaphire, en un rincón, tragó saliva y apretó los documentos contra el pecho, preparado para intervenir.

El primero de los testigos fue llamado al frente. Ophelia avanzó con paso firme, envuelta en un vestido oscuro que parecía elegido para la ocasión. Se inclinó ante el juez y el rey, y luego, con voz clara, comenzó su declaración:

—Todo estaba bien hasta que ella apareció —dijo, señalando con el mentón a Ginevra—. Yo iba a casarme con él *laird* Arthur Ferguson, nuestros padres lo arreglaron hace años, y él estaba de acuerdo con ello. Pero desde que esa mujer entró en su vida, lo tiene embrujado. Ha deshecho sus votos, ha cambiado su carácter, e incluso ha roto los lazos que le unían al clan Murray. No hay otra explicación, esa mujer lo ha atrapado con artes oscuras.

Un murmullo indignado recorrió la sala, y Arthur, con el rostro encendido, estuvo a punto de gritar, pero Price lo contuvo con una mano firme en el hombro.

El juez pidió silencio y dio paso al siguiente testigo. Entonces se levantó Elora. Su andar era más lento, sus ojos brillaban con miedo y apenas pudo mirar a Ginevra cuando pasó junto a ella. Al llegar al estrado, apretó las manos contra el pecho.

—Yo misma la vi —dijo, con voz trémula, pero suficientemente fuerte para que todos la oyeran—. Junto al río. Ella murmuraba palabras extrañas mientras miraba al cielo. Movía las manos como en un ritual. Estoy segura de que no era una oración, ni una plegaria, eran conjuros. Lo juro por mi alma.

El público prorrumpió en exclamaciones, unos horrorizados, otros excitados por el espectáculo. El juez mandó callar de nuevo, golpeando con fuerza la mesa.

Ginevra mantenía la frente erguida, aunque por dentro la ira y el miedo se entrelazaban en un torbellino. No apartaba la mirada del estrado, pero de vez en cuando buscaba el rostro de Arthur, como si el solo hecho de saberlo allí, pudiera sostenerla en pie.

El juez se acomodó las ropas, mirando primero al rey y luego a los presentes.

—Las acusaciones son graves —afirmó—. Escucharemos aún más testimonios antes de dar paso a la defensa.

Thomas Shaphire, que hasta entonces había permanecido callado, cerró los ojos un instante, tomando fuerzas. Sabía que lo que venía sería la batalla de su vida.

Tras las palabras de Elora, el juez asintió con gravedad.

—Se llamará al siguiente testigo.

Un murmullo recorrió la sala cuando un sacerdote de mediana edad avanzó hacia el estrado. Su sotana estaba raída, y en sus ojos brillaba un fanatismo que helaba la sangre. Se presentó como Fray Donald.

—La he visto recolectando hierbas de noche en los alrededores de la aldea —dijo con voz temblorosa pero firme—. No es práctica de cristianos recoger mandrágora y acónito bajo la luna. Esas son plantas malditas, usadas por las brujas para invocar a los demonios.

Ginevra oyó su testimonio, y apenas creía lo que estaba escuchando, ni siquiera conocía a ese hombre.

El público explotó en un nuevo murmullo, como si la culpa de Ginevra estuviera ya sellada. Incluso se escucharon varias voces gritar «bruja» sin ninguna compasión.

—¡Mentira! —masculló Arthur, pero Price le apretó el brazo para que callara.

El juez lanzó una mirada fulminante en su dirección y ordenó silencio.

Después, fue llamado un vecino del pueblo, un hombre curtido, con manos de labrador y voz ronca.

—Yo no sé de hechicerías, señoría, pero desde que esa mujer llegó, las vacas de mi hermano dejaron de dar leche y un niño cayó enfermo de repente. La gente dice que ella tiene la culpa.

El rumor en la sala se volvió casi ensordecedor. El juez levantó la mano, imponiendo orden.

—¡Basta!

El monarca, desde su sitial, observaba con gesto impenetrable. Se inclinó hacia un consejero que le susurró algo al oído, y luego volvió a enderezarse, cruzando la mirada con Arthur por un instante. En aquellos ojos había un brillo frío, calculador, que lo hizo apretar los puños hasta que le crujieron los nudillos.

Finalmente, el juez anunció:

—Se han escuchado los testimonios de la acusación. Es hora de que la defensa tome la palabra.

El silencio se hizo pesado, expectante. Todos los ojos se volvieron hacia el rincón donde Thomas Shaphire se levantó, con el rostro pálido pero los hombros erguidos. Tragó saliva, respiró hondo, y avanzó hasta situarse frente al tribunal.

—Honorables presentes —comenzó con voz firme, aunque algo temblorosa al inicio—. Se me ha confiado la defensa de Ginevra Talamh, acusada de brujería. Y mi deber es demostrar que lo que aquí se ha dicho son miedos, rumores y mentiras, no pruebas.

Arthur, desde su rincón, clavó en él los ojos con esperanza, como si en aquel joven abogado depositara no sólo la vida de Ginevra, sino también la suya.

Thomas Shaphire respiró hondo, y cuando alzó la voz ya no temblaba.

—Honorables jueces, majestad, pueblo aquí presente. Hemos oído testimonios apasionados, pero ninguno ha traído pruebas. Lo que se ha vertido en esta sala no son hechos, sino sospechas, supersticiones y rencores personales. —Hizo una pausa, dejando que su silencio pesara, y luego alzó el pliego donde había escrito sus notas—. Comencemos por la señorita Ophelia Murray. Ella asegura que esta joven prisionera embrujó a su prometido y lo apartó de su lado. Pero ¿desde cuándo el desamor es brujería? —su tono adquirió filo—. Si así fuese, medio reino estaría en el cadalso, pues ¿quién no ha amado sin ser correspondido?

Un murmullo de risas nerviosas recorrió la sala. Thomas lo aprovechó.

—Ahora, Elora, doncella de los Murray. Dice haber visto a Ginevra rezando en la ribera. Yo pregunto: ¿acaso rezar en silencio es un crimen? Si una mujer susurra plegarias al bosque, ¿no puede ser simple recogimiento o temor por los suyos en batalla? ¿Desde cuándo los pensamientos íntimos se convierten en pruebas de pacto con el diablo?

El juez lo observaba con atención. Arthur, desde el público, inclinó levemente la cabeza, como si alentara cada palabra.

—Fray Donald afirma que recogía hierbas de noche. —Thomas se volvió hacia el fraile—. ¿No es acaso costumbre de curanderos y sanadores hacerlo, precisamente cuando el rocío preserva sus propiedades? ¿O debemos condenar a todas las madres que preparan infusiones para la fiebre de un niño? Mi padre murió de pulmonía, señores, y sólo un preparado de hierbas pudo aliviar su sufrimiento en sus últimos días. ¿Debemos llamar bruja a toda mujer que conozca lo que la tierra ofrece?

El silencio se tornó denso, expectante.

—Finalmente, un vecino acusa a esta joven de desgracias en su aldea: vacas sin leche, un niño enfermo. —Thomas se acercó a los asistentes, mirándolos uno por uno—. ¿De veras vamos a condenar a una mujer por las contingencias de la vida? ¿Es que nunca un niño ha enfermado sin causa aparente? ¿Nunca una vaca ha dejado de dar leche por la estación o el alimento? ¿Hemos de buscar siempre un culpable para nuestras desgracias, aunque sea inocente?

Dejó el pergamino sobre la mesa y elevó la voz, firme, vibrante:

—Ginevra Ferguson no es bruja. Es una hija, una hermana, una mujer instruida en las hierbas por su madre, como tantas otras. Lo único que se ha probado aquí es que ama, que reza, que sana, y que despierta celos. ¿Son esos crímenes dignos de hoguera?

Arthur apretó el borde del banco, con los ojos fijos en ella, casi dispuesto a levantarse y gritar.

Thomas dio un último paso atrás y cerró con solemnidad:

—Si la justicia ha de servir a la verdad y no al miedo, entonces el único veredicto posible es su inocencia. De lo contrario,

no se juzgará a una bruja, sino a toda mujer de Escocia.

Un murmullo recorrió la sala. Incluso el rey Jaime VI ladeó el rostro, observando con interés al joven abogado que, con tan poca experiencia, había osado desafiar la corriente del miedo.

El murmullo se extendió como fuego entre la gente. Unos asentían en silencio, otros cuchicheaban indignados. El juez golpeó la mesa con la maza para pedir silencio, pero en su mirada había un brillo distinto al del inicio.

El rey se inclinó hacia adelante en su trono, con la barbilla apoyada en la mano. Sus ojos, oscuros y calculadores, recorrieron la sala y se detuvieron primero en Thomas, y luego en Ginevra. Ella mantenía la cabeza baja, y las manos encadenadas sobre su regazo, pero en su rostro pálido se mostraba una calma digna de admirar dada sus circunstancias.

Arthur, entre la multitud, no pudo evitar moverse hacia delante, hasta que su brazo rozó el madero que separaba a Ginevra del masío de gente. Ginevra alzó un instante la vista y sus miradas se encontraron. Fue sólo un momento, apenas un suspiro, pero ambos sintieron el amor que los unía.

El juez carraspeó, reclamando la atención.

—El tribunal ha escuchado al abogado. —Su voz grave resonó en la sala—. Ahora corresponde escuchar también a la acusada.

El rey levantó un dedo, despacio, como disfrutando de la expectación.

—Estoy deseando oír de su propia boca si es inocente, o si guarda secretos que todavía no hemos descubierto —su tono era divertido.

El guardia empujó a Ginevra hacia el centro de la sala. El silencio era tan profundo que podía oírse el crujido de la madera bajo sus pies. Cuando llegó frente al juez, levantó la barbilla. Tenía miedo, sí, pero también una dignidad que la hacía parecer más alta, más fuerte de lo que en verdad se sentía.

Thomas se situó a su lado y asintió, dándole valor.

—Hablad, señorita Talamh —dijo el juez—. Defendeos.

Ginevra respiró hondo, y alzó la mirada hacia el juez, firme, con el pecho erguido de quien se sabe inocente.

—No soy una bruja —dijo, con la voz quebrada al principio, pero clara después—. Todo lo que hice junto al río fueron plegarias. Mi señor… —miró al juez, y luego al rey, que la observaba con gesto calculador—, recé por la vida de un hombre que marchó a la guerra. Recé al Dios que mi madre me enseñó a honrar. Usé plantas, sí, pero no para embrujar ni para invocar demonios, sino para curar. Mi único crimen es amar, amar demasiado.

Su voz tembló, pero no se apagó. Entonces, giró la cabeza y sus ojos se clavaron en Elora, que se encogía en un rincón, junto a Ophelia y la madre de esta.

—¿Y tú? —le dijo con un dolor que rompió la sala—. ¿Por qué me has traicionado? ¿Por qué mentiste, Elora? Creí que éramos amigas.

Elora, como si aquellas palabras fueran cuchillas, comenzó a sollozar. Sus manos temblaban, y la sala la miraba en un silencio expectante. Finalmente, con un hilo de voz, habló:

—Yo… yo no quería… —tragó saliva, mirando a todos lados—. ¡Ella me obligó!

El dedo tembloroso de Elora se alzó, y señaló directamente a Ophelia.

Un murmullo de asombro recorrió la sala al completo por el giro que acababan de dar los acontecimientos.

Ophelia palideció al instante, y dio un par de pasos atrás, buscando la sombra de su madre, como si el mundo se le viniera encima.

—¡Mientes! —gritó al fin, pero con la voz rota por el miedo—. ¡No la escuchéis! Yo no la he obligado a nada.

Pero Arthur ya había dado un paso al frente, y su voz resonó con una fuerza que incluso acalló los golpes de la maza del juez.

—¡Que continue hablando Elora! —exigió, con un tono que no admitía réplica—. Que explique los hechos. El pueblo desea escucharla.

El juez lo miró con recelo, pero el peso de la sala estaba ya del lado de la verdad. Hizo un gesto, y los guardias empujaron suavemente a Elora hacia el centro de nuevo.

La muchacha lloraba abiertamente, pero alzó la voz.

—Es cierto que la vi rezar junto al río. Y eso es lo que puse en la carta que le escribí a la señorita Murray. Ella me exigió que le contara cualquier cosa que la señorita Talamh hiciese. Ophelia me obligó a mentir. Me dijo que si no la ayudaba, mi familia pagaría el precio. Me hizo jurar que la había visto rezar al demonio. ¡Pero era mentira! —sollozó, mirando al juez y luego al rey—. Yo vi a Ginevra rezar, sí, pero no a un demonio. Rezar a Dios, llorando por Arthur. No era brujería, era amor, ahora lo sé.

La sala estalló en murmullos, unos de sorpresa, otros de indignación. Ophelia retrocedía más y más, casi escondiéndose tras Morgana, que intentaba mantener el porte altivo, aunque sus ojos brillaban con furia.

El juez, con el ceño fruncido y la pluma detenida sobre el pergamino, levantó la vista hacia el rey.

El monarca observaba la escena con sus ojos oscuros, recostado en el trono con una mano apoyada en el brazo tallado. Su mirada recorrió primero a Ophelia, que se encogía como un ave acorralada; luego a Morgana y Alfred, tensos en sus asientos. Finalmente, fijó los ojos en Ginevra, demacrada, encadenada, pero con la frente erguida y la mirada intacta.

El rey permaneció inmóvil durante unos segundos que parecieron eternos, hasta que inclinó apenas la cabeza. Fue un gesto breve, casi imperceptible, pero cargado de autoridad.

El juez entendió. Se levantó de su asiento y golpeó la mesa con solemnidad.

—En nombre de la ley, y con el consentimiento de su majestad, se declara que no hay pruebas suficientes para condenar a esta mujer. Ginevra Talamh, queda absuelta de los cargos de brujería.

La sala estalló con opiniones divididas, por una parte, estaban los que se alegraban de que no se hubiese condenado a una mujer inocente y, por otro lado, los que disfrutaban del espectáculo y deseaban verla sobre una pira de leña.

Arthur cerró los ojos con fuerza, como si un peso insoportable se desprendiera de su pecho

Ophelia, no pudo esconder su indignación.

—¡Esto es una farsa! ¡Esa mujer lo embrujó, lo sé! —clamó, con el rostro desencajado.

Morgana tiró del brazo de su hija, obligándola a callar, mientras Alfred se mantenía rígido, tragándose la humillación.

Ginevra lloraba, las lágrimas resbalaban por sus mejillas, pero esta vez no eran de miedo, sino de alivio. Arthur la miraba como quien ve regresar la vida después de la muerte, con la promesa ardiendo en sus ojos. Nunca más la dejaría sola.

Las llaves resonaron entre las manos de uno de los guardias de Tolbooths mientras se acercaba a Ginevra. Con un gesto seco, abrió los grilletes que marcaban sus muñecas. El hierro cayó al suelo con un estrépito que retumbó en la sala.

Libre por fin, Ginevra dio un paso tembloroso hacia Arthur. Él no esperó ni un segundo más, saltó la baranda de madera, y la tomó entre sus brazos con una fuerza desesperada, como si quisiera protegerla del mundo entero.

Ella se aferró a su cuello, sollozando contra su hombro, y durante un instante ambos se olvidaron de la multitud, del juez y hasta del propio rey. No existía nadie más en ese lugar que ellos dos, latiendo al mismo compás, respirando vida después de haber rozado la muerte.

Cuando al fin se apartaron lo justo para mirarse, Arthur rozó con el dorso de su mano la mejilla húmeda de ella.

—Ya estas a salvo, mi amor. —Ella cerró los ojos por un instante, dejándose empapar por la paz que le daba aquel contacto que tanto había extrañado.

Entonces Arthur la sintió vulnerable, rota. Y la rabia lo inundó de nuevo. Si le hubiese ocurrido algo no se lo perdonaría.

La tomó de la mano, y tiró de ella para situarse frente a los Murray.

Sus pasos resonaron con un peso amenazante mientras arrastraba la mirada sobre cada uno de ellos. Se detuvo frente a Alfred que lo miraba con impotencia y desafío.

—No quiero veros cerca de mis tierras nunca más —tronó su voz, grave y firme, reverberando en las paredes de la sala—. Considerad esto vuestra última advertencia.

Luego clavó los ojos en Ophelia, que temblaba a la sombra de su madre.

—Agradece que eres una mujer —le advirtió con un filo helado en la voz—, porque de lo contrario, tu cabeza rodaría ahora mismo por el suelo.

Ophelia retrocedió, con la rabia de ser despreciada, pero con el miedo de quien ha hecho algo horrible y ha sido descubierta.

Morgana, erguida y altiva, dio un paso al frente, incapaz de aceptar la derrota.

—¿Osas amenazarnos aquí, ante el rey? —exclamó, con la voz cargada de veneno.

Pero Alfred la sujetó por el brazo con fuerza, obligándola a callar.

—Basta, Morgana, hay que saber cuándo se ha perdido una batalla. —Sus labios se torcieron en una mueca amarga, pero su voz fue baja y seca.

Arthur esbozó una sonrisa dura, casi imperceptible, antes de girarse junto a Ginevra. La estrechó otra vez contra su costado, llevándola con él como si fuera su mayor tesoro, y juntos salieron de la sala bajo las miradas de todos, pero con la dignidad de quienes han demostrado su inocencia.

En el pasillo, Thomas Shaphire los esperaba. El joven abogado, que hasta entonces había mantenido el porte firme, no pudo ocultar el alivio en su rostro.

Arthur le estrechó la mano con fuerza.

—Te debemos más de lo que podrás imaginar —le dijo con gratitud sincera—. Has salvado su vida. Pídeme lo que quieras y te lo daré.

Thomas inclinó la cabeza, con un leve rubor en sus mejillas.

—No, señor. Fue la verdad la que la salvó, yo solo fui su voz. Ya ha pagado por mi trabajo, y no aceptaré nada más.

—Aceptará entonces mi amistad. Las puertas de mi fortaleza siempre estarán abiertas para usted.

Ginevra se adelantó y, con una sonrisa tímida, le tomó las manos entre las suyas.

—Gracias, Thomas. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

En ese instante, Price llegó apresurado. Se inclinó hacia ella, sujetándole los brazos con firmeza, como asegurándose de que estaba entera.

—Maldita sea, pensé que no volveríamos a verte —dijo, con un nudo en la voz.

Ginevra alzó la mirada, todavía temblorosa, y le dedicó una sonrisa débil pero sincera.

—Estoy aquí gracias a ti —susurró.

Arthur los observaba de cerca; la tensión en su rostro se suavizó al comprender que su hermano había sido el escudo de Ginevra cuando él no pudo estarlo.

El sol comenzaba a ponerse cuando subieron a los caballos. Arthur tomó las riendas del suyo, ayudó a Ginevra a montar, y juntos emprendieron el camino de regreso. Dejaban atrás la oscuridad de los muros de Tolbooths, para regresar a casa, a la tierra que era suya, a la vida que estaban decididos a defender.

Capítulo 22

Escocia, Edimburgo, 1590

Salieron del peso de la corte como quien se libera de una tormenta. A medida que avanzaban por el camino de regreso, la tarde iba muriendo en tonos de cobre y violeta, y con cada milla la tensión del juicio parecía deshacerse. Cuando la silueta del hogar apareció en el horizonte —el perfil conocido de tejados, el humo de chimeneas, los prados que respiraban paz—, algo en el pecho de todos se aflojó.

Al acercarse, el bullicio los alcanzó primero: voces, vítores, el repiqueteo de pies apresurados. Los campesinos del lugar, los mozos y las mujeres que atendían el castillo habían corrido al divisarlos a lo lejos.

En la entrada, Kelly esperaba con la garganta hecha un nudo y la esperanza en los ojos. En cuanto la carreta se detuvo, salió a su encuentro como un huracán de abrazos y gestos. Marsaly se apoyó en el bastón, pero sus facciones se desarmaron en cuanto vio a Ginevra salir de la carreta. Dio unos pasos tambaleantes y luego rompió en sollozos de alivio.

—¡Ginevra! —exclamó Kelly, con la voz entrecortada—. ¡Por los cielos, estás viva!

La multitud estalló en aplausos y en gritos de alegría. Hombres y mujeres se acercaban para darle la bienvenida, le

hablaban atropelladamente, agradeciendo al cielo y a la ley por su regreso.

Arthur, con la mirada suave y orgullosa, dejó que la gente celebrara, pero su mano nunca soltó la de Ginevra.

La llevaron primero a una de las alcobas, donde el fuego de la chimenea ardía con intensidad. Kelly ya había ordenado todo: una tina honda humeaba en un rincón, perfumada con ramitas de romero y lavanda que habían traído del jardín; sobre una mesa, paños limpios, aceites y un ungüento de hierbas listo para masajes.

Ginevra, aún con la sombra del miedo clavada en la mirada, permitió que la ayudaran a despojarse de las ropas amargas del encierro. Kelly la envolvió en una manta y la condujo con pasos lentos hacia la bañera. Un par de criadas vertieron otro caldero de agua tibia, y el vapor subió en nubes aromáticas que llenaron la estancia con olor a plantas y a limpieza.

Ella sonrió con gratitud simple, y las muchachas se retiraron para dejarle privacidad.

Dentro del agua, las manos de Kelly la lavaron con ternura. Luego, la dejó relajarse unos minutos, permitiendo que el calor calmara su cuerpo y su mente. Cuando el agua comenzó a enfriarse, Ginevra se incorporó despacio y salió de la bañera. Entonces, aplicaron un ungüento tibio sobre sus rodillas doloridas y en las muñecas, aún marcadas por el recuerdo helado de las cadenas.



Esa noche, la familia se reunió en la sala principal para compartir una cena tranquila. La mesa estaba iluminada por la luz dorada de los candelabros, y el aroma del pan recién horneado se mezclaba con el del guiso que aún humeaba en los platos. Pryce llenó dos jarras con vino suave, mientras Kelly servía las copas entre risas discretas.

Ginevra, todavía un poco cansada, se sentó junto a Arthur, con Price a su lado y Marsaly justo enfrente, cuidando cada detalle

de la velada. La conversación fluía y las risas llenaron el aire, risas que parecían devolverles todo lo que habían sufrido en aquellos días sombríos.

En un momento, Arthur se puso en pie. El salón se calló de inmediato, como si todos hubiesen presentido que algo estaba por ocurrir. Su rostro estaba serio, pero sus ojos ardían de emoción.

—He pensado que es un buen momento para decirte algo, aquí, frente a mi familia —dijo mirando directamente a Ginevra que lo observaba con amor—. Hace unos días pensé que te perdía para siempre. Y comprendí que no quiero vivir un solo día más sin que seas mía ante Dios y mi familia.

Hubo un murmullo contenido. Price sonrió orgulloso, y Marsaly se llevó las manos al pecho.

Entonces, Arthur tomó la mano de Ginevra entre las suyas y la apretó con fuerza.

—Ginevra Talamh, eres la luz de mis días, la tormenta, y al mismo tiempo la calma de mi corazón. —suspiró profundo, y después puso su rodilla en el suelo, quedando a la misma altura que ella que seguía sentada en la silla—. ¿Quieres casarte conmigo?

El silencio fue absoluto, roto apenas por el crujir de las velas. Ginevra sintió que las lágrimas le nublaban los ojos, pero aún así sonrió, con el alma desbordada.

—Sí, Arthur —susurró, con la voz temblando de emoción—. Sí, quiero.

El salón estalló en aplausos y vítores. Price abrazó a Marsaly, Kelly aplaudía con entusiasmo, y hasta los criados se dejaron llevar por la alegría. Arthur se inclinó hacia ella y la besó con ternura, mientras Ginevra se abrazaba a su cuello.

Era tan feliz que no podía creer que había estado a punto de perder la vida.

El resto de la noche fue un festín. El vino corrió, las risas llenaron cada rincón y la música se coló por las paredes como un canto de victoria. Ginevra solo sentía la mano de Arthur entrelazada con la suya, cálida y firme. En aquel instante supo que aquel hombre era el amor de su vida, y agradeció a su madre en silencio. Si ella no la hubiese obligado a partir jamás hubiese conocido a Arthur.

Pensó en sus hermanas, y un rayo de tristeza la atravesó por dentro. Se sentía culpable por ser feliz. ¿Y si ellas no lo eran? Pensó en Emily, su hermana pequeña, y en su mirada cuando la dejó sola en el clan de los Campbell. Algún día iría a buscarla, necesitaba saber que estaba bien. Aunque solo la viese por una vez.

Capítulo 23

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Cuando el bullicio de la cena comenzó a menguar, Ginevra se excusó para retirarse. No quería hacerlo sin antes pasar por la alcoba de Marsaly, que se había retirado horas antes. Llamó suavemente a la puerta y, al oír la voz cálida de la mujer, entró. La estancia estaba iluminada por una lámpara de aceite, que arrojaba un resplandor dorado sobre los tapices y la cama bien dispuesta.

Marsaly estaba sentada en un sillón junto a la ventana, cubierta con una manta ligera. Al ver entrar a Ginevra, sonrió con esa serenidad que tanto la caracterizaba.

—Querida, ¿vienes a ver cómo se encuentra esta vieja? —dijo con una pizca de humor en la voz.

—No eres vieja, Marsaly —respondió Ginevra, acercándose hasta ella y tomando su mano—. Solo quería saber cómo te encontrabas y si has estado tomando la medicina que te preparé.

Marsaly apretó su mano con cariño.

—Sí, la he tomado. Y gracias a ti, puedo decirte que he mejorado más de lo que nunca pensé. Hace apenas unas semanas no imaginaba que podría volver a caminar, ni mucho menos mantenerme de pie tanto tiempo durante una celebración.

Los ojos de Ginevra brillaron de alivio.

—Me alegra tanto oírlo.

Marsaly ladeó la cabeza, observándola con ternura.

—Pero más me alegra a mí lo que he visto hoy, Ginevra. Nunca había contemplado a mi hijo con ese brillo en los ojos. Eres su fuerza y su alegría. Me siento en paz sabiendo que lo amas de verdad.

Ginevra se sonrojó, bajando la mirada con una sonrisa tímida.

—Él lo es todo para mí. No necesito nada más.

—Tendrás mucho más —aseguró Marsaly, con la firmeza de una matriarca—. Voy a preparar vuestra boda como merece. Será especial, será recordada por todos.

Ginevra negó suavemente con la cabeza.

—Te lo agradezco tanto, pero no deseo una boda grande. Prefiero algo íntimo, con los nuestros. Lo sencillo también puede ser hermoso.

Marsaly la contempló en silencio, y luego asintió con un gesto comprensivo.

—Si ese es tu deseo, así será. Lo respetaré.

Se levantó despacio, abrió un pequeño cofre que tenía sobre la cómoda y sacó un objeto envuelto en un paño de terciopelo. Lo colocó en las manos de Ginevra.

—Esto es para ti.

Ginevra desplegó el paño y quedó sin palabras. En él había un anillo de oro antiguo, con una piedra verde engastada en el centro.

—No… no puedo aceptarlo.

—Es de la familia Ferguson desde hace generaciones. Fue mío, y antes de mí, de la madre de mi esposo. Ahora debe ser tuyo. Quiero que lleves algo de nosotros contigo, que sepas que ya eres parte de esta familia.

Ginevra dudó un instante, con el corazón palpitando fuerte, pero la mirada dulce de Marsaly disipó toda resistencia. Finalmente asintió y se colocó el anillo, que brilló bajo la luz de la lámpara.

—Gracias —dijo emocionada—. Prometo honrarlo siempre.

Se abrazaron, en un gesto largo y sincero que dejó en el aire la calidez de un vínculo nuevo. Luego, Ginevra se despidió y salió de

la estancia, con el corazón encendido.

El pasillo estaba en penumbra, iluminado apenas por unas pocas antorchas. Se encaminaba hacia su alcoba, pero en el último momento cambió de parecer, y se dirigió hacia la de Arthur, no quería estar sola. Necesitaba sentirlo cerca, necesitaba sus brazos.

Antes de decidirse a llamar, la puerta se abrió desde dentro y Arthur salió al pasillo. El encuentro fue tan repentino que casi chocaron. Ginevra tropezó, y él la sostuvo por los hombros con rapidez.

—¡Ginevra! —exclamó él, sorprendido—. Justo iba en tu busca.

Ella lo miró, con los labios entreabiertos y el corazón latiendo con fuerza.

—Lo mismo iba a hacer yo —confesó en un susurro.

Arthur sonrió, con esa sonrisa que solo le pertenecía a ella, y la estrechó contra su pecho en el silencio del pasillo, como si ambos hubieran sabido desde siempre que esa noche no podían terminarla separados.

Arthur la sostuvo unos segundos más, y en ese instante el mundo pareció reducirse al compás de sus respiraciones. La miró, y en sus ojos había fuego, y una ternura feroz que lo desarmó por completo.

Sin pronunciar palabra, entrelazó sus dedos con los de ella y la guio hacia su alcoba.

La habitación estaba bañada por la luz dorada del fuego que ardía en la chimenea con intensidad, y pronto el calor se pegó a sus cuerpos, de igual modo que el fuego ya se había prendido en su interior

—He pasado noches enteras imaginando este momento —susurró él, con la voz ronca, tan cerca que Ginevra sintió su aliento rozarle la mejilla—. Temer que no volvería a verte me ha quitado el sueño.

Ella alzó la vista, con los ojos brillantes.

—Ahora estoy aquí —respondió con apenas un hilo de voz—. Y no pienso volver a alejarme de ti.

Arthur acarició su rostro con la yema de los dedos, recorriendo su mejilla, su cuello, como si necesitara asegurarse de que era real. La besó con una lentitud reverente, y poco a poco el beso se tornó más profundo, más urgente.

Ginevra se aferró a su camisa, notando el latido acelerado bajo la tela, y el calor de su cuerpo contra el suyo.

El beso creció, y con él, el temblor en sus manos. Arthur la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos se encontraron, encajando como dos piezas que han sido elaboradas para estar juntas.

—No quiero que esto acabe nunca —susurró ella.

Arthur la sostuvo por el rostro, obligándola a mirarlo. —No acabará. Mientras respire, serás mía… y yo seré tuyo.

Arthur la besó entonces de nuevo, con una delicadeza que fue volviéndose hambre, promesa, alivio. Sus manos se deslizaron por su espalda, desatando el lazo de su vestido con una devoción reverente. La tela resbaló por su piel hasta posarse a sus pies.

Ginevra, sin apartar la mirada, llevó sus manos al pecho de él, desabrochando con lentitud las hebillas de su jubón, sintiendo bajo sus dedos la firmeza de su cuerpo, el calor que emanaba de su piel. Cuando por fin su camisa cayó, lo observó con la fascinación de quien contempla algo sagrado.

Frente a la chimenea, el resplandor del fuego envolvía sus figuras, dibujando un cuadro de deseo y ternura. Arthur la atrajo hacia sí, apoyando su frente contra la de ella.

—No hay nada más en el mundo que esto —le dijo con voz ronca—. Solo tú.

Las manos de Arthur recorrieron su espalda, su cintura, como si quisiera memorizarla. Ginevra se sintió estremecer. En su contacto había pasión, un calor sofocante que la prendía en llamas.

Él la alzó en brazos con facilidad, y la condujo hacia la cama, para posarla con delicadeza sobre las sábanas de lino.

Besó su cuello, y recorrió su escote con la lengua, mientras que con una de sus manos recorría su vientre para acabar entre sus piernas. Era tan húmeda y caliente que el guerrero no pudo evitar

gruñir. La deseaba tanto, que sentía que con ella podía perder el control hasta convertirse en un animal.

Ginevra acarició su pecho, mientras sentía la mano de él entre sus piernas. Su respiración estaba desacompasada, y su corazón latía con intensidad. Recorrió con sus manos el abdomen del guerrero, y sintió los músculos bajo su tacto. Siguió la suave línea de vellos desde su ombligo hasta su miembro, y atrapó su grandeza con una de sus manos. Apenas podía abarcarla al completo. Era cálida y húmeda, y podía sentir como crecía entre sus manos con cada una de sus caricias.

—Oh, Ginevra. Si sigues así conseguirás que roce la locura —murmuró él contra su oído.

Ella se sintió poderosa. Le gustaba lo que provocaba en él. Así que continuó acariciando el miembro del guerrero, de forma constante y firme.

Besó su cuello, y lamió la sal de su piel.

Arthur estrujó sus pechos, y después pellizcó uno de sus duros pezones, para acabar lamiéndolo y succionándolo con intensidad.

Ella jadeó, y al mismo tiempo apretó los muslos de forma involuntaria, pero la mano de Arthur todavía estaba allí ahondando en su cavidad. Acariciando la inflamación de su epicentro del placer.

—Ginevra, no soporto está tortura. Necesito poseerte —confesó completamente enardecido—. Quiero estar dentro de ti.

Ginevra tiró de su pelo hacia atrás y lo besó con furia en respuesta, con intensidad, mientras su lengua jugaba con la suya.

—Hazlo. Quiero ser tuya ahora.

Arthur rodó sobre ella para colocarse justo arriba, apoyado por los codos para no dejar todo su peso sobre ella. La contempló por un momento, tan hermosa, tan ardiente, que creyó que explotaría así mismo. Respiró un par de veces y se hundió entre sus pechos. Los besó y los devoró con una intensidad que Ginebra sintió como su sexo comenzaba a palpitar deseoso de esa atención que tanto necesitaba.

El guerrero descendió por su cuerpo, lamiendo cada pedacito de piel a su alcance hasta colocarse entre sus piernas. Sabía que si

se hundía en ella tal y como estaba no duraría mucho tiempo, y deseaba que ella disfrutase tanto como lo estaba haciendo él. Así que se inclinó, y ciñó los labios a su sexo. Ella gimió, y a él le pareció lo más tentador que había escuchado jamás. Lamió cada uno de sus pliegues, y ahondó con su cálida lengua todo lo que pudo mientras la sentía temblar bajo su boca.

—Oh, Dios mío Arthur, ¿qué es lo que haces con mi cuerpo?

Ginevra, se retorció, y de forma instintiva acarició sus pechos dando rienda suelta a su placer. Pellizcó sus pezones tal y como lo había hecho él antes, y saboreo todo lo que él le ofrecía. Para ella era algo indescriptible, una sensación que jamás pensó que podría experimentar.

Arthur la sujetó fuertemente por las caderas, y la arrastró unos centímetros acoplándose a ella por completo.

Ginevra tembló, jadeó sin censura, y se dejó llevar por esa oleada de placer que la recorrió de pies a cabeza mientras apretaba las sábanas bajo su cuerpo.

Arthur no se despegó de ella hasta que la supo complacida. Después se incorporó despacio y la observó, todavía temblorosa respirando de forma agitada. Masajeó su miembro frente a ella, mientras la miraba con el deseo ardiendo en sus pupilas. Ella se abrió para él de forma instintiva.

Lo quería, lo deseaba, pues su cuerpo todavía estaba prendido en fuego.

Aquella invitación lo descontroló.

—Ginevra, no sé si voy a poder ser cuidadoso.

—Pues no lo seas Arthur. No me romperé, lo juró.

Aquellas palabras fueron suficientes para el guerrero. Puso su miembro en su abertura, y de un solo empellón la penetró profundo mientras observaba su rostro.

Ginevra gimió, estaba tan mojada que aquello le resultó de lo más placentero. Cuando Arthur comenzó en sus movimientos, ella elevó las caderas para darle mayor acceso. Lo quería todo. Deseaba sentirlo al completo.

Arthur se movía con intensidad, profundo, y ella correspondía a cada una de sus estocadas. Como en un baile perfectamente

coreografiado. Ginevra jadeó, y el supo que era el momento. Se dejó ir, mientras hundía sus dedos en las nalgas de ella.

Se quedaron así por un momento. Uno dentro del otro, sintiendo las palpitaciones de sus cuerpos, respirando al unísono.

Arthur apoyó la frente en la de ella, y entrelazó sus dedos con los suyos.

—Si supieras lo que te amo ahora mismo —confesó con voz ronca.

Ella sonrió, todavía temblando por la intensidad de lo vivido, y le acarició el rostro con ternura.

—No tanto como lo hago yo —respondió, mirándolo a los ojos.

Arthur la atrajo hacia su pecho, y Ginevra apoyó la mejilla sobre su piel, aún cálida por el fuego. Afuera, el viento golpeaba las contraventanas, pero dentro solo reinaba la calma. Él le acariciaba el cabello con lentitud, una y otra vez, como si quisiera grabar en sus dedos el tacto de cada hebra.

Ella, medio adormecida, deslizó la mano por su costado hasta rodearlo con un brazo, buscando su calor. Sus respiraciones se fueron acompasando poco a poco, hasta volverse un mismo ritmo sereno, profundo. Arthur la besó en la frente, un roce apenas perceptible, y susurró algo que solo ella alcanzó a oír, una promesa entre sueños.

Ginevra cerró los ojos, sintiendo el latido de él bajo su oreja, y se dejó llevar.

Así, entre el calor de la chimenea y la quietud de la noche, se durmieron abrazados, como si temieran que el amanecer pudiera separarlos.

Capítulo 24

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Los días siguientes transcurrieron envueltos en una alegría serena. Toda la fortaleza bullía de actividad preparando la boda de Ginevra y su señor. Aunque ambos habían insistido en que sería una ceremonia pequeña, resultaba imposible contener el entusiasmo del clan, y cada rincón del castillo parecía respirar ilusión.

Marsaly sonreía en el porche, envuelta en un chal claro, mientras esperaba que preparasen la carreta para ir a escoger las telas del vestido de Ginevra. Hacía años que no salía del castillo, y aquello era un pequeño triunfo que debía a los cuidados y medicinas de la joven. Ginevra, siempre atenta, la acompañaba con dulzura. Su reputación como sanadora se había extendido ya por todo el territorio, y no pasaba un día sin que alguien se acercara a la cabaña en busca de un remedio o consejo.

Fue mientras conversaban que Ginevra vio pasar una figura femenina cerca de la fortaleza. Caminaba con la cabeza gacha, intentando pasar desapercibida. Pero Ginevra la reconoció al instante.

—Discúlpame un momento, Marsaly —dijo con calma—. He olvidado algo dentro.

Siguió a la mujer hasta el interior del castillo. La encontró en su alcoba, recogiendo sus pertenencias con movimientos temblorosos.

—Pensé que no volvería a verte, Elora —dijo Ginevra, desde el umbral.

Elora se giró, sobresaltada. Su rostro mostraba el cansancio de quien lleva demasiado tiempo luchando contra la culpa.

—Solo he venido a recoger mis cosas —respondió en voz baja—. Me marcharé enseguida.

Ginevra dio un paso más hacia ella.

—Siento cómo ha pasado todo. Me pongo en tu lugar, y no sé cómo habría actuado yo. Ophelia puede ser muy persuasiva.

—¿Tú lo sientes? —replicó Elora, soltando las prendas que tenía en las manos. Las lágrimas asomaron en sus ojos—. Soy yo quien lo siente, Ginevra. Casi hago que te maten.

—Estabas amenazada y tenías miedo. Sé que eres buena persona —le respondió con suavidad.

Elora negó con la cabeza.

—No lo soy. Las buenas personas no actúan como yo lo he hecho. Y ahora tendré mi castigo. Me iré lejos. Intentaré empezar de nuevo.

—Puedo hablar con Arthur, quizá…

—No, Ginevra —interrumpió ella con firmeza—. No lo hagas. Debo irme. Y me marcho con una deuda muy grande contigo, que espero algún día poder cumplir.

Ginevra la miró con ternura.

—No me debes nada. Ya ha pasado todo.

Elora se acercó, sujetó sus manos entre las suyas en un gesto de sincero arrepentimiento y susurró:

—Adiós, Ginevra. Solo espero que algún día puedas perdonarme.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Ginevra se quedó en silencio unos instantes. Luego, con voz apenas audible, murmuró:

—Ya te he perdonado, Elora.

Capítulo 25

Escocia, 1590

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Ginevra avanzaba entre un gentío agitado. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero la plaza frente a la iglesia hervía de voces, empujones y gritos. El aire olía a humo y miedo. La multitud formaba un círculo cerrado, compacto, y ella intentaba abrirse paso con los hombros, sin éxito.

—¿Qué ocurre? —preguntó, pero nadie la escuchó.

Las voces crecían, feroces, cargadas de odio.

—¡Bruja! —vociferó un hombre.

—¡Que arda! ¡Que la quemen! —rugió otro.

El corazón de Ginevra comenzó a golpearle el pecho. Algo dentro de ella le decía que debía ver, que tenía que saber quién era la víctima de esa furia colectiva. Se abrió paso como pudo, empujando cuerpos, tropezando con los bordes de las capas y las botas embarradas. Pero no lograba ver más allá de la masa de gente.

Entonces se subió a la fuente que dominaba el centro de la plaza. Desde allí, alzó la mirada. A las puertas de la iglesia, una joven estaba atada sobre una pira de leña. Llevaba un camisón

blanco que se agitaba con el viento, y el cabello, largo y oscuro, le cubría el rostro por completo. No se movía, apenas respiraba.

El murmullo se convirtió en rugido.

—¡Fuego! ¡Encended el fuego!

Ginevra sintió un nudo en el estómago. Iba a gritar, pero su voz se quebró antes de salir. De pronto, alguien entre la multitud la señaló.

—¡Aquí hay otra bruja! ¡Atrapadla!

La gente se volvió hacia ella con ojos enloquecidos. Manos ásperas la sujetaron por los brazos, la arrastraron hacia el suelo. Ginevra pataleó, gritó, pero el ruido era ensordecedor. Entre los rostros distorsionados por la ira, uno destacó con una claridad imposible: su madre.

La mujer la miraba con urgencia, con lágrimas ardiendo en los ojos.

—Tienes que salvarla, Ginevra —le dijo con una voz que sonaba desde muy lejos—. Tienes que hacerlo.

Y entonces todo se quebró.

Ginevra se incorporó en su lecho de golpe, jadeando. El sudor le empapaba la frente, y el camisón se le pegaba al cuerpo. Miró a su alrededor, la estancia estaba en penumbra, apenas iluminada por los primeros rayos del amanecer. Estaba sola.

El corazón aún le latía con fuerza, como si la hubieran arrancado del fuego. Era el día de su boda.

Se levantó con manos temblorosas, se colocó una bata sobre el camisón y se calzó los zapatos. El frío del suelo le devolvió algo de lucidez, pero no la calma. Salió al pasillo casi corriendo.

Al doblar una esquina, se topó con Kelly.

—Ginevra, ¿ocurre algo? —preguntó la sirvienta, alarmada.

—¿Dónde está Arthur? —preguntó, casi sin aliento.

Kelly la miró un instante y respondió con voz suave:

—En el despacho. Está ahí desde muy temprano.

Ella asintió y echó a andar sin decir más, sintiendo que el corazón se le salía por la boca.

Ginevra abrió la puerta del despacho sin anunciarse. Arthur estaba inclinado sobre unos papeles, concentrado. Al verla entrar,

levantó la vista, y el gesto de preocupación fue inmediato.

—Por Dios, Ginevra… —dijo, dejándolo todo a un lado mientras se ponía en pie. Cruzó la estancia y la tomó de las manos—. Estás pálida. ¿Qué ocurre, amor mío?

Ella intentó hablar, pero la voz le temblaba.

—Yo… no sé por dónde empezar.

Arthur la guio con suavidad hacia una silla, todavía sin soltarle las manos.

—Dime —susurró—. ¿Qué ha pasado?

—He tenido una premonición.

Él arqueó las cejas, confundido.

—¿Una premonición? ¿A qué te refieres?

Ginevra respiró hondo, intentando calmar el temblor que la recorría.

—He visto algo horrible, Arthur. En mis sueños.

Él frunció el ceño, intentando sonreír para tranquilizarla.

—No te preocupes. Habrá sido solo una pesadilla.

—No, Arthur. No fue una simple pesadilla —replicó ella con firmeza—. Tengo que confesarte algo, y debe ser antes de que nos casemos. Puede que después de que me escuches ya no desees esta boda.

Él se arrodilló frente a ella, tomándola de las manos con más fuerza.

—No digas eso. Nada de lo que puedas contarme cambiará lo que siento por ti. Te amo, Ginevra. Eres lo único cierto en mi vida.

Ella negó despacio.

—Si no te lo digo, te estaría mintiendo. —Ginevra se tomó un momento para encontrar las palabras adecuadas—. Arthur, creo que soy una bruja.

Arthur se quedó inmóvil, mirándola como si las palabras no hubiesen tenido sentido.

—¿Qué has dicho?

—Una *bana-bhuidseach,* una bruja.

Arthur la observó, dolido por el miedo en su mirada.

—Ginevra, no digas tonterías. No eres una bruja. Eres una mujer buena, compasiva. Ayudas a todos, incluso a quienes no lo merecen. Dios te dio un don, no una maldición.

Ella bajó la cabeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas

—Yo tengo visiones. Premoniciones. Sueños que luego se cumplen, siempre. Antes o después, ocurren tal cual los veo. Mis hermanas también los tienen, incluso mi madre los tenía. Fue por eso por lo que nos separó. Dijo que, si permanecíamos juntas, llamaríamos la atención, que acabarían descubriéndonos.

Arthur se incorporó, paseando por la habitación, intentando entender.

—¿Y en ese sueño? ¿Qué viste?

—Una plaza llena de gente, frente a la iglesia de Edimburgo. —Su voz se quebró—. Iban a quemar a una muchacha en la pira. Tenía un camisón blanco y el cabello cubriéndole el rostro. No pude verle la cara, pero sé que estaba viva, que tenía miedo. Intenté acercarme, ayudarla, y entonces me señalaron a mí. Dijeron que yo también era una bruja. Me arrastraron, querían quemarme junto a ella. Y antes de que pudiera gritar, desperté.

Arthur la miró con ternura, aunque en sus ojos brillaba la preocupación. Se acercó a ella y le tomó el rostro entre las manos.

—Escúchame bien, Ginevra. No importa lo que hayas soñado, ni lo que creas ser. No hay nada en este mundo que me impida casarme contigo. Nada. —Su voz se volvió grave, firme—. Si tienes premoniciones, es porque eres especial. No porque estés maldita. Dios te hizo así por una razón. Y yo doy gracias cada día por haberte encontrado.

Ella lo miró con los ojos anegados en lágrimas, intentando creerle, intentando acallar el miedo que aún la atenazaba.

—Lo que vi ocurrirá Arthur. ¿Y si alguien me acusa?

Arthur rozó su frente con la suya.

—Entonces yo estaré a tu lado. Y te protegeré con mi vida, como lo he jurado desde el primer día.

Un silencio lleno de emoción los envolvió. Ginevra apoyó la cabeza en su pecho y respiró el aroma familiar de su piel y su ropa.

Por primera vez desde que despertó, sintió que el mundo podía seguir girando sin romperse.



El sol de la mañana filtraba su luz a través de los vitrales de la pequeña capilla del castillo, tiñendo las piedras grises con reflejos dorados y azulados. Un perfume suave a brezo y lavanda flotaba en el aire, traído por las guirnaldas que Kelly y los criados habían tejido con esmero para adornar los bancos y el altar.

Arthur Ferguson se mantenía de pie frente al párroco, erguido, con la solemnidad de un guerrero que estaba a punto de entregar su corazón. Vestía su *kilt* de gala, y el tartán de los Ferguson —una combinación profunda de verdes, negros y líneas doradas—, que caía con elegancia sobre sus botas altas. La faja, cruzada al pecho, sostenía la espada ceremonial, y sobre sus hombros descansaba el broche de plata con el emblema del clan. El cabello, negro como la noche, había sido cuidadosamente peinado hacia atrás, dejando al descubierto su frente amplia y su rostro sereno. En sus ojos —de un azul helado, tan claro que parecían contener luz propia—, se reflejaba la mezcla perfecta de orgullo, amor y una ternura que pocas veces dejaba ver.

Y entonces, la puerta de la capilla se abrió.

Ginevra apareció envuelta en una luz suave, casi etérea. Caminaba despacio, con paso seguro, sin apartar los ojos de Arthur ni un solo instante. Su vestido, sencillo pero elegante, era de lino blanco con delicados bordes en los tonos verdes y dorados del tartán Ferguson. La falda se movía como una ola al ritmo de sus pasos, y sobre los hombros llevaba una capa ligera sujeta con un broche familiar. El cabello, semirrecogido, dejaba escapar algunos mechones que enmarcaban su rostro iluminado por la emoción. En sus manos sostenía un pequeño ramo de flores silvestres: brezo, campanillas y margaritas del valle.

Cuando Arthur la vio, el mundo entero pareció desvanecerse. Ya no existían los invitados, ni el párroco, ni el murmullo del viento colándose por los ventanales. Solo ella. Ginevra. La mujer que había llegado a su vida por casualidad, y se había convertido en su destino.

Ella avanzó entre los bancos donde Marsaly, Price, Kelly y todos los del clan los miraban con sonrisas sinceras y ojos brillantes. Cada paso que daba resonaba en el silencio reverente de la capilla. Arthur sintió cómo su pecho se llenaba hasta dolerle.

Cuando Ginevra llegó a su lado, él le tendió la mano. Sus dedos se entrelazaron con naturalidad, como si hubieran nacido para encontrarse.

El párroco comenzó las palabras de la ceremonia, con su voz grave llenando el aire.

—Ante los ojos de Dios y de vuestro clan, os unís hoy como marido y mujer, prometiendo fidelidad, amor y protección mutua.

Arthur la miró entonces, y su voz fue firme pero cargada de emoción:

—Juro amarte, Ginevra, con todo lo que soy. Cuidarte en los días de calma y en los de tormenta. Defenderte incluso de mí mismo, si alguna vez te hiciera daño.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Ginevra cuando respondió con un hilo de voz tembloroso pero lleno de verdad.

—Y yo te juro, Arthur, que mi corazón será solo tuyo. En la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la pena, hasta que la vida deje de pertenecerme.

El párroco sonrió.

—Entonces, por la gracia de Dios y las leyes de Escocia, os declaro marido y mujer.

Arthur no esperó más. Se inclinó hacia ella y la besó, con la delicadeza de quien besa algo sagrado. Un beso breve, pero lleno de promesas.

Afuera, las campanas repicaron con fuerza. El clan Ferguson rompió en aplausos y vítores. Kelly lloraba, Marsaly sonreía con el alma, y Price sonrió con orgullo.

Dentro de la pequeña capilla, Ginevra apoyó su frente contra el pecho de Arthur. Y en ese instante, supo que había hecho lo correcto. Lo amaba por encima de todo.

Capítulo 26

Escocia, 1591

Fortaleza de Perthshire, propiedad del clan Ferguson

Tres meses después…

La oscuridad de la habitación se quebró por un grito ahogado. Ginevra se incorporó en la cama, con los ojos desorbitados, y la respiración hecha jirones. Arthur, que dormía a su lado, se incorporó en un salto, y con el corazón en la garganta, encendió una vela.

—¿Ginevra? —susurró, acercándose, con la voz cargada de alarma—. ¿Qué ocurre?

Ella no podía hablar al principio, sus palabras salían atropelladas. Finalmente, con la voz rota dijo:

—La he vuelto a ver, a la mujer del camisón blanco, sobre la pira. —Sus dedos arañaban la manta como si pretendieran aferrarse a la certeza de la cama—. Arthur, han venido por ella. Van a matarla.

Arthur la tomó entre sus brazos, intentando que el temblor la abandonase. Le limpió la frente con la palma de la mano y buscó calmarla con paciencia.

—Estás en casa —dijo—. Estoy aquí. Nada te harán mientras yo respire.

Ella se apartó un poco, con la mirada perdida.

—No lo entiendes —explicó—. No es una visión cualquiera. Ha llegado el momento. Van a quemarla.

Un estruendo atravesó la noche, fue un trueno, cercano y violento, como si el cielo mismo respondiera a su miedo. La ventana vibró y las velas temblaron. Entonces alguien llamó a la puerta con urgencia.

—¡Señor! ¡Mi señora!

Era la voz de Kelly, sofocada por la lluvia.

—Puedo pasar, es urgente.

—Adelante —dijo Arthur.

La mujer entro con cierto nerviosismo.

—Perdonad que os moleste a estas horas, pero abajo hay una mujer que ruega ver a la señora. Dice que es urgente, de vida o muerte.

Arthur se vistió en un suspiro. Ginevra, con la bata ceñida, y los ojos todavía enrojecidos, lo siguió al corredor. Abajo, en la entrada principal, el viento azotaba la capucha de una figura envuelta en una capa empapada. Kelly sostenía la lámpara de pie junto a ellos. Cuando la mujer descubrió el rostro, el aire pareció detenerse. Era Elora. Mojada hasta los huesos, y temblorosa.

—Elora —dijo Ginevra, incapaz de disimular la sorpresa—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

Elora tragó saliva, las palabras salían atropelladas por la lluvia que aún chorreaba de su capa.

—Necesito contaros algo —dijo sin preámbulos—. No me habría presentado si no fuese absolutamente imprescindible. ¿Recordáis que os dije que os debía una? —miró a Ginevra, y su voz se quebró—. Os prometí que la cobraríais, y hoy es el día.

Ginevra la miró con gesto confuso, hasta que Elora continuó y pronunció un nombre que la dejó helada.

—Conocí a una muchacha. Se llama Harper. Harper Talamh.

El mundo de Ginevra se tambaleó; las piernas le flaquearon y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta.

—Harper… —susurró, como si el nombre le quemara los labios—. ¿Mi hermana?

—Sí —asintió Elora—. Está presa. La han acusado de brujería. La han condenado a morir en la plaza de Edimburgo dentro de cuatro días.

Un silencio feroz cayó sobre la entrada. El latido de Ginevra se aceleró hasta dolerle en los oídos. La visión de la pira, del camisón blanco, su premonición que la había despertado. Era su hermana.

Ginevra cayó de rodillas, con las manos sobre la piedra fría del suelo, y un sollozo escapó de su pecho.

—¡No! —gritó—. ¡No puedo permitirlo! ¡No lo permitiré!

Arthur se arrodilló a su lado en un gesto instintivo, apretando sus manos con fuerza

—No pasará —prometió—. Me aprestaré con los hombres en cuanto amanezca. Avisaré a Thomas; si hay algo que podamos hacer por la vía legal, lo intentaremos. Y si la ley falla, la sacaremos por la fuerza.

Elora bajó la vista.

—Me dio esto, por si no me creíais.

La muchacha extendió la mano, y en ella había una pulsera de hilo.

Ginevra alzó los ojos, bañados en lágrimas, y la agarró reconociéndola de inmediato.

—Oh, Dios mío. Es de ella, yo misma se la hice.

El mundo pareció darle vueltas. Tenía que salvarla a cualquier precio, o no se lo perdonaría jamás.

Arthur la ayudó a incorporarse, sosteniéndola con firmeza mientras la lluvia martillaba la puerta. Ginevra apretó la pequeña pulsera de hilo entre los dedos como si fuera un talismán.

Con la voz todavía rota, se volvió hacia Elora y la miró a los ojos.

—Gracias —dijo sincera—. Si no hubieras venido, no sé qué habría pasado.

Elora fue incapaz de articular respuesta inmediata, pero al fin dejó escapar una sonrisa pequeña.

—Siento todo lo que te hice, y solo espero que puedas salvar a tu hermana.

—Haré lo que haga falta para remediarlo.

Luego, de un movimiento decidido, se volvió hacia Arthur, que permanecía erguido en la penumbra con la vela iluminando su perfil.

—Tenemos que partir cuanto antes. No queda tiempo.

Arthur asintió sin vacilar

—Al amanecer reuniré a la mayor parte de mis hombres —contestó—. Iremos con suficiente fuerza como para exigir la libertad de Harper por la ley; si la ley se cierra, la tomaremos por la fuerza. Avisaré a Thomas para que prepare lo legal y a Price para que organice a los nuestros

Ginevra apretó la pulsera contra su pecho una última vez y cerró los ojos. Sintió el miedo, pero también algo de esperanza.

Al amanecer, partirían. Y salvaría a su hermana, aunque el precio fuese su propia muerte.

Epílogo

Escocia, 1590

El viento del norte soplaba con fuerza, arremolinando las hojas secas bajo los pies de Harper mientras se internaba en el bosque. No había vuelto la vista atrás ni una sola vez. No podía. Cada paso la alejaba más de lo poco que había conocido como hogar, y la llevaba por el mismo sendero que había tomado su hermana, aunque en dirección contraria.

La capa que llevaba estaba raída por los bordes, y empapada por la humedad del amanecer, pero no se detuvo. El bosque la recibía con su habitual indiferencia: el crujido de las ramas, el ulular de un búho, el eco lejano del agua contra las rocas. Todo le resultaba familiar, casi reconfortante, salvo el vacío que llevaba dentro.

Recordó a Emily, la pequeña de las tres, y sus ojos furiosos mirándola cuando la abandonaron en el clan Campbell. Las palabras de su madre sonaban sin parar en su mente. *«Cada una tomará un camino distinto. Es la única forma de que tengáis una oportunidad».*

Emily había llorado de rabia, de impotencia, pero obedeció. Y Ginevra… todavía podía ver su silueta alejándose entre la maleza.

Desde entonces, Harper había caminado sin rumbo. Pasó días vagando por el bosque, alimentándose de lo que la naturaleza le ofrecía. Era una cazadora hábil, gracias a su madre, que le había

enseñado a moverse sin ser vista y a usar el arco antes incluso de aprender a leer. Cazó conejos, recogió raíces y hierbas comestibles, bebió agua de los arroyos y durmió bajo los árboles. Pero, aun en medio de la supervivencia, el rencor la acompañaba como una sombra.

Por momentos, odiaba a su madre.

—¿Por qué nos diste esta vida? —susurraba al viento mientras avivaba un fuego pequeño para asar un ave—. Siempre escondidas, siempre temiendo… ¿Y para qué?

Nadie respondía. Solo el crepitar del fuego y los sonidos naturales del bosque.

Habían vivido toda su vida con la certeza de que eran distintas, con las advertencias constantes de que nunca debían mostrar lo que eran.

—No lo olvides, Harper —decía su madre—, la gente teme lo que no entiende. Y cuando teme, destruye.

Pero ¿qué había conseguido con tanto miedo? Nada. Solo una familia rota. Su madre muerta. Sus hermanas dispersas. Y ella, vagando como un fantasma sin causa. Pero ahora que estaba sola, ya no tendría miedo de lo que era. No se ocultaría, pues ya no tenía nada más que perder.

Después de varios días, sus pies la llevaron hasta un pequeño pueblo, enclavado entre colinas y rodeado por campos de trigo marchito. El humo de las chimeneas y el olor a pan la atrajeron como una promesa de refugio.

No tenía dinero, pero tenía algo que ofrecer; su puntería.

Entró en la posada, donde el aire olía a cerveza, carne y sudor. Los hombres la miraron con curiosidad y recelo. Tenía el rostro sucio, las botas cubiertas de barro y una expresión cansada, pero sus ojos —de un azul profundo—, no mostraban debilidad.

Se acercó al mostrador, donde un hombre calvo y corpulento secaba jarras con un paño.

—No tengo monedas —le dijo Harper—, pero puedo cazar para su cocina. Puedo traer carne fresca cada día, si me deja un lugar donde dormir.

El posadero la miró de arriba abajo, calibrando sus palabras. Finalmente asintió.

—Un cuarto junto a las cuadras. No es mucho, pero es seco —respondió.

—Eso servirá.

Le entregó algunas pieles y un par de aves a cambio. El hombre las tomó con interés, murmurando algo sobre lo bien conservadas que estaban.

El cuarto resultó ser poco más que un establo vacío, con una cama de paja y una manta vieja. Pero para Harper era suficiente. Cerró la puerta, atrancándola con una silla desvencijada. La taberna al otro lado del muro vibraba con risas, golpes de vasos y canciones borrachas. El olor a humo y a alcohol le llegaba por las rendijas de la madera.

Se recostó, con el cuchillo junto al pecho, sin quitarse del todo las botas. Afuera, los caballos resoplaban y el viento silbaba entre las tejas.

Miró el techo, oscuro y agrietado, y en su mente desfiló el rostro de sus hermanas, uno tras otro. Ginevra, tan dulce, siempre soñadora. Emily, tan fuerte y terca. Y su madre… su madre, que les había enseñado todo, pero también las había condenado a la soledad.

Las lágrimas que le subieron a los ojos se secaron antes de caer.

—Ya no temo, madre —susurró—. Pero nunca te perdonaré.

Cerró los ojos, apretando el cuchillo. El sueño llegó tarde, pesado, con el sonido lejano de una tormenta y el murmullo constante de la taberna.

Y mientras el pueblo dormía, Harper Talamh, la hija perdida, empezaba sin saberlo el camino hacia su destino.

Mis queridos viajeros y viajeras, gracias por llegar hasta aquí, sin vosotros, esto no sería posible. Gracias por seguir leyendo mis historias, y por vuestros comentarios que me ayudan tantísimo.

Si te ha gustado esta historia te agradecería que me dejaras una valoración en Amazon, con eso me ayudas a difundir mi novela y a llegar a más personas.

También puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, donde siempre estarás al tanto de todas mis novedades. Por otra parte, te invito a que visites mis redes sociales de Instagram o Facebook, donde subo contenido sobre mis novelas, o en mi página web: www.ladymacnoble.com

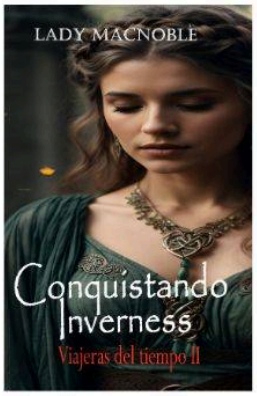
¿Conoces a mis guerreras?



¿Y a mis guerreros?

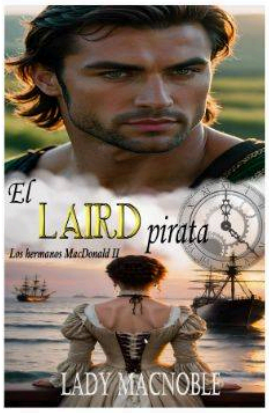












WWW.LADYMACNOBLE.COM